



SEGUNDO LIBRO
DE
MONÓLOGOS, COMEDIAS
Y
COMPOSICIONES PARA RECITAR

1892

19 1/2

SEGUNDO LIBRO

DE

MONÓLOGOS

COMEDIAS

Y COMPOSICIONES PARA RECITAR

ORDENADO POR

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA

31749



MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR

355 — CALLE 25 DE MAYO — 355

1899

59
L
Q. 8
42

161

PROPIEDAD DEL EDITOR

PRÓLOGO



PRÓLOGO

Agotado el primer libro de *Monólogos, diálogos* y otras composiciones propias para recitar, que ordené hace algún tiempo, á pedido del primer editor del Uruguay, señor Barreiro y Ramos, éste ha tenido la bondad de encargarme un segundo libro del mismo género.

Al ordenar esta nueva colección, he seguido con pocas variantes el plan de la primera, eligiendo de los autores uruguayos, argentinos y otros, las composiciones más apropiadas para ser dichas en público y que pueden ser oídas con agrado. Los temas principales de esas composiciones son: la fe, la caridad, el amor, la libertad, la patria, los héroes y la moral; otras composiciones son de carácter alegre ó ameno, fábulas, letrillas y narraciones; y de casi todas ellas se desprende también alguna deducción moralizadora.

Hay después una comedia sencilla, como para ser representada en un salón, una fábula en acción, que puede utilizarse bien en una fiesta infantil; y algunos trozos á que el buen criterio del lector sabrá hallar aplicación.

Y de todas maneras, no creo equivocarme al esperar que este libro pueda ser leído con agrado, aún sin el propósito de escoger en él una composición para recitar.

Algún crítico al ocuparse del primer libro de Monólogos, hizo el reproche de que todas las composiciones eran conocidas y muchas carecían de valor literario. El crítico debía ser erudito, y como tal conocer todo lo que el colector había escogido; pero no tiene el público iguales conocimientos ni una biblioteca á su disposición. Y con erudición y todo, hubiera sido justo señalar en aquella colección, el sermón picaresco del Arcipreste de Hita en elogio de las mujeres chicas, modernizado y corregido algo en la forma por el colector; una composición del ruso Lermontoff, por primera vez vertida al castellano; el diálogo entre un vendedor de almanaques y un transeunte, de Leopardi, también traducido por vez primera á nuestro idioma; y algunas piezas de idéntico valor y que pueden considerarse novedades para las personas no eruditas.

No hago esta observación porque conserve resentimiento á la crítica, sino para decir que ésta debe tener en cuenta, en primer lugar, el carácter de las composiciones que deben elegirse, tanto en el asunto como en la forma; y en segundo lugar, que se trata de ofrecer trozos literarios para personas de gusto diverso, para ser recitadas por personas de diferente edad y condiciones, y ante públicos distintos. El gusto debe subordinarse al objeto, y si éste fué alcanzado por el primer libro, lo prueba la aceptación que tuvo en el público que agotó la edición.

En este segundo libro, teniendo en cuenta las mismas razones y otras que se nos han presentado después, he elegido también composiciones de géneros variados, y en cuanto á las de carácter patriótico, no sólo he dado cabida á las que se refieren á héroes y sucesos gloriosos del Uruguay, sino también de la Argentina, la gran

nación del Plata, que ofrece generosa acogida á las producciones nuestras y que deberá ser tenida siempre en cuenta en las ediciones de libros, no sólo por fines de lucro, sino por poderosas razones que hacen cada vez más estrechos los vínculos entre estos pueblos de origen común, y tan unidos en el pasado y aún en el presente, que en la historia, en las letras, y hasta en la vida económica, es muchas veces imposible establecer una separación que asigne ciertas glorias ó conveniencias á uno solo de ellos, y no á los dos á un tiempo.

Pero esto ya sale del objeto del Prólogo, que debo concluir, después de explicadas como quedan las ideas que me han guiado al ordenar el libro; y concluiré reproduciendo y ampliando algunos consejos que puse en el primer libro, para los que deben hablar en público.

*
* *

Hay muchos tratados que pueden ser consultados con provecho, cuando no sea posible obtener lecciones de un maestro. En la recitación como en los idiomas hay algo que no se puede aprender en los libros.

No creo deber hablar aquí de los errores que se cometen todavía en algunos colegios, y que tan graciosamente criticaron Bretón y D'Amicis; (1) aquellos errores tan conocidos de acompañar cada palabra con un gesto y señalar los ojos, el corazón, la boca, la tierra, el cielo, cada vez que se les nombra. Esto y el canto ó tonadilla deben considerarse errores de los que se critican por sí mismos.

(1) Bretón en la comedia *Un tercero en discordia*; D'Amicis en la novela *Il romanzo d'un maestro*.

Una discreta autora de monólogos y comedias infantiles, María Delorme, en el prólogo de su libro *Le théâtre chez grand-mère*, hace estas útiles recomendaciones, que son todo un código para los aficionados:

1.º Hablar alto, sin gritar; ni de prisa ni con demasiada lentitud; y muy claramente.

2.º Variar las entonaciones, no terminar todas las frases con la misma nota, y *sobre todo* evitar que se parezca estar repitiendo una lección.

3.º No abusar de los gestos, pero tampoco estar inmóvil como un manequí; ni contentarse con mover la cabeza, los brazos ó las manos como un autómatas. En todo caso, el abuso de la acción, es un exceso menos fatal que el abuso de tranquilidad.

4.º *Estar de frente al público*, tanto como sea posible, durante todo el tiempo que se esté en escena; tratando, sin embargo, de no tener una actitud convencional, forzada y uniforme.

5.º Tratar de olvidarse completamente para no pensar más que en el personaje que se representa. *Meterse en la piel del personaje*, como se dice en el argot de la profesión.

6.º Estar alerta siempre para hacer las entradas y dar las contestaciones á tiempo.

7.º Si falta la memoria, no turbarse, y agregar, si es necesario, una frase propia, y sin afectación acercarse al apuntador que debe *remolcar* al perdido.

8.º Saber el papel de memoria, de un modo imperturbable y repetirlo veinte veces, solo ó con los compañeros.

Y un tratadista autorizado, Harmant-Dammien, cuyo

libro sobre el gesto artístico, recomendando á los aficionados, da estos consejos complementarios de los anteriores :

- 1.º El gesto no debe nunca pasar delante del cuerpo.
- 2.º El gesto no debe ocultar nunca el rostro del orador (Se entiende fuera de los casos en que se requiere llevar la mano á la cara en cierto movimiento de dolor muy natural).
- 3.º Cuanto menos relativo á la individualidad es el sentimiento, sólo avanzará la mano hacia el pecho.
- 4.º En los movimientos tranquilos, evitar la prontitud, la fuerza, la elevación y la extensión.
- 5.º En una imagen viva, una palabra vehemente, el primer movimiento del gesto debe ser hecho muy rápidamente.
- 6.º El gesto puede preceder á la palabra; pero no debe nunca venir después.
- 7.º Cada vez que para hacer un gesto se tiene necesidad de una sola mano, siempre deben funcionar el brazo y la mano que se encuentren del lado de la pierna colocada adelante.

Por su parte C. Coquelin en su libro *L'art du Comédien*, dice :

« No hay que hablar como se habla, hay que *decir*.

Decid verdaderamente y naturalmente, y ello estará bien ; pero *decid*.

Porque decir, es hablar indudablemente (nunca debe ser cantar), pero es dar á las frases y á las palabras esenciales su valor propio, aquí pasar desflorando, más allá por el contrario, recalcar una inflexión de voz ; es distribuir los planos y los relieves, las luces y las sombras. Decir es modelar.

La frase, unida cuando *se la habla*, se ablanda, cuando *se la dice*, toma forma, se hace cosa de arte. »

A estos preceptos sólo agregaremos, que hay una cosa que deben tener en cuenta, antes que todo, los aficionados, y es la naturalidad: naturalidad en la recitación y naturalidad en los movimientos. Esta naturalidad no debe impedir sin embargo las exageraciones de voz ó gestos que puedan convenir al papel. Se debe ser natural dentro de cada papel, y no ajustarse á un modelo ó canon único.

Si hay afectación en querer ser natural á todo costo, dice Coquelin, no lo hay menos en hacer sentir el artista en todo momento. Hablar no basta; decir todo, es demasiado decir: la verdad está entre los dos términos.

Para dominar un papel y para interpretar bien un monólogo, se debe principalmente estudiar con agudeza y penetración el carácter del personaje, las condiciones en que se halla en la acción y lo que dice. Todas las frases deben ser minuciosamente analizadas, y atendiendo á la prosodia, se debe también buscar la expresión exacta y propia de cada palabra, á la vez que la figurada que su empleo en el discurso exija.

El señor E. Reyer, en una conferencia que sobre el arte de la lectura dió en el Ateneo de Buenos Aires recientemente, decía á este respecto:

«La interpretación exige un estudio hondo del trozo, el sentido crítico, la diferenciación perfecta del valor de las palabras, de las frases, de los pensamientos. Si el actor entra *«dans la peau du bon homme»*, según la expresión teatral consagrada, el lector debe entrar, por decirlo así, en el cerebro del escritor, asimilarse su pensamiento, y tan intensamente, que debe, en cierto modo,

apropiárselo. Se trata, pues, de discernir el carácter general y distintivo de un escritor, «fouiller son style», descubrir las palabras típicas, las palabras de valor, las itálicas de una frase, hasta los matices más imperceptibles.

Buffón ha dicho á propósito del estilo, que para escribir bien es preciso pensar bien, sentir bien y expresar bien, puede decirse también, modificando un poco la frase, que para leer es preciso comprender bien, sentir bien y manifestar bien.

Siguiendo el precepto de Legouv  el lector, cuando comienza el estudio de un trozo, debe antes buscar el orden para determinar el movimiento, puesto que el movimiento es el orden animado.

Cada útil tiene su dicción correspondiente. Debemos emplear sucesivamente la voz de oro, la voz de plata, la voz de bronce, y la voz de terciopelo, cuando el estilo sea gracioso, elegante, noble, verboso,   ligero y florido. Como el piano la voz tiene su teclado, con dos octavas y tres especies de notas, la baja, la mediana y la alta. Es evidente que no se debe leer un acta de notario como el «menú» de un almuerzo, ni el «Charivari» como la «Revue des Deux Mondes».

Hay tantas dicciones diferentes como estilos, y no solamente no se debe leer Bossuet con el mismo tono que Fenelón   Voltaire, sino que no se debe leer, por ejemplo, «El espíritu de las leyes» del mismo modo que las «Cartas provinciales», ni «La leyenda de los siglos» como «El arte de ser abuelo».

Y más adelante: «Las últimas observaciones sobre el arte de la lectura son relativas   la lengua del escritor. Leer una poesía española   italiana como una poesía francesa, sería casi ridículo. No olvidemos que

es preciso, ante todo, penetrarse del genio de la lengua, de la diferencia de métrica y de ritmo».

Si en un salón está admitido y es de rigor que no se caracterice completamente la persona que dice un monólogo, en los teatros y en los colegios se debe, para mayor lucimiento, usar el traje que corresponda al personaje que hace el relato y completar la caracterización en todo lo posible.

Estas observaciones no serán acaso inútiles para los que se sirvan de este libro.

Pero si se desea consultar autores de experiencia y saber, hay, entre muchos, estos que me parecen más recomendables :

Ernesto Legouvé: L'ART DE LA LECTURE Y LA LECTURE EN ACTION (Biblioteca Hetzel, París). Hay una traducción española del *Arte de la lectura*, publicada en Madrid, 1878.

H. Ballande: LA PAROLE OU L'ART DE DIRE ET D'EXPRIMER (edición de E. Dentu, París).

Luis Rasi: L'ARTE DEL COMICO (A. Paganini, Milán).

Sebastián J. Carner: TRATADO DE ARTE ESCÉNICO (La Hormiga de oro, Barcelona).

Eduardo Minguell y Tez: MÍMICA MELODRAMÁTICA (Luis Tasso Serra, Barcelona).

Fenelón: DIALOGUES SUR L'ELOQUENCE (París, Hachette).

Abate Bautain: ESTUDIO SOBRE EL ARTE DE HABLAR EN PÚBLICO (traducción española publicada en Barcelona por la imprenta de Pablo Riera).

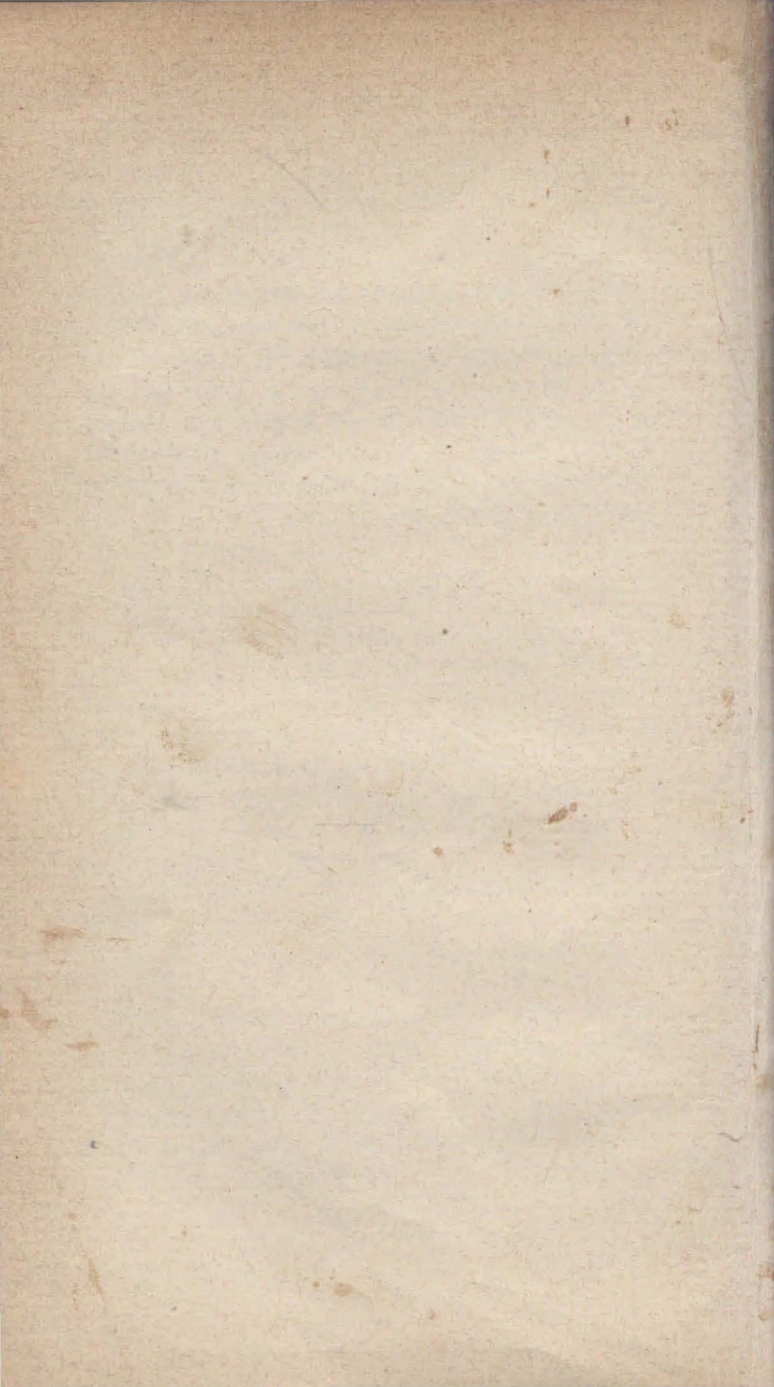
Mantegazza: LA PHISIONOMIE ET LES SENTIMENTS (traducción francesa en la Biblioteca Científica Internacional de Félix Alcan, París).

Harmant-Dammien: DU GESTE ARTISTIQUE DANS L'ACTION ORATOIRE (Abbeville C. Paillart, Imprimeur-Editeur).

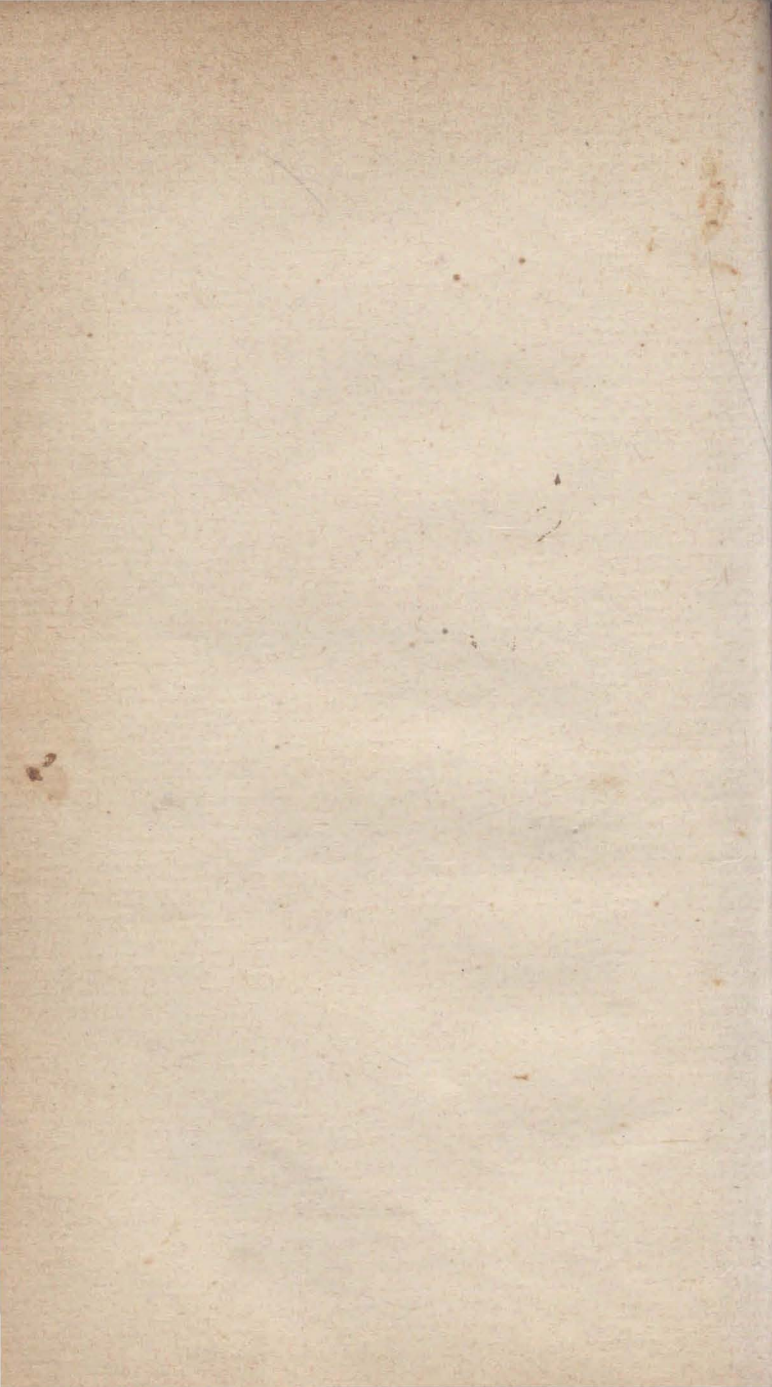
Y aún puede agregarse á esta bibliografía, como obras de consulta, los *Diálogos literarios* de Coll y Vehí; *Instituciones Oratorias* de Quintiliano; el Manual de oradores de Fray Luis de Granada; *La scienza sul palcoscenico*, estudio de Mantegazza; *Tratado de la declamación* de V. J. Bastús; Le Brun, *Conference sur l'expresion générale et particulier*; Nicolás, *L'attitude de l'homme*; y Coquelin *L'art du Comédien*.

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA.

Montevideo, 1898.



MONOLOGOS EN VERSO





Credo !..

¡ Dios y la inmensidad y mi conciencia !
¡ Lejos flotando el mundo de los hombres !
 Sola mi inteligencia
Se inclina á Ti, Señor, desfallecida
Y se siente morir de tanta vida.

Mi pie posa en la tierra;
 Pero mi alma, empujada
Por la ley absoluta de su esencia,
 El infinito encierra,
Y flota en los espacios arrastrada
Hasta el linde inmortal de su tendencia.
Hela aquí: la región de las ideas...
Más allá la intuición del infinito
 Cuyo ser inmutable
Dilata, con impulso necesario,
La comprensión del alma, indefinida
Sed de inmortalidad, fuente de vida.
La creación su rítmica armonía
 Bajo mis pies murmura ;
Mudos, los astros su tropel arrastran,
Sin marcar tiempo ni dejar su huella :
Que, ante tu ser, Dios mío,
Brillar no osara ni una sola estrella ;
 Que su enjambre sombrío

Es sólo leve polvo que levanta
Una onda fecundada del vacío
Al estrellarse en tu divina planta.

Las ideas, cual átomos, circulan
Y, cual vibrantes estrelladas olas,
Surgen del éter, palpitando ondulan,
Se pierden en confusas aureolas,
Y salpican mi frente
Las cascadas de luz inteligente.

¡Quién como tú, Señor!, clama el espacio;
¡Quién como tú, Señor!, ruge el infierno:
A tu nombre, las bóvedas eternas
Sacuden sus entrañas de granito
Y ahoga su doliente, eterno grito,
La ciudad del dolor, en sus cavernas.

Todo quieto ante Dios, todo sombrío;
Su aliento lo creado apenas mueve,
Y el corazón del Universo frío
Ni á palpar se atreve.

Yo alzo la voz, Señor, alzo la frente;
Y, entre el silencio y la quietud inmensa,
Llego tranquilo hasta besar tu mano...
Paso hasta mi Señor!... ¡Yo soy cristiano!
Con la sangre de un Dios hasta Dios llego;
De pie sobre los mundos humillados
En sus brazos me entrego;
Con el sello del Cristo sobre el labio,
Con solo mi bautismo
Orgulloso me siento ante Dios mismo.

¡Dios en mi corazón, Dios en mi frente!
Siento bullir la fe en mi pensamiento;
Mi corazón á su calor se expande...
Y por primera vez el canto siento
Grande nacer y levantarse grande.
Canto mi fe, orgulloso,
Y quisiera á mi voz dar la pujanza
Del rugido furioso
De la fiera que el circo estremecía
Y, con robusta garra ensangrentada,
Al mártir la corona le ceñía;
La entereza sublime
De la virgen cristiana que serena,
Realizando los mitos legendarios,
Pisa radiosa la sangrienta arena.

Señor: yo creo en Ti, tu nombre adoro,
Prosternado venero tus misterios;
Mi razón, de tus dogmas tributaria,
Se doblega ante Ti, forma tu coro,
Y ansía, cual la débil procelaria,
Oír la tempestad, grande, sin vallas,
Y pelear en el mundo tus batallas.

La luz de tu doctrina
Que, en el Calvario, confirmó tu Cristo
Con su sangre divina,
Deslumbró mi razón; mi fe te ha visto
En el nuevo Siná velar tu frente,
No en medio del volcán impetuoso
Y ceñida de rayos la cabeza,
Sino con nube de dolor sublime,
Oprimida la frente de tristeza,

Seco el labio que al mundo bendecía,
Y aterida la frente ensangrentada
Con la helada aridez de la agonía.

Señor : yo creo en Ti ; mi pecho escuda
La fe que me enseñaste ;
Y jamás vacilé ; jamás la duda
Secó mi corazón con su veneno.
Firme la planta, el corazón sereno,
La frente enhiesta, desprecié al sectario
Que, en su impiedad sin nombre,
Hundida en polvo del error nefario
A Ti no sabe alzar su frente de hombre.

Vi rugir á mis pies las tempestades
Que alzó el orgullo de la ciencia humana
En todas las edades ;
Y, sobre sus escombros,
Cubiertas por el musgo de los siglos,
Se alzó mi fe más grande, más potente,
Como, al romper los diques, el torrente.

Las pasiones templé con la creencia,
Siempre temí la voz de la conciencia,
Y del hombre falaz la grito insana
Jamás oscureció mi fe cristiana.

Mi fe !.. Como en el mundo
Habrá quien la haga vacilar en mi alma
Si, á su sólo mandato,
Temblorosos, los mundos desfallecen
Ó, en el cenit clavados, se estremecen !
Si ante su voz temblando

Callan los mares y su seno rompen ;
Brotó la muerte vida ;
Si, á su acento, la gran Naturaleza
Sus inmutables leyes olvidando
Inclina desarmada la cabeza !
Por ella, las cavernas
Brotaron á torrentes la armonía ;
Irradióse la luz de los desiertos,
Y, la razón del hombre, antes cegada,
Columbró ya entreabierta
De los misterios la inviolable puerta.

Por ella, ante el tirano,
Entre los puros labios de la virgen
Se hermanaba el dolor con la sonrisa,
Y, cual notas lejanas de un delirio,
Recogió el cielo unidos
El himno de la gloria y del martirio.
Ella, frente á los ojos de un marino,
Trazó aquel derrotero misterioso
Que á nuestra madre América escondía,
Y en su seno inviolado contenía
 El secreto profundo
Que un mundo le negaba al otro mundo.

Ella ahogó el arrastrar de las cadenas ;
Hijo de Dios se despertó el esclavo,
Que, al sentirse hombre y grande y redimido,
Alzó á la Libertad el primer canto
Que escuchó el Orbe entero estremecido,
 Como día de gloria
Una diana triunfal de la victoria.

Y ella, para ostentarse ante los hombres,
Llama á aquel Dios que, al realizar su idea,
Sobre el espeso caos infecundo
Órbitas describiendo que aún recuerda,
En su vértigo eterno cada mundo,
Hizo que, al oír su voz, anonadada,
 Su seno retorciendo,
Paso dejase al ser la misma nada.
Dios á su acento acude,
Inclina la cabeza ensangrentada,
 Dobla la espalda herida,
Y, ofuscando la humana inteligencia
Se asienta allí radiante mi creencia.

Esa es mi fe, que con orgullo ostento,
 Depósito sagrado
Cuyo eternal asiento
Es la cerviz de un Dios sacrificado.

Dios en mi corazón, Dios en mi frente,
Empapada en la luz de esa creencia:
Esa es mi noble aspiración ardiente
Que bulle abrasadora en mi conciencia.

Esa es mi fe, mi juramento santo,
Ante quien ser é inteligencia postro:
Lo lanzo al mundo... Si mi fe quebranto
Lánceme el mundo su anatema al rostro!

J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

A Dios

I

Perdón si hasta ti levanto,
En alas de mi osadía,
De mi pobre fantasía
El humildísimo canto.
Perdón si en tu templo santo
Dulce inspiración imploro,
Si de mi canto insonoro
La triste cadencia brota,
Reflejando en cada nota
La pasión con que te adoro.

II

Guardas la divina ciencia
A humano esfuerzo invisible,
Haciendo del imposible
Su esclavo tu omnipotencia.
En vano mi inteligencia
En tu altar ofreceré,
Pues comprenderte no sé;
Y aunque tu lumbre me anegue,
Tal vez á sentirte llegue,
Mas cantarte no sabré.

III

Cuando en la noche sombría,
En horas de amargo duelo,

Mis ojos elevo al cielo
Con la esperanza por guía,
Siento que en el alma mía
Surge una extraña ilusión
Que con voces de pasión
Tesoros de fe derrama,
Y tu grandeza proclama,
Y enciende mi corazón.

IV

En el cielo hallo el reflejo
De esa grandeza infinita
Por mano invisible escrita
En aquel divino espejo.
En ese instante me alejo
De toda duda liviana,
Y allí la mente se afana,
Que por extraño espejismo
Surge á su vista el abismo
De la pequeñez humana.

V

Vives dentro de mi ser,
Dentro de mi pecho alientas,
Todos mis latidos cuentas,
Y en vano te quiero ver.
Es llegarte á comprender
Locura tan singular,
Como pretender contar
Las flores de nuestro suelo,
Ó las estrellas del cielo,
Ó las arenas del mar.

VI

Das al iris sus colores,
A la fronda sus cantares,
Sus espumas á los mares,
Su canto á los ruiseñores.
Vida y perfume á las flores,
Trasparencia al firmamento,
Rumores y alas al viento,
Su límite á la razón,
Sus fibras al corazón
Y su luz al pensamiento.

VII

Me habla de tu majestad
Todo cuanto me rodea;
Mi propia vida, la idea
Buscando su libertad,
La fulgente claridad
Que densas sombras deshace,
La reflexión que nos hace
Humillar la duda incierta,
La conciencia que despierta
Y el sentimiento que nace.

VIII

Eres fuente de poesía,
Tesoro de inspiración,
Latido del corazón,
Aroma, luz y armonía;

Cielo que la fantasía
A profundizar no alcanza,
Sol que luce en lontananza
Ostentando sus fulgores
Y esparciendo resplandores
En un mundo de esperanza.

IX

Oigo tu acento en la queja
Que en el ancho espacio vaga,
En el eco que se apaga,
En el rumor que se aleja,
En el suspiro que deja
Vibración que el aire hiere,
En los ayes que profiere
Pecho que el pesar deshace,
En el llanto del que nace,
Y en el gemir del que muere.

X

¿Quién consigue limitar
Tu inmensidad, que se ostenta
En la voz de la tormenta
Y en los rugidos del mar?
¡Torpe es la ciencia al pensar
Que escalará su poder,
Pues su vuelo al extender,
Siendo su poder tan breve,
Mientras más alta se eleve
De más alto ha de caer!

XI

No sólo en templo sagrado
Se levantan tus altares,
Que en cielos, tierras y mares
Se acrecienta tu reinado :
Y si el hombre esclavizado
Al mísero error desciende,
Sus sentimientos no entiende
Porque la pasión le ciega;
Que aunque su labio te niega,
Su corazón te comprende.

XII

¡ Cuántas veces los errores
Miramos como verdades,
Ó dejamos realidades
Por delirios soñadores!
¡ Se dejan sendas de flores
Buscando un verjel eterno !
¡ Se hundió en nieblas del Averno
Quien llegar hasta ti quiso !
¡ Adán soñó un Paraíso
Y despertó en un infierno !

XIII

.....
Perdona á este trovador
Que tu protección suplica,
Y á tu grandeza dedica

Alma, existencia y amor.
En los mares del dolor
No le dejes sucumbir,
Pues le basta conseguir
Palabras para ensalzarte,
Corazón para adorarte
Y fe para combatir.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

Meditación

Yo te veo, Señor, en las montañas
Que soberbias se miran en su altura,
Do reciben la luz con que las bañas,
Antes que este hondo valle de tristura;

Y en el último y lánguido reflejo,
Que recogen del día moribundo,
Cuando su altiva cumbre es el espejo
De las sombras que caen en el mundo;

Y en su color azul y nieve fría,
Que oculta la preñez de los volcanes,
Como encubre falaz hipocresía
De infame corazón pérfidos planes.

Que tú les das la niebla matutina,
Que se pierde por leve y vaporosa;
Tú les enciendes llama que ilumina,
Tú su cráter entibias y reposa.

Desataste en sus cimas y pendientes,
Para calmar la sed de los mortales,
Las cristalinas venas de las fuentes,
Y escondiste en su seno los metales.

Mas ellos ambicionan el tesoro
Que previsión de un padre les encierra,
No pueden apagar la sed del oro,
Y rompen las entrañas de la tierra.

¡Metal de execración! ¡metal maldito,
Cuya pálida luz cegó los ojos,
Doró deformidades del delito,
Y alumbró los desórdenes y enojos!

Yo te veo, Señor, en los breñares
Doblados de malezas muy bravías,
En los altos, difíciles lugares
Do el águila renueva largos días;

El águila, que es hija de los vientos,
Con su nido, que es campo de batalla,
Lleno de los despojos más sangrientos
Del vulgo de las aves que avasalla;

Sombría, como el sitio donde habita;
De furibundos ojos, y de garras
Duras, como las peñas que visita,
Corvas, como moriscas cimitarras.

Que tú, para cortar los aquilones,
La fuerza muscular le diste en prenda;
Te busca por las célicas regiones;
Por eso mira al Sol como á tu tienda.

Tú contaste sus plumas más ligeras,
Como cuentas los árboles y frutos,
Los átomos que cruzan las esferas,
Y hasta la eternidad por sus minutos.

Yo te veo en el mar: en la ola verde,
Azul ó sonrosada que camina,
Que con orla de aljófares se pierde,
Mientras otra más alta se avecina.

También, cuando lo tienes en bonanza
Para el pequeño alción que á sus cristales
Fía su hermosa prole y su esperanza,
Mientras atas furiosos vendavales.

Y en el cetáceo enorme que, entre hielos,
Que muros de cristal pueden decirse,
Alza dos ríos de agua hasta los cielos,
Y agita el mar del norte al rebullirse;

Que, herido del arpón, iras alienta,
Con su sangre las aguas enrojece,
Y las pone agitadas en tormenta...
¡ Tanto puede su mole que padece!

Tú le diste los mares por presea,
Donde tenga por lecho las bahías;
El boreal y antártico pasea;
Por abismos de espuma tú le guías.

Yo te veo, Señor, en el insecto
Que busca en la camelia nido y casa,
Con las galas de adorno tan perfecto
Que unas púrpuras son, otras son gasa;

Y en el que, enamorado de su pompa,
Se contempla en la fuente bulliciosa,
Y en el que chupa almíbar con su trompa,
Y en el que se adormece en una rosa;

Y el que queda suspenso ante las ovas,
Mecido en equilibrio con las alas,
Y, al parecer, les canta dulces trovas
Que sólo entiendes tú, que á ti te igualas;

Y en un reptil que turba ninfas puras,
Que por su cauce nítido se alegra,
Y el que por las musgosas hendiduras
Asoma su cabeza verdinegra.

Tú has vestido de flores las colinas
Cual nunca Salomón se engalanara,
Cuando, á ruego de hermosas concubinas,
Idolos en los bosques adorara.

Tú has dado los aromas y canelas,
Papagayos hermosos y parleros,
Búfalos, elefantes y gacelas,
Cedros, palmas, acacias, bananeros.

Que tú eres el principio de ti mismo,
Sin contar el origen de tus días,
Grande en la inmensidad y en el abismo,
Dios de eternas venturas y alegrías.

P. JUAN AROLAS.

El canto del Profeta

ODA

¡Jerusalem!.. ¡Jerusalem la hermosa!..
el címbalo sonoro
te asegura tormenta pavorosa;
no desoigas su lloro,
ni el dulce canto de sus cuerdas de oro.

El bárbaro sombrío
que allá en las selvas donde nace el día
indómito corcel monta bravío,
con salvaje alegría
en alas de huracán odio te envía.

Sobre ti sus legiones
soberbio empujará con brazo fiero;
romperá tus blasones,
y tu cuerpo altanero
tronco será bajo su hirviente acero.

Porque te hiciste impura
como ramera de encendida frente
que el vaso infame apura;
cual torpe maldiciente
que ante el altar de Dios, á Dios no siente.

La sierpe del pecado
con ansia loca se enroscó en tu seno
en deleite espantoso aletargado,
y al retumbar el trueno,
dejó en tu corazón todo veneno.

¿Dónde fueron tus flores
santo huerto de amor? ¿Dónde tu calma,
sagrado mar de olores?

¿Dónde la dulce palma
que el candor de la fe puso en tu alma?

Tu vestidura hermosa
bordada de carmín, de blanco y oro,
cubre tu frente de placer ansiosa,
y en tu seno que adoro
ya no deja el amor su dulce lloro.

.....
¡Jerusalem!... ¡Jerusalem, despierta!..
con sarcasmos impuros
enemigo feroz llama á tu puerta;
fantásticos y oscuros
sus pendones se ven desde tus muros,

Soberbio y arrogante
empujó sus indómitos corceles
con ímpetu pujante,
y jura en cantos crueles,
arrastrar en el polvo tus laureles.

Y caerán tus palacios
en honda confusión, quejas y acentos
dejando en los espacios;
y en los dormidos vientos
no cabrá la canción de tus lamentos!..

Los cedros perfumados
que en rápidas galeras
llegaron de los puertos agitados,
bajo las hordas fieras
alimento serán de las hogueras.

Siervos serán tus reyes;
ligero polvo tu soberbio manto;
ceniza vil tus leyes;
tus esperanzas llanto;
tu ventura dolor, tu dicha espanto.

Y cantarán cual lúbricas rameras
las hijas de Sión, dando rendidas
besos impuros á las turbas fieras ;
las frentes encendidas
contando el precio por que son vendidas.

En raudo torbellino
las llamas se alzarán al firmamento
por los muros abriéndose camino,
y de Dios al asiento
sus quejas lanzarán el mar y el viento.

II

Celeste desposada ;
estrella de Judá ; blanca azucena
por Dios acariciada ;
mueve la faz serena ;
Jesús desciende y con su amor te llena.

Las arpas que á Dios cantan
con dulce canto por el templo giran ;
los profetas del polvo se levantan ;
los ángeles te miran ;
las vírgenes de amor, de amor suspiran.

Porque nace en tu seno,
el de eterna bondad místico río
calla su voz el trueno ;
las nieblas del vacío
le coronan con gotas de rocío.

Le cantan los pastores
cruzando las cañadas :
expárcense las flores,
las aguas despeñadas
lo bendicen saltando en las cascadas.

Tomillos y romeros
en los montes levantan sus aromas ;
se aclaran los veneros ;
inclínanse las lomas,
y repiten arrullos las palomas.

Porque en tu seno alienta
la luz de la alegría ;
el arco vencedor de la tormenta ;
el Hijo de María,
la dulce aurora del hermoso día.

III

¡ Salem ! ¡ Salem ! te escondes
cual adúltera vil que rompió el freno ;
te llamo y no respondes ;
el crimen en tu seno
ronco te grita con su voz de trueno.

Revuélvense los mares ;
arde con rayo impuro
el fuego criminal en los altares,
y ante Dios, inseguro
cantando guerra se despeña el muro.

¿ Por qué la turba grita ?
¿ Por qué con rumbo incierto
encrespado el Cedrón se precipita ?
¿ Por qué está en desconcierto
la espantada creación tocando á muerto ?

Secáronse las flores ;
tigre iracundo ensangrentó el ganado ;
huyeron los pastores
y en el espacio airado
viento de muerte murmuró á mi lado.

Y se mira un madero
del relámpago lívido á la lumbre ;
y ruge ronco el huracán severo ;
y en pedregosa cumbre
se revuelve feroz la muchedumbre.

Y gritos y canciones
resuenan en salvaje algarabía ;
rugidos, maldiciones,
y es una raza impía,
que cava á un Dios la sepultura fría.
¡ Sodoma criminal ! ¡ Nínive impura
de la tumba inhumana,
la frente levantad con amargura ;
Jerusalem insana
en brazos de Satán es vuestra hermana !..

IV

Llora, pobre Salem ; doliente llora
por el pueblo asesino ;
en noche sin aurora
correrá su camino,
y ebrio de crimen rodará sin tino.

Cual nube gigantea
indómito enemigo hacia la altura
volará en la pelea,
y en olas de bravura
inundará bramando la llanura.

Y arrastrará la púrpura rendida ;
y el dulce plectro de oro ;
y la mujer vendida,
con incitante lloro,
desnudo el pecho, le dirá... «te adoro» !..

Sin altares ni reyes
el hijo de Judá rasgado el manto
destrozará sus leyes,
y en eterno quebranto
para su gran dolor no tendrá llanto.

¡Anda! con ancha boca
le dirá el hondo mar; ¡anda! la oscura
peña que el cielo toca;
detente... la amargura;
duérmete en el dolor... la desventura!..

Rugirán tempestades
sobre el que fué dichoso;
le cerrarán las puertas las ciudades,
y maldito y odioso
ni aun en la tumba encontrará reposo.

.
Llora, Jerusalem; tu pueblo amante
con boca dolorida
el cáliz colosal apura errante,
y en su triste corrida
tan sólo en el dolor encuentra vida!..

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

¡¡ Lágrimas!!...

I

¡Espectro del dolor! dadme tu lira;
quiero cantar: el alma fatigada
por derramar sus lágrimas suspira!..
Quiero cantar... ¿y á qué? de los placeres

el vaso está ante mí; fúnebre y triste
ya no hiere en su seno envenenado
el infernal licor; de rojo viste
su dilatada boca,
que horrible y seca á delirar provoca.
Ayer yo lo veía;
el néctar en sus bordes serpeaba
y delirante el corazón saltaba
cuando del néctar infernal bebía:
fantasmas del placer con dulce encanto
brotaban de sus fúrvidas espumas,
cubriendo con su manto
mi cabeza infeliz: hoy... triste y seco
se muestra el pecho mío,
y de su fondo hueco
en lugar del placer, se alza el hastío.

II

¡El amor cantaré! ¡Vana quimera!...
¡Qué bien suena esa voz! es el gemido
del arpa que se extiende
por el fondo del bosque adormecido;
la plácida aureola
que de *mi ayer* el cielo tornasola;
mas ¡ay! que al eco sin igual doliente,
de sus inciertos sonos,
resbalan sollozando por la frente
las sombras de mis muertas ilusiones.
Ayer, siguiendo por mi vida inquieta,
mujeres vió cruzar cual devaneo
mi frente de poeta.
La una, en sus sienes virginal corona

de jazmines y lirios ostentaba ;
sus flotantes cabellos
el viento acariciaba,
placer y vida respirando en ellos :
con infantil amor la otra reía,
vertiendo por sus ojos
la luz primaveral de Andalucía :
amor aquella con sus labios rojos
brindaba al corazón... ¡todo mentira!...
Yo quise amar, y ardiente, arrebatado,
por doquiera agitándome indeciso,
crucé del mundo por el seno helado
buscando del amor el paraíso.
A sus puertas llegué y entré sereno...
una nube de sangre y de dolores
ofuscó mi razón... miré su seno,
y al ver espinas en lugar de flores,
del cáliz de mi amor brotó veneno!...

III

¡ Gloria !... ¡ nombre sin par ! también el lloro
de mi pecho arrancó ; recuerdo impío
salta á su nombre en mi cabeza ardiente,
desde el sepulcro del dolor sombrío.
Era *mi ayer* ; sus arrulladas horas
en el regazo maternal durmiendo,
pasaban sin sentir ; alegre el mundo
me brindaba sus flores :
la dulce voz de su cantar sonoro ;
su fortuna, su gloria y sus amores :
en medio de tal bien, ¡ *adiós* ! un día
con dulcísima voz triste me dijo

llorando sin cesar la madre mía...
¡*Me voy lejos de ti!*; seguirla quise,
mas la losa cayó; creció mi duelo,
y los ojos del alma la miraron
tras del plácido azul buscando el cielo.
Entonces deliré; gemí cantando;
necesité, para llorar, la lira
y loco la busqué; toqué sus cuerdas...
más al tocarlas del dolor herido,
las que tristes sonaron
bajo mis manos trémulas saltaron,
y el arpa rota moduló un gemido!...
Y maldije..., y canté; mas ronco y seco
mi canto de dolor doquier retumba
llorando sin cesar; ¡porque es el eco
de una lira templada en una tumba!...
y canté la ilusión; y la amargura,
la noche del pesar, el desvarío,
la esperanza, la fe, la desventura...
y el mundo en tanto, á mi alrededor impío,
al escuchar mis voces angustiadas,
tranquilo convertía
mis himnos de dolor en carcajadas!...

IV

Hoy... ¡A dónde voy ya! cansado y solo
como el triste y errante peregrino
encuentro por doquiera
tapizado de espinas el camino.
¡A dónde, á dónde llevaré las flores
que arrojen mis cantares,
si sin falsa ventura los amores

y abrasan de la gloria los altares!...
¿ Mis penas cantaré? ¿ Mas no!... serena
una voz en mi pecho estremecido
con acento dulcísimo resuena;
un reflejo de luz mi frente toca;
es la luz de la fe, que la esperanza
eleva al cielo desde el alma loca.
¿ Tú eres, Señor!... conozco tu mirada
en ese rayo espléndido y sereno
que ilumina mi frente fatigada;
Tú, que al mortal que llora
consuelas con la célica esperanza
de otra vida más bella y seductora
á cuyo seno la razón no alcanza.
¿ Tan bueno y te olvidé!... perdón, Dios mío,
consuela mis pesares...
como al férvido mar camina el río
mis cánticos irán á tus altares.
Si te ofendí con delirante anhelo,
ya te bendigo con afán profundo;
¿ quién dedica sus cánticos al mundo,
estando Tú tras el tendido cielo?...

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

Majestad y justicia de Dios

Atomo que entre nieblas no aparece,
Atomo de una niebla condensada
Que una ráfaga turba y desvanece,
Sólo á tu luz, Señor, veo mi nada.

Sobre mi pedestal de vanidades,
Soy estatua de lodo con aliento;
¿Cómo podré poner en tus bondades
Mi triste y atrevido pensamiento?

¿Cómo podré admirarte y comprenderte,
Si mientras me remonto hasta tu silla,
Me silba el huracán, sopla la muerte,
Y derrumba la estatua que es de arcilla?

Tómate el corazón, no sea mío;
Pero, si no es de ti digno presente,
Lléname de una vez ese vacío
Que no sabe explicar, cuando lo siente.

¡Yo te diré su afán!.. siempre suspira
Por un bien adorado que se aleja,
Que pone en su lugar una mentira,
Que, al descubrirse pronto, causa queja.

Pero esclavo infeliz, tras el engaño
Que con llanto de sangre gime y paga,
Vuelve á buscar su bien, y vuelve al daño,
Renovando sin fin eterna llaga.

Sigue tras la ilusión en raudo giro,
Contándole á la sombra fementida
Cada paso que da, con un suspiro,
Que gasta los resortes de la vida.

Yo registré las fibras de su seno:
No hay una que el dolor no haya quemado;
No hay una sin lesión de este veneno,
Que, á pesar de sus iras, es amado.

Y siempre la esperanza engañadora
Procura disipar su desaliento,
Pues la sombra se acerca cuando llora,
Para que á llorar vuelva su escarmiento.

Toma mi corazón, no sea mío ;
Tú puedes acallar su afán profundo,¹
Y ten piedad, Señor, de su vacío ;
Llévalo tú, que llenas todo el mundo.

Que este siglo es de hierro, edad de escoria,
Siglo sin fe, con hijos sin ventura,
Que en potro de dolores sueñan gloria :
¡ Tal es el frenesí de su locura !

En cuestión de tormentos prolongados,
Entre ecúleos, garruchas, fuego y rueda,
Cantan su necedad desmemoriados,
Pigmeos revestidos de oro y seda.

Para la compasión, hombres de plomo,
Al eco de lisonja siempre abiertos ;
Sordos á la verdad, huyen su asomo,
Insensibles al bien, como los muertos.

¡ Cuán distantes de ti, cuando enamoras
Sobre los abrasados serafines !..
El espacio es la casa donde moras,
Sin término, ni noche, ni confines.

Tu mirada es la luz del claro día,
Que todo lo embellece y lo fecunda ;
Tu edad no cuenta mes, año, ni día,
Porque es la eternidad que en ti se funda.

Tú alumbras á la noche con fanales,
Tú coronaste al Sol de rayos rojos,
Y giran las esferas celestiales
Al menor movimiento de tus ojos.

¿Quién sabe si formaste tantos mundos
Como globos lanzaste en los espacios?
Yo veo, en los cometas errabundos,
Antorchas que iluminan tus palacios.

Te meces sobre el austro; te reclinas
Sobre los más sonoros aquilones;
Calcan tus pies sus alas, y caminas,
Rey eterno de altísimas regiones.

Miraste levantada en su cimiento
La torre de Babel, que altiva medra,
Del orgullo del hombre monumento,
Cifra de vanidad escrita en piedra;

En cuyas escaleras espirales
Pareciera el enorme cocodrilo
Gusano que, al través de los raudales,
Tras una hierba débil tiene asilo;

En cuya vasta cima, la palmera
Qué más pompa y verdor ha desplegado,
Cual pobre jaramago sólo fuera,
Cual musgo que en las piedras se ha sentado.

La viste en el fervor de sus obreros;
Confundiste su idioma, se turbaron,
Y plegando sus brazos altaneros,
Sobre bases de mármol se sentaron.

Todo fué confusión, todo fué espanto,
Caos, y nada más, rumor maldito;
Y, al aire de las orlas de tu manto,
Derribaste la mole de granito.

Respiras, y tu aliento soberano
Anima lo infinito sin medida;
Todo tiene, á la sombra de tu mano,
Belleza, juventud, amor y vida.

Del polvo has producido y de la nada
Seres que de tus obras se enamoren,
Que anhelan sublimarse á tu morada.
Que sin fin te bendigan y te adoren.

Es el trueno tu carro de victoria,
Y los rayos las chispas de sus ruedas;
Canta el mar, en sus ámbitos, tu gloria;
Cantan tu dulce amor las auras ledas.

Es el mundo tu templo, altar la tierra,
Y el justo te da incienso en sus querellas;
La bóveda celeste el templo cierra;
Son lámparas las nítidas estrellas.

¿Quién se podrá esconder de tus rigores,
Si sondeas el pecho á los mortales,
Como penetra el sol con sus fulgores
Las ondas transparentes, los cristales?

¿Si pones por verdugo del delito
Al insomnio, al atroz remordimiento?
¿Si al lado de las culpas has escrito:
«Dolor sin fin, placeres del momento»?

¿ Si persigue y agobia al delincuente
Tu eterna maldición con peso frío,
Sentada en las arrugas de su frente
Y envuelta en su mirar torvo y sombrío ?

¿ Si en medio del festín y de la orgía,
Al retumbar la orquesta sonora,
Al escuchar sus notas de armonía,
Al respirar los ámbar y rosa ;

En el solaz mentido de esa calma,
Alzas dentro del pecho voz temida,
Alzas severa voz dentro del alma
Que deja el placer lánguido y sin vida ? ..

¿ Do vas, nube preñada de tormentas,
Con tus flancos de fuego centellante ?
¿ Caminas al acaso y te presentas
Sin un rumbo certero, rumbo errante ?

Tú tienes quien dirija tu destino,
Quien te presente aquí como un amago,
Quien te suspenda en medio del camino,
Para que lances muerte, horror y estrago.

Consumirás ciudades altaneras,
Sin gloria, sin virtudes, sin decoro,
Comparadas á estúpidas ramera,
Que rindieron su honor por plata y oro.

Mudarás sus alcázares en riscos,
Abrazarás sus pórticos, su asiento,
Sus pirámides torres y obeliscos,
Y quedará su polvo en escarmiento.

¿ Por qué te alzaste, ¡ oh mar !, con tanto enojo ?
¿ Eres rey de tu seno y tus orillas ?
¿ Monstruo traidor, que tragas por antojo
Del náufrago los miembros con las quillas ?

Tú no agitas las olas cuando quieres,
Que á soberanas leyes te sujetas :
Díganlo las arenas donde mueres,
Lindero deleznable que respetas.

Manda Dios, y, agitándose tu espalda,
Hierven, en blanca espuma convertidas,
Tus aguas de zafiro y esmeraldas,
Que estaban en corales adormidas.

Sorbes buques infames y veleros
Que con sangre de negros traficaron,
Con su tripulación de bandoleros,
Que de Dios y del hombre blasfemaron.

De peñascos y arenas en los bancos
Estrellas esas naos fementidas,
Porque los atezados, cual los blancos,
Son hijos del Señor á quien no olvidas.

Y eres bien justo ¡ mar ! en tal venganza,
Y con justo rigor te desenfrenas ;
Que el Dios de paz, de amor y de esperanza
Al hombre no crió para cadenas.

¿ Do vas, río espumoso y turbulento,
Domados los apuestos malecones ?
¿ Por qué salvas los lindes de tu asiento ?
¿ Puedes romper acaso tus prisiones ?

Ayer, entre las flores te dormías,
Y entre verdes isletas te humillabas;
Tan claro tu cristal entretenías,
Que nadie te escuchó, si murmurabas.

Rastrera, la africana golondrina
Besó la flor del agua con encanto,
Y retrató su forma peregrina
Sobre tu seno azul como su manto.

Émulo de los mares hoy avanzas,
Y, arrancando los árboles añosos,
Destruyes las risueñas esperanzas
De los agricultores afanosos.

Sepultas las cabañas y el ganado,
Conviertes en lagunas los jardines,
Y paseas los surcos del arado
Sin respetar ni valles ni confines.

Y te dirige Dios con brazo fuerte;
Porque la raza mísera del hombre
No se acordó del día de su muerte,
Y olvidó desleal su santo nombre.

Templa, Señor, tus iras y furores,
Y la prole de Adán, prole infelice,
Deje de suspirar tantos dolores,
Mientras mi rudo labio te bendice.

Sobre los tristes males que lloramos,
Tiende mano benéfica y propicia:
Grande es tu Majestad, y la adoramos;
Témpplanos el rigor de tu justicia.

P. JUAN AROLAS.

¡ Stabat Mater !

I

¡ Pobre Madre ! está llorando
al pie del santo madero ;
el pueblo murmura fiero
por la montaña girando,
y la luz muere en la sombra,
y el nublado se agiganta,
y la creación llora y canta
con voz que aturde y asombra.
¡ Pobre Madre !... ante los sonos
de sus dolientes afanes
alzan truenos y volcanes
sus más terribles canciones.
Y el ángel llora... y se arredra,
rugen los mares inquietos
y se alzan los esqueletos
sobre sus tumbas de piedra.
Porque es tan hondo el pesar
de la Madre del amor,
que llora el mismo dolor
al contemplarla llorar.

II

Ella vió al Hijo nacer,
su esperanza realizando ;
ella le durmió cantando
las endechas del placer.
Ella, con ansia divina

dejó sus plácidos lares,
cruzó de Judá los mares,
las cumbres de Palestina ;
y siempre del hijo en pos
le siguió amante y serena,
como sigue el alma buena
la sombra santa de Dios !..
Hoy... ¡ pobre Madre !.. lo mira
sobre el Gólgota sangriento,
suspiros lanzando al viento
que en torno del árbol gira.
Lo mira triste, llorando
por el pueblo su asesino ;
oye su acento divino
¡ perdón !.. ¡ perdón !.. murmurando.
Ve sus sienes desgarradas
por las espinas crueles ;
ve marcados los cordeles
en sus manos veneradas...
y si oye de su ansia en pos
del pueblo el acento fijo,
ve... que le matan al Hijo
por el crimen de ser Dios !..

III

Pura... mística azucena
del desierto de la vida ;
lámpara siempre encendida
para templar nuestra pena ;
celeste y eterno lirio
por los ángeles cuidado ;
puro clavel perfumado

con la esencia del martirio !..

Yo vengo, Madre, á besar
las estrellas de tu manto :
vengo á regar con mi llanto
los mármoles del altar :
yo padezco tu dolor,
lloro al mirar tu agonía ;
yo tengo por ti, María,
rico manantial de amor.

.
Del relámpago á la luz
que la tormenta anunciaba,
yo vi á Dios que vacilaba
bajo el peso de la Cruz
Lo vi triste ante el desdén
del pueblo vil y asesino ;
lo vi con llanto divino
llorar por Jerusalem.

Vi su cabeza sangrienta
tocar en la dura roca ;
vi un insulto en cada boca,
y en cada grupo una afrenta,
y al verte á su lado ir
dije con llanto de amor :
¡ pobre madre del dolor,
cuánto deberá sufrir !..

IV

Pueblo... con llanto profundo
ve á contemplar su agonía ;
hoy es la fecha, es el día
de la redención del mundo.

Doquiera se oye el concierto
de la más honda tristeza,
hasta la naturaleza
parece que toca á muerto.
El templo, todo es dolor ;
negra el ara, poca luz ;
sobre el sacro altar la Cruz
sosteniendo al Redentor.
Al pie de la Cruz, María...
cerca, el sacerdote implora ;
allá en las tinieblas, llora
el órgano una armonía.
De las campanas el son
no se mezcla en el lamento,
por no turbar en el viento
los ecos de la oración ;
y la luz que ante el altar,
mal á la sombra resiste,
está tan triste... tan triste
que no se atreve á alumbrar !..
Todo es llanto, y es dolor ;
mujeres, niños, ancianos,
venid, venid de las manos
á llorar al Redentor !...
Venid ante el que se inmola
por colmar nuestra alegría ;
venid á ver á María
que está sollozando sola !!..
Llegad de vuestros hogares
con ofrenda á sus dolores ;
dejad los campos sin flores
para adornar sus altares,
y no deis al corazón

hoy consuelo á su quebranto,
porque será vuestro llanto
la segunda Redención!..

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

Himno á los ángeles

Mientras sobre los fondos arenosos
La turbulenta masa desplomaba,
Y, partiéndose en grumos espumosos,
Con un sonoro hervor regurgitaba ;

Con un ligero ceño de su frente,
Calmó Dios el horrísono elemento,
Y lo mudó en zafiro trasparente
Que rizó con las auras de su aliento.

Y en él se complació, porque era hermoso
Como todas las obras de su mano ;
Sobre su lecho azul tomó reposo,
Y meditó tal vez celeste arcano.

Pues, como su bondad, lo hizo profundo ;
Bello, como su amor en el letargo ;
Fuerte, como su brazo, en lo iracundo ;
É igual á sus enojos, en lo amargo.

Entonces, las falanges de guerreros,
Que se nutren de amor y de ambrosía,
Los ángeles, vestidos de luceros,
Pisaron el cristal de la mar fría.

Los unos, apoyando sobre el onda
Sandalias de colores muy distintos,
Suelta la cabellera negra ó blanca,
Y extendiendo las alas de jacintos.

Al Eterno formaban un sagrario
De plumas, y de sedas, y de grana,
Mientras sabeas nubes de incensario
Subían con los ecos del *hosana*.

Otros, que desmayaban al encanto
De la luz del Gran Ser, humildemente
Se escondían en pliegues de su manto,
Heridos del fulgor resplandeciente.

Otros su blanco pecho le ofrecían
Por escabel de rosas y azucenas;
Otros sobre las aguas se tendían,
Y mudaban en oro las arenas;

Ó encogiendo con gracia bellas plumas,
De crisólito puro guarnecidas,
Se vestían de cándidas espumas
Meciéndose en las aguas adormidas.

Y las líquidas gotas que tocaban
El carmín de sus labios celestiales,
Encendido color comunicaban
De púrpura de Tiro á los corales.

Vagaban cariñosos serafines,
Por su fuego de amor así llamados,
A la par de profundos querubines,
Que penetran misterios elevados;

Los tronos, donde Dios asiento toma,
Dominaciones altas en bondades,
Los ángeles y arcángeles de aroma,
Principados, virtudes, potestades.

Su mansión fué el Edén de la alegría,
Fresco verjel, bellissimo resguardo,
Do el Hacedor vagaba al mediodía
Sobre brisa odorífera de nardo.

Lugar de eternas risas y verdores,
De fuentes y de grutas y de arcadas,
De pájaros pintados y de flores,
De torrentes de néctar y cascadas;

Lugar que no dejaran brevemente
Nuestros primeros padres amarridos,
Si allí no se arrastrase la serpiente
Que silbó la mentira en sus oídos.

Después que el fruto hermoso fué gustado,
Vieron su desnudez, trocaron suerte,
Y sintieron el frío del pecado
Debajo de la sombra de la muerte.

Les mostraron los ángeles sentencia
De maldición divina en que incurrieron,
Y al mirarles desnudos de inocencia,
Con sus preciosas alas los cubrieron.

Del pensil de delicias los sacaron,
Y al cerrarles las puertas de diamante,
Los ángeles hermosos suspiraron,
Nublando un dolor triste su semblante.

Viendo en su faz el sentimiento escrito,
Dijo Dios á sus fieles servidores :
« El lodo que formé, lodo maldito,
Comerá negro pan de sus sudores.

« El hombre morirá, porque ha faltado
A mi ley y decretos eternos ;
Vuelve el polvo á la tierra que lo ha dado,
Mas quiero que aliviéis sus duros males. »

Desde entonces endulzan la amargura,
Y calman las terribles aflicciones
Que atristan nuestra vida sin ventura
Gastando los humanos corazones.

Después de aquel diluvio proceloso,
Que tragó toda raza pecadora,
Vuelto el mar iracundo á su reposo,
Y aplacada la diestra vengadora.

Suspendidos en arco de la esfera,
Con las plumas simétricas formaron
El iris de esperanza lisonjera,
Con que al mundo la paz pronosticaron.

Los unos dan el dictamo suave
De la resignación á nuestro pecho,
Adormecen también el dolor grave,
Y embotan los puñales del despecho.

Tranquilizan los párpados que lloran,
Ó mecen de los huérfanos la cuna ;
Nos envían los sueños y los doran,
En despique de agravios de fortuna.

Otros calman las iras y venganzas,
Sirven de estrella y norte al peregrino,
Y hermosean con dulces esperanzas
La polvorosa nube del camino ;

Ó en la cumbre del monte levantado,
Do las aguas derrumban á su asiento,
Con un eco uniforme y prolongado
De más profunda voz que la del viento ;

Detienen cariñosos y propicios
La planta que flaquea vagorosa
Del que pisa en los altos precipicios
Piedra resbaladiza y peligrosa ;

Y no dejan que caiga al hondo seno,
Donde hierven las aguas plañideras,
Que la imaginación contempla lleno
De esfinges y de arpías y quimeras ;

Ó de magos astutos y traidores,
Que de aquel sumidero en las honduras
En salas de cristal gozan favores
De algunas prisioneras hermosuras.

Halagan con recuerdos deleitosos
El desamor de vida solitaria,
Y guardan el placer de los esposos,
Y dan fragante aroma á la plegaria.

Las lágrimas del justo, que da quejas,
Sirven á sus cabellos de ornamento ;
Y, al sacudir las nítidas madejas,
Rocian el celeste pavimento.

Los suspiros de virgen querellosa
Atesoran en urna cristalina,
Para dar las fragancias á la rosa
Y á la primer violeta matutina.

Dan tímido pudor á la inocencia,
Y conducen las almas de los niños
Del Arbitro supremo á la presencia,
Sobre tronos de palmas y de arminos.

Dan una tabla al náufrago que llora
Perdido en la extensión del mar profundo,
Un remedio al enfermo que lo implora
Y un destello de luz al moribundo.

A la vestal coronan de virtudes,
Del claustro en las recónditas mansiones,
Y, pulsando las fibras de laudes,
La recrean con célicas visiones.

Rigen el movimiento á los planetas
En los altos espacios soberanos,
Y dan color de sangre á los cometas,
Que auguran muerte infausta á los tiranos.

¡ Oh ministro de paz y de contento !
¡ Piras de amor, espíritus leales,
Mientras otros, saltando de su asiento,
Bajaron á las llamas infernales !..

Nutrid mi corazón de vuestros dones,
Templad con el frescor de vuestra pluma
El volcánico fuego de pasiones,
Antes que con su lava me consuma.

Preservad de tristezas este pecho,
No lo roan con dientes acerados ;
Alejad los fantasmas de mi lecho,
Y arrancad sus espinas de cuidados.

Y aquel, entre vosotros escogido,
Que de blandas quietudes es el dueño,
Que preside al descanso y al olvido,
Cual ángel amoroso del buen sueño,

Recoja mi oración pura y ferviente,
Y, haciendo un pabellón de ricas galas,
Sellando con un ósculo mi frente,
Me cubra, cuando duerma, con sus alas.

P. JUAN AROLAS.

Oremus

Sabio, en verdad, muy sabio es nuestro siglo :
ni trasgo, ni quimera, ni vestiglo,
ni tartárea visión
ofuscan su serena fantasía,
cuyo fondo penetra clara y fría
la luz de la razón.

Los altos vuelos de la mente humana,
las grandes esperanzas de mañana,
los recuerdos de ayer,
todo concurre á enaltecer su imperio,
y el címbalo y el arpa y el salterio
celebran su poder.

Para la ciencia humana no hay ya enigma :
en todo imprime su profundo estigma
 viril la humanidad,
y en sus manos, que tierra y mar trastornan,
las audaces hipótesis se tornan
 en viva realidad.

Mas ¡ ay ! el hombre, en su constante anhelo,
la mirada jamás dirige al cielo,
 de otra verdad en pos ;
y al mirar esa turba tornadiza
que ni reza ni llora, me horroriza
 la soledad de Dios.

En este campo de tenaz pelea,
ni un incensario para honrarle humea,
 ni un altar queda en pie ;
y á la puerta del cielo, solitaria,
ya no llega el clamor de la plegaria
 ni el clamor de la fe.

Sobre el antiguo templo derruido,
como cárabo vil, teje su nido
 siniestra la impiedad,
y, extinguida la lámpara que clara
brillaba, en torno de la inútil ara
 reina la obscuridad.

« ¿ Hay Dios ? », pregunta el hombre á la alta esfera.
« ¡ Sí ! », contesta la noble fe sincera ;
 la impiedad grita : « ¡ No ! »,
Y la duda, que escarba los escombros,
levantando las cejas y los hombros,
 responde : « ¡ Qué sé yo ! »

Ya ni un hijo de Abel el mundo encierra;
la raza de Caín puebla la tierra
con incesante afán;
cunde y cunde ¡diabólica demencia!
la lucha del que vive en la opulencia
y el que muere sin pan.

El rico sigue su triunfal camino,
sin sondar los arcanos que el destino
cela en lo porvenir;
y mientras dura la presente vida,
fija en ella la mente, sólo cuida
de gozar y reir.

Y el pobre, de ambición y envidia ciego,
en vez de alzar á Dios humilde ruego,
dice en su corazón:
«¿A qué invocar en mi cruel laceria,
á un Ser que ni socorre mi miseria,
ni calma mi aflicción?»

¡Horrenda insensatez! aunque el tesoro
de tu inmensa bondad, en lluvia de oro
quieras mandarnos, dí:
¿A quién, ¡oh Dios clemente y soberano!,
tu limosna darás, si ya no hay mano
que se alargue hacia Ti?

La suya el hombre contra el hombre mueve
con franca saña ó con rencor aleve
que hiere por detrás;
y, si en su empeño insano al cielo apremia,
tal vez se oye en su labio la blasfemia:
la plegaria, jamás.

¿Se oirá por fin? ¡Se oirá! Tarde ó temprano
siempre en la senda del dolor humano
se alza un Getsemaní:
¡Allí, Señor, en llanto el alma inundas,
y, al cabo, las pupilas moribundas
se elevan hacia Ti!

FÉDERICO BALART.

Canto Religioso

I

¡Señor! pasar veo mis días de luto,
Tal como escuadrones de armados guerreros,
Que sueltan las bridas al rápido bruto,
Clavando en mi pecho sus duros aceros.

¡Oh! ¡cuando me llames al lecho de arcilla,
Ó envuelvas mi rostro con frío sudario,
Y en breves minutos derrumbes la silla
Que ocupo en el cieno del mundo nefario;

Será que allí cierre mi párpado seco,
Que vela comido de infausta carcoma,
Cual ave nocturna que gime en el hueco
De torre gastada, pared que desploma.

Ni al viento que silba se escuche mi nombre,
Ni al sol que ilumina mi sombra se vea,
Ni á par de la mía la sombra del hombre
Me hiele las venas, de espanto me sea.

Yo tiemblo á tus iras, cual grímpola leve
Que azotan los vientos en golfo profundo :
Si truenas, me escondo ; mi pie no se mueve,
Cual si desquiciase los ejes del mundo.

Yo al rayo que lanzas distingo tu ceño
Rasgando los lutos que esconden la esfera ;
Que entonces el hombre recuerda del sueño,
Y el bronce del pecho se ablanda cual cera.

Si escucho á los euros rugir tempestades,
Conozco que agitas las orlas del manto,
Y el soplo produces que arranca ciudades
Y allana los montes, ¡ Dios fuerte, Dios santo !

¿ Quién libra estas cañas que suenan vacías
De jugo y de flores, cantando en el suelo,
Si al fuerte castigo, señalas los días,
Cansado de ingratos que escupen al cielo !

Si envías el hambre, los reyes más vanos
Que pisan el oro, llorando sus yerros
Serán como furias que muerdan sus manos,
Y el pan se disputen que comen los perros ;

Y á nobles infantes, que ensalzan su cuna,
Colgados de un seno sin fuentes de vida,
Famélicas madres darán por fortuna
Las últimas gotas de sangre perdida.

Si envías la guerra, la aurora que hiciste
Verá hervir el mundo con bélico alarde ;
Verá ser el mundo sarcófago triste,
La luz amarilla del sol de la tarde.

Y el ancho Danubio, lamiendo las rocas
Con lenjua rojiza que anuncie escarmiento,
Raudales de sangre dará en cinco bocas,
Que corren al fondo del mar turbulento.

Si viertes la copa de airados furores
Do el rey de los astros sus vuelos encumbra,
Será mancha enorme de opacos colores,
Final esqueleto del sol que hoy alumbra.

Sin hombres la tierra, sus ámbitos solos
Verá, si te olvida con ciego idolismo:
Si miras con ceño, vacilan los polos:
Si el brazo levantas, ya todo es abismo.

II

Cargado de penas, pasé mi camino:
Vi al malo en orgías do el júbilo estalla,
La sangre del justo bebiendo por vino,
Cantando unos himnos beodos... ¡*Dios calla!*

Volviendo mis ojos tras breve momento,
Volcadas las mesas, vi al malo que muere
Leproso y exangüe, pasando tormento
De vómitos, llagas y pestes... ¡*Dios hiere!*

Vi al margen de un río ciudad deleitosa,
Ramera gastada, que estupros respira:
Sus hijos desnudos, ceñidos de rosa,
Danzaban con hijas desnudas... ¡*Dios mira!*

Vi sobre sus torres la nube que, ardiente,
Con flancos de llamas, con furia postrema,

Revienta y abrasa las casas y gente,
Cual leves aristas del campo... ¡ *Dios quema!*

Vi en solio sublime purpúreo tirano,
Que vastos dominios y estados anhela,
Uncir á los hombres con yugo villano,
Diciendo: «Sois siervos, sois bestias»... ¡ *Dios vela!*

Vi alzarse los siervos rompiendo sus grillos,
Y, hundiendo aquel solio de púrpura y plata,
Herir al tirano con fuertes cuchillos,
Y el cuerpo ser pasto de buitres... ¡ *Dios mata!*

Nacido en Ajaccio, león sin segundo,
Vi al héroe del siglo correr todo clima;
Que pone á sus plantas los reyes del mundo,
Que llega, ve y vence... ¡ *Dios es quien sublima!*

Vi al héroe que busca por lecho una peña,
Que al mar con sus alas y espumas combate:
Va solo en un barco sin gloria ni enseña,
Corriendo al sepulcro... ¡ *Dios es quien abate!*

III

¡ Señor! si adormeces al ángel de muerte,
Si cortas sus alas, y embotas su espada,
¿Será que, por grande, por santo, por fuerte,
Te rinda sus himnos la tierra cansada?

Da paz á los mares: tu aliento divino
Les rice las ondas con gratas bonanzas;
Da paz á la tierra por donde camino,
Y el bálsamo dulce de tus esperanzas.

Da paz á las penas y afanes del hombre,
Que gime en los valles de tétrica hondura,
Y en siglos eternos bendiga tu nombre,
Volando á las tiendas que están en tu altura.

P. JUAN AROLAS.

Las armonías

Los pinos son las arpas del desierto
Que, entregando á los euros su ramaje,
Dan á la soledad largo concierto
Con un eco monótono y salvaje.

Que allí donde sin flores se ostentaba
Naturaleza triste, inculta, fiera,
De ese arrullo feroz necesitaba
Para que entre peñascos se durmiera.

Y á la voz general de todo el mundo,
Que alaba al Hacedor con sus cantares,
Debía responder eco profundo
De pinos y de abetos seculares.

Del mar, que cruza el hombre en su osadía,
Escuchemos la voz atronadora:
¿Conocéis de las olas la armonía?
¿Ruge el mar ó suspira? ¿canta ó llora?

Esa tremenda voz es la primera
Que dió, cuando el Gran Ser lo refrenara,
Y una valla de arena le pusiera,
Que, sin poder salvarla, la besara.

Suspira, pues, besando las arenas,
Como esclavo infeliz de sangre hirviente,
Que mira con tristura sus cadenas,
Teniendo un corazón libre y valiente.

Y una vez las rompió: fué cuando el hombre
Quiso pasar su vida en una orgía,
Y, olvidando de Dios el santo nombre,
Ídolos de metales se fundía.

Y adoraba becerros y serpientes,
Asquerosas harpías y dragones;
Que esos eran los dioses indecentes
Que alzó en el muladar de sus pasiones.

Y llevó á la mujer á que los viera
Manchada con los besos del delito,
Con el pecho desnudo cual ramera,
Próxima á dar á luz fruto maldito.

Dijo Dios: «Pruebe el mundo mis rigores».
Saltó el mar, y sorbióse los jardines,
Y mujeres desnudas y amadores,
Y las galas de orgías y festines.

Rugió entonces con furia y con encono,
Y acordándose á veces de aquel día,
Se agita en tempestad, y vuelve al tono
Del bramido infernal que despedía.

¡Voz del agua que riega el fértil suelo!
Tú tienes armonías puras, leves,
Cuando cubre el invierno tierra y cielo
Con perezoso manto de sus nieves.

Tú aconsejas quietud tan recogida,
Que, al murmullo que forma sobre el techo,
Del sueño majestuoso de la vida
Goza el mortal en abrigado lecho.

Si llega á despertar, con tu sonido
La halagas otra vez, le das contento,
Sabrosamente encantas el oído,
Y el párpado se cierra soñoliento.

Esa voz funeral de la campana,
Que resuena en el alto monasterio,
Da sinfonía tétrica y lejana
Con los más graves tonos del misterio.

Cantora de sepulcros y desiertos,
Marca el instante mismo de agonía :
Es la plegaria triste de los muertos,
Y el suspiro que el mundo les envía.

Sarcasmo del placer que hemos buscado,
Nos indica del tiempo el raudo vuelo,
Y, hundidos en la sima del pecado,
Nos obliga á mirar el alto cielo.

Sonido de la brisa que traviesa
Va jugando entre lirios y espadaña,
Susurro del insecto que los besa,
Murmullo del arroyo que los baña,

Gorjeo de avecilla que enamora,
Canto del ruiseñor que penas calma,
Vosotros sois la música sonora,
Que extasía el corazón y es dulce al alma.

Mas cuando airado Dios omnipotente
Nubla ese cielo de zafir sereno,
Y le presta la luz del rayo ardiente,
Por el espacio retumbando el trueno ;

Esa voz de terrible fortaleza,
Es un grito de enojo al hombre reo,
Para el justo una muestra de grandeza,
Y una lección de fe para el ateo.

P. JUAN AROLAS.

Flores del alma

Si en la margen de arroyo que camina,
Suspende bello pájaro sus vuelos;
Cuando bebe una gota cristalina,
Levanta el pico de ámbar á los cielos.

Suenan en el festín del potentado
Los brindis á la suerte veleidosa,
Al ciego amor y al rostro delicado
De las bellas que ciñen fresca rosa ;

Y mientras que retumban los salones
Con cánticos de faustos parabienes,
No suben á dorados artesones
Las gracias al dador de tantos bienes.

De injusticia cruel en un tormento,
De súbito peligro en un espanto,
Se marca en nuestro ser un movimiento
Que es levantar la vista al cielo santo.

Si no hubiese metal de acero duro,
Nunca la piedra imán lo buscaría
Para estrechar un lazo tan seguro.
Con la fuerza recóndita que envía:

Si después de la tumba misteriosa,
Entre reinos de luz, gloria y recreo,
No existiese otra vida venturosa,
Nunca la invocaría mi deseo.

Bajo la planta rústica oprimida,
Rinde olor la violeta, y embalsama;
Y es como la virtud, que, perseguida,
Como no tiene hiel, perdona y ama.

Dominarse á sí mismo es noble empeño;
Sufrir la ingratitud es trance amargo;
La vida del placer huye cual sueño;
Pero un día sin pan es el más largo.

En el fuego, se prueba la fragancia
Del incienso de Arabia delicioso;
Y en las tribulaciones, la constancia
Del varón esforzado y animoso.

Más grande que los mares extendidos
Es el alma del hombre en sus arcanos;
Y el polvo de sus restos consumidos
No llenaría el hueco de dos manos.

De los grandes caudillos vi los nombres,
En ciudades y villas y desiertos,
Escritos con la sangre de los hombres;
Que la guerra es la fiesta de los muertos.

Y del cielo en los ámbitos dorados,
Con buril de diamante y rayos vivos,
De los sabios los nombres vi grabados;
Que su vida es la fama de los vivos.

Al impulso del aura procelosa,
Se desprende la nuez del cocotero
De su palma elevada y orgullosa...
Dios le señalará su derrotero.

Cayó en la inmensidad del Oceano,
Y flota en los cristales errabunda;
La sublima y abate el mar insano,
La esconde entre sus senos, y la inunda.

Tras agitadas noches con sus días,
Encalla en arenal, en un paraje
Do no hay vegetación ni sombras frías...
Dios señaló su término al viaje.

El sol la fecundó: ya va naciendo
La palmera feraz; crece y asombra,
Y, sus gigantes ramas extendiendo,
A mil renuevos suyos hace sombra.

El desierto es un carmen aromoso,
Con toldos coronados de rocío,
Y el ave tiene nido delicioso,
Y el hombre tiene sombras en estío.

Así se desarrolla el germen puro
De civilización y de cultura,
Que en el pueblo más bárbaro y más duro
Pone esplendor, riquezas y ventura;

Pues todo lo anivela y lo concilia,
Y arrancando del mundo las murallas,
Hará de todo el mundo una familia,
Sin linderos, ni términos, ni vallas.

La virginal belleza candorosa
Tiene la propiedad de sensitiva,
Que, si un dorado insecto en ella posa,
Lo desdeña, y se cierra fugitiva.

Hay una nación fuerte y aguerrida,
Y un sabio ha escrito en ella, en dos renglones,
Que la pena de muerte irá abolida,
Según el giro actual de las naciones.

P. JUAN AROLAS.

Caridad

No hay dolor, desde la luz
pura, espléndida, divina
que brota de la doctrina
que se levanta en la cruz.

Para el corazón que sabe
lanzarse del mundo al cielo,
no hay lágrimas sin consuelo,
no hay pena que no se acabe.

En otros siglos, ayer,
cuando en altares oscuros
se alzaban cantos impuros
á la guerra ó al poder;

En esas horas sombrías
en que el mundo con fe loca
dedicó al Sol ó á la roca
sus oraciones impías,

El dolor era una herencia
que el hombre dejaba en pos;
era la mano de Dios
agitando la conciencia.

Él, brotando del pecado
lanza al mundo su corriente;
Asia sintió su potente
rumbo audaz y arrebatado.

Siempre indómito y cruel
en la envidia se agiganta;
por él la creación se espanta
con el sepulcro de Abel.

Por él del orgullo al vuelo
los hombres en su locura
alzan la Babel impura
pensando escalar el cielo;

Por él los siervos cansados
viendo sus vidas desiertas,
sacuden sus almas muertas
en sus cuerpos humillados;

Y por él en cuanto alcanza
de la cruz al Paraíso,
se mira un mundo indeciso
sin luz, y sin esperanza.

¡ Dolor !... en aquella edad,
la única verdad del mundo ;
su cauce extenso y profundo
llenaba á la humanidad.

Él, cuando la Grecia ardiente
en pos de tanta victoria
vió cubierto con su gloria
todo el viejo continente,

Rugiendo el clamor triunfal
de tanta pompa mundana,
mató en la mujer pagana
el instinto maternal.

De Roma bajo el poder,
también vibró su inquietud ;
hizo al suicidio, virtud ;
y á la venganza, placer.

Se eternizó en el peñón ;
trocó al bronce en su trofeo ;
fué su estatua, Prometeo ;
fué Bruto su maldición ;

Y cuando Roma moría
sobre su hundido poder,
el dolor, se hizo placer
para morir en la orgía !...

Mas el torrente brutal
detuvo su esfuerzo impuro ;
la cruz fué dique seguro
de su poder colosal ;

Porque Jesús en su amor
mostrándonos el Edén,
al hacer eterno el bien
puso límite al dolor.

Desde entonces, ya no hay duelo
si la fe vive en el alma ;
tras la pena está la calma
como tras la tumba el cielo ;

Y el hombre de su fe en pos,
cuando llora se arrodilla ;
pues sabe que si se humilla,
está más cerca de Dios !..

Hija del amor ; divina
luz del Código cristiano,
tras del amor soberano
otro sol nos ilumina ;

Sol que brilló sin fulgores
en otro mundo sombrío ;
sol. que se eleva bravío
de la cruz á los fulgores ;

Astro que á la humanidad
abrasa en su ardiente llama ;
virtud que la tierra aclama
al nombre de Caridad !..

¡ Caridad !.. sol de alegría ;
del amor plácida esposa ;
virtud cuya forma hermosa
es la forma de María...

¡Deja!.. que tu luz me ayude;
permite á mi culto ardiente,
que te bendiga mi frente,
que mi plectro te salude.

De una edad, hasta otra edad
todo tu poder lo abarca;
te vió el diluvio en el arca
salvando á la humanidad.

Tú eres luz sobre la luz,
y eres nombre entre los nombres:
por tí salvando á los hombres,
murió el Señor en la cruz.

Por tí comprendió el Creador
mundo y cielos al formar,
que era preciso crear
para dilatar su amor;

Tú eres la santa palmera
cuya sombra nó marchita,
eres la estrella bendita
por la humanidad entera;

Eres el ángel que mece
el blando sueño del bueno,
dulce madre en cuyo seno
cabe todo el que padece;

La copa del bien profundo;
el cielo de nuestro encanto;
la mano que guarda el llanto
del que llora por el mundo.

« Venid », murmuras ; « tened,
sedientos, el triste lloro ;
yo soy la copa de oro
que ha de calmar vuestra sed :

Hambrientos, os daré pan ;
desnudos, os daré abrigo ;
para calmar al mendigo
mis plegarias se alzarán ;

Yo soy la rosa que brilla
sobre el sepulcro sin nombre,
soy la lágrima que el hombre
ve rodar por su mejilla,

Ante la triste orfandad
ó ante los grandes placeres ;
porque también hay poderes
dignos de la caridad !..

Soy el ángel que Dios nombra
para que sus pasos ciertos
dirija á los niños yertos
que me llaman en la sombra ;

*La copa del bien profundo ;
el cielo de todo encanto ;
la mano que guarda el llanto
del que llora por el mundo !.. »*

.
Tal es la virtud bendita
que mi pobre genio enciende ;
¡ feliz el que la comprende ;
dichoso quien la ejercita !..

Por ella unidos estamos
mostrando nuestra *nobleza* ;
á la luz de su grandeza,
más grandes nos contemplamos ;

Que cuando el genio va en pos
de ese sol vivo y fecundo,
se eleva tanto del mundo
que casi se acerca á Dios!..

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

Cristo

La voz de la esperanza
canta en el corazón eternamente ;
el alma humana sin cesar la escucha,
el hombre entre sus lágrimas la siente,
Y desde el polvo en que su vida lucha
alza al Cielo la frente
buscando al Dios que en su ideal alcanza :
la voz de la esperanza
canta en el corazón eternamente !

¿ Qué ha sido en el pasado
la palabra sublime
del profeta inspirado ?..

Fué la voz de Dios mismo,
la fe que arrulla su insaciable anhelo,
la fe que le sonríe en el abismo
y levanta su espíritu hasta el cielo !
Era el fulgor de la celeste llama

que guía al hombre á su inmortal destino ;
era la voz que sin cesar le llama
á su origen divino !

Era la fuerza de la ley eterna
que el espíritu absorbe
buscando la verdad en su embeleso :
era el fatal principio que gobierna
la armonía del Orbe :
era la ley divina del Progreso !

Y aquella voz clamaba
cuando el mundo pagano
bajo la infame esclavitud gemía
y cuando el alma del linaje humano
al César en los templos adoraba
y en la insolente crápula rodaba
al último estertor de la agonía !..

En el dolor profundo,
en la más negra noche de su suerte,
sin Dios, sin fe, sin esperanza el mundo
caminaba á la muerte !

Entonces sobre el duelo
de aquel pasado que la historia aterra,
rasgó el Señor la bóveda del cielo
y alzó el Cristo en la tierra !..

.....
Su palabra divina
reveló al Dios que la razón no alcanza,
estremeciendo el mundo de esperanza
con la eterna moral de su doctrina.
Las sombras á su luz se anonadaron,
los pueblos á su voz se conmovieron ;

los Césares temblaron ;
los dioses del Olimpo vacilaron
y de su roto pedestal cayeron !
Entonces desde el fondo del abismo
donde la antigua sociedad lloraba
hundida en el espanto,
bajo el pie del sangriento paganismo
que al hombre con la fiera nivelaba,
alzó la libertad su primer canto !

Y el corazón humano
templado al tono del amor profundo
que por la ajena desventura gime,
gritó : ¡ el hombre es mi hermano !
y de este grito de pasión sublime
surgió por fin la redención del mundo !

¿ Qué importa el eslabón de la cadena
cuando en el alma la esperanza canta ?
¿ Qué le importa á la carne su gangrena
cuando hasta Dios la mente se levanta ?
¿ Qué importan ya las lágrimas del suelo
si en la inmortalidad la fe se encierra ?..
Lo que le importa al esplendor del cielo
la pasajera noche de la tierra !

Así á la luz de la verdad cristiana
fué á hundirse en el abismo
la abyección del sangriento paganismo
que degradaba la conciencia humana !

Así rodó á la muerte
la esclavitud del hombre :
así el amor fecundo
bálsamo de la pena y la desgracia,
del alma humana niveló la suerte :

así el primer abrazo sobre el mundo
fué la ley de la eterna democracia!

Así la humanidad fué redimida
al descorrer el velo
de la verdad donde el Creador se encierra,
así al surgir el Cristo de la tierra,
en la fuente del cielo
inundó la esperanza de la vida!

Así ya para siempre en el camino
de la humana existencia
la voz de la conciencia
fué el propio juez de su inmortal destino!
Así surgió de la verdad divina
la religión eterna
que la ley de los átomos gobierna
y el alma de los hombres ilumina!
La religión eterna que domina
la creación soberana
en todo astro del cielo, en toda estrella
donde estampe su huella
la criatura humana!

Así del Cristo el último lamento
que llevó á Dios la redención del hombre
desde la infame Cruz de su tormento,
selló la abnegación de su doctrina;
y así al amparo de su Cruz sagrada
la humanidad salvada
al resplandor de la verdad camina!..
Al resplandor del corazón cristiano
que al calor de su luz alzó el portento

del pueblo americano,
con la eterna igualdad por fundamento
y la Biblia en la mano !

.
Sube á la cruz del Salvador del mundo
miserable gusano de la tierra
que en tu orgullo profundo
la estirpe buscas que su sangre encierra !
Sube á la cruz que el Gólgota domina,
redime al hombre con la fe cristiana,
y allí sabrás si su alma era divina
entre los hijos de la raza humana !

Allá cuelga en su cruz y abre los brazos
á la salvaje ingratitud del hombre
que repartió su túnica en pedazos
empapada en la sangre de su herida :
del hombre mismo á cuya triste suerte,
al recibir la muerte
abrió las puertas de la eterna vida !

.
Cuando el alma inspirada
se hunde en la nebulosa de la historia
y asiste al nacimiento de su gloria
de entre la humanidad despedazada ;
cuando la mente que la ciencia absorbe
recorriendo los ámbitos del Orbe,
sólo halla eterno del Creador el rastro
y eterna la verdad de su doctrina,
siente, Jesús, que tu alma como un astro
era un alma divina !

El labio que te niega
no templará su sed en la esperanza,
porque ella sola llega
donde la luz de la razón no alcanza!

RICARDO GUTIÉRREZ.

Sarandi

12 DE OCTUBRE DE 1825

¡ Campos de Sarandí! Por patria ofrenda
Llevaréis hasta el siglo más lejano,
El honor de la homérica leyenda
Que arrastró á un pueblo á sin igual contienda
«Carabina á la espalda y sable en mano».

El aura tibia que el follaje mece,
Quietud suspira en el verdoso llano;
¡ Mas de pronto la tierra se estremece!..
Es que el caudillo indómito aparece
«Carabina á la espalda y sable en mano...»

¡ Si está escrito, — se dice, — venceremos!
En prez del pabellón republicano.
Si nos toca morir... ¡ bien! moriremos...
Pero jamás con mengua; como buenos;
«Carabina á la espalda y sable en mano».

¿ Y quién es él... que su falange aclama
Cuando á ella nunca se dirige en vano?
¡ Es Lavalleja!.. Sed de gloria inflama
Su pecho, y lanza esta inmortal proclama:
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Jinetes en sus potros furibundos,
Y atentos á su altivo ceño ufano,
Para dar muerte en noble lid fecundos,
Lo siguen sus soldados tremebundos,
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Sangriento fué y terrible el entrevero,
Y un breve instante el triunfo oscuro arcano !..
Muy breve sí !.. No hubo escuadrón guerrero
Que resistiese aquel ataque fiero
«Carabina á la espalda y sable en mano».

En el fragor del épico combate,
Al choque del acero toledano,
No hay pólvora que el triunfo allí dilate,
Que más presto el obstáculo se abate
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Una descarga unísona y nutrida,
Ensayá con esfuerzo sobrehumano
El soldado imperial, que ve perdida
Su esperanza, en la atroz arremetida
«Carabina á la espalda y sable en mano».

La enemiga legión, antes serena,
Cede el campo al empuje soberano
Que sobre ella su furia desenfrena
Y filas acuchilla y desordena
«Carabina á la espalda y sable en mano».

No se contiene, no, raudó torrente,
Ni al rayo destructor, ni al Oceano,
Ni ese coraje de civismo ardiente
Del uruguayo que atacó de frente
«Carabina á la espalda y sable en mano».

Fué así menguada la ilusión fallida
De romper aquel ímpetu espartano,
Aquel desprecio de la propia vida,
Con la bala de plomo recibida
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

El casco del corcel que en su carrera
Hollaba el libre suelo americano,
Envolvió en polvo la imperial bandera
Plegada ante la carga postrimera
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

¡ Oh ! Sarandí !.. ¡ Oh ! inmarcesible fruto
De excelsa gloria en su laurel lozano !
Para mi patria es el mayor tributo,
Tu prodigioso triunfo de un minuto
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

LUIS MELIÁN LAFINUR.

Sol de media noche

En la región polar que se levanta
En los remates del confín de América,
Do el congelado mar inclina torvo
Bajo un yugo de nieve su melena :

Triste y confusa y pavorosa tiende
La luz crepuscular su sombra incierta,
Y aterida frialdad, silencio horrible,
Hacen que el hombre ni á gemir se atreva !

Rebelado cautivo, contemplando
Su nave entre los hielos prisionera,
Sediento de peligros y de gloria,
Corre en demanda de la ignota senda.

Y arrastrado por súbita avalancha
En el glacial desierto audaz penetra,
Y ante el sublime horror que le domina,
Siente del Infinito la presencia.

Tal vez su pie vacila, tal vez duda...
Tal vez si no el valor, fáltnle fuerzas...
Mas cobra aliento y sin volver la vista,
Va siguiendo su marcha en las tinieblas.

Entre abismos, escarcha, frío, viento,
Camina sin saber lo que le espera;
Que hasta el rumbo ha perdido y ya no sabe
Dónde su nave y sus amigos quedan !

De repente colórase el espacio
Y en ráfagas de luz el cielo hierve,
Y entre el opaco azul, á media noche,
Su disco muestra el Sol resplandeciente.

Misterioso fanal que amenazante
Su rojizo esplendor en torno vierte,
Y la nevada sien de las montañas,
Y del helado mar el seno hiere.

A su rayo magnético, fecunda,
Vital emanación el aire enciende,
Y el dormido poder de la natura
Cual despierto león salta imponente.

Y al bramar de los sueltos huracanes,
De las crestas el lurge se desprende,
Frenético arrollando irresistible
Cuanto á su paso detenerlo quiere.

Y la bruñida faz del Oceano
Eléctrica centella cruza ardiente,
Y con fragor inmenso hecha pedazos
Su gigantesca lápida se hiende.

Y colosales témpanos de hielo
De su flotante mole se desprenden,
Ruedan, se chocan, saltan y revientan
Los grillos que al bajel ciñen alevés !

*
* * *

Así á mi patria esclavizada un día
TREINTA Y TRES orientales redimieron :
Así ganaron la inmortal corona
Lavalleja y sus dignos compañeros !

Negra noche de infame servidumbre
Fatídica entoldaba el patrio cielo,
Y bajo el peso del extraño yugo
Helados parecían nuestros pechos.

Bastónos un puñado de valientes,
Una chispa bastó para el incendio,
Que al dilatarse convertir debía
En cenizas el trono brasileiro !

Al sacrosanto grito que esforzados
Con heroico valor lanzaron ellos,
En pie, sublime, como un hombre solo,
Vieron alzarse el Uruguayo Pueblo !

Y como la explosión que vaticina
El sol de media noche entre los hielos,
La bandera que altivos tremolaron
Las almas todas abrasó en su fuego.

Doblemos la rodilla ante ese átomo
De aquel glorioso luminar excelso,
Que apagó en *Sarandí* con sus fulgores
Las soberbias estrellas del Imperio!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

Los Treinta y Tres

I

Noche de oscuras nieblas,
Noche de horror en la uruguaya historia,
Ven, ceñida con manto de tinieblas,
Y que tu faz mortuoria
Con su aliento embriague mi memoria.

.
¡ Cual brama el Uruguay! En sus riberas
Ya no escucha los cantos de victoria,
Ni fulguran sangrientas las espadas,
Ni sacude el Pampero las banderas,
Las banderas de Artigas,
En cuyos pliegues reposó la gloria.
El río patrio en su feroz despecho
Alza su regia frente
Coronada de horrendas tempestades:

¡En vano ! ¡Ay Dios ! en su arenoso lecho
Vuelve á hundirse impotente ;
Sólo escucha en las vastas soledades
Gritos de muerte, esclavitud y penas
Y crujido nefando de cadenas.
¿Y será siempre así ? Hado sombrío
Que manchaste la frente de los bravos
Con el estigma impío
Que ostentan en su sien pueblos esclavos ;
Soplo de muerte asolador que arruinas
La vida y el vigor de las naciones
Cuando tu sable destructor fulminas,
Huye del Uruguay ; sus pabellones
El genio de los libres ya despliega,
Un grupo de leones
Cantos de redención bramando llega,
Gritos de libertad nos arrullaron...
Crimen, furia, opresión se derrumbaron !

II

Miradlos ¡ ellos son ; Angel guerrero
Que los honores de la patria celas,
Genio batallador que sobre el fuero
De la cuna de Artigas siempre velas,
Bardo de los combates
Que entonabas un cántico sombrío
Hasta ver los fulgores de la gloria
En las corrientes del paterno río,
Cuéntame cómo fué, pues tú lo viste ;
Tú viste al Uruguay alzar la frente
Y encrespar rebramando su melena
Al nuevo son de libertad que siente,

Y á pesar del pampero que le azota
Inclinarse obediente.

Bardo guerrero ante el bajel patriota,
Tú engarzaste en las plumas de los vientos
Anatemas de sangre y juramentos,
Y á tus ojos vertió sus luminares
Iris de luz que en las alturas brilla
Y tú guardas los hórridos cantares
Que entonaron los héroes en la orilla.
Repite su canción, bardo guerrero,
Que en tu sublime horror henchirme quiero.

III

El héroe así cantó: — ¡Patria, despierta!
Sacude con vigor tus fuertes brazos
Y ante la faz del Orbe
Tu coyunda fatal salte en pedazos.
¡Soldados, á la lid! Ella nos llama,
La patria de los libres
A los vientos entrega su oriflama,
Y si en la horrenda liza
Nuestro estandarte vencedor no airea,
No preguntéis, soldados, por mi suerte,
Que busco en la pelea
Tumba ó victoria, libertad ó muerte!
¡Sois pocos?... A morir centellas de ira;
Y al sucumbir lidiando en la batalla
Diréis al Orbe que asombrado os mira:
—Entre el polvo y el humo y la metralla
Cuando la patria quiere,
Un guerrero de honor ó triunfa ó muere.
¿Juráis por vuestra espada, denodados,

Buscar la libertad tras de mí huella ?
¡ Juráis ante la patria prosternados
A su antiguo esplendor volver su estrella
O encontrar una tumba de soldados
Para caer, mas con honor en ella ?
— Juramos, sí: y si fortuna fiera
Desvanece en la lid nuestro derecho,
Caeremos al pie de tu bandera
Alta la frente y destrozado el pecho.

Así entonaron su canción guerrera
Y volaron soñando en la victoria
De libertad al sacrosanto grito,
A clavar los pendones de la gloria
En las fecundas lomas del Cerrito.
Y la patria se alzó ! fiera leona
Con bramidos profundos
Acibaró las horas del tirano,
Chispeando en sus ojos furibundos
Relámpagos de rabia, y en su mano
Centelleó su acero sanguinoso
Cual súbito cometa tempestuoso ;
Y al son de su victoria
Bajaron ya para adornar su frente
Dos ángeles de gloria.

IV

¡ Sarandí ! ¡ Ituzaingó ! ¡ Dadme laureles
Para ceñir la frente de los bravos !
Allí triunfaron, Uruguay, tus fieles
Quebrantando el dogal de los esclavos !
Aún escucho el bramido de corceles
Y toques de cornetas

Y el fiero retumbar de los cañones
Y veo relucir las bayonetas
Y agitarse entre el humo los pendones.
¡Ituzaingó! ¡Oh Patria, de tus glorias
Espléndido zahumerio,
Do cayeron al pie de tus legiones
Las águilas guerreras del Imperio.
Allí fueron los dos; como dos trombas
Que á la lucha feroz se precipitan,
Y al rodar en inmensos remolinos
Sobre sus ejes sin cesar gravitan
Y levantan enhiestas
Y orladas de relámpagos agitan
Las fulgurantes crestas.
¡Qué choque horrendo aquel! Vi tus pendones
Agitarse, Uruguay, en la pèlea
Al son marcial de tu clarín sonoro
Y flotar entre espesos batallones
Como una tempestad que al aire ondea,
El pendón invasor de verde y oro.
Y volaron tus hijos al combate
Al galope veloz de sus corceles,
Y pusieron después bajo tus plantas
Alfombra militar con sus laureles.
Y cayeron también: muchos cayeron
En la tremenda liza,
Con sangre de tus hijos se tiñeron
Las flores con que el prado se matiza.
Cayeron con honor en tus praderas
Indómitos y fieros
Ó envueltos en girones de banderas,
Ó besando la cruz de sus aceros.
Y en el combate rudo

Juraron ya tus ínclitos guerreros,
Que no han de ver un déspota sañudo
Sobre el sol fulgurante de tu escudo.

GERMÁN VIDAL.

La Patria

Oh! el más profundo amor de mis amores,
Oh! musa de mis cantos, abandona
La fragante diadema de tus flores
Y tus cabellos con laurel corona!

Cantemos á la madre bendecida;
A la tierra feraz en cuyo seno
El germen late con hervor de vida,
Explota el grano de potencia lleno!

Cantemos á la madre denodada
Que adornó con un sol nuestra bandera,
Por los vientos pampeanos desplegada
Sobre el jardín de la oriental ribera!

Cantemos á la patria que valiente,
Alzando heroica las robustas manos,
Rompió el haz de sus grillos en la frente
De los bélicos leones castellanos!

¡ Cantemos á la patria, cuya historia
Es un sonoro estrépito de guerra,
Y que ungió con las sales de la gloria
Hasta el último palmo de su tierra!

Es la hora sepulcral de los conjuros,
La hora de las tinieblas y el misterio :
Corren las luces fatuas por los muros
Agrietados del viejo cementerio.

Los ángeles, en torno de la cuna,
La canción de los sueños cuchichean,
Y á los plateados rayos de la Luna
Sus seráficas rémiges blanquean.

En la reja, poblada de suspiros,
Es rosario de besos la palabra,
Y cruzan por el aire los vampiros
De alas enormes y de pies de cabra.

Llega hasta el lecho de la viuda esposa
El fantasma doliente del amado,
Reclinando en la almohada tenebrosa
El lívido semblante descarnado.

Aúlla el mastín; los vientos nocturnales,
Que en las esquinas de la torre braman,
Al rozar con su soplo los cristales,
Son voces que se quejan y nos llaman !

Es la hora en que desfilan silenciosos
Los grupos de las pálidas estrellas,
Y en que rondan los silfos voluptuosos
El lecho de las púdicas doncellas.

Es la hora de las fúnebres visiones ;
La del negro aquelarre en la montaña ;
La que mira cruzar los escuadrones
Del ciempiés, el murciélago y la araña.

Es la hora en que deforme y agrandado
Se cierne el lechuzón sobre la ruina,
Y el lienzo tenebroso del pasado
La luz de los recuerdos ilumina.

¡Oh! blanca musa de los cantos míos,
La de los versos que mi afán sosiegan,
La nacida entre el coro de los ríos
Que las llanuras de mi patria riegan.

Es la hora en que tus alas de colores
Del Uruguay remontan las orillas,
Columpian los capullos de sus flores
Y suben al crestón de sus cuchillas!

Emprendamos, ¡oh musa!, la jornada,
Que ya la noche sepulcral promedia,
Y en la lira, de espectros circundada,
Sollozan la elegía y la tragedia.

Evoquemos las glorias del pasado,
Bajo los verdes toldos de palmares;
Allí donde se eleva inmaculado
El rudo altar de nuestros dioses lares.

Resucitemos la piragua estrecha,
El aduar vagabundo en la llanura,
La piel de tigre, la punzante flecha,
La clava informe como el mármol dura.

Hagamos revivir el rojo acero
Enastado en la lanza matadora,
El grito del valiente montonero
Y el pendón de la grey libertadora.

¡ Que en alas de tu amor, ¡ oh patria mía !,
El numen de mis trovas se levante,
Y en la nocturna soledad bravía,
Como el boyero de tus montes, cante !

Tú eres, madre, la flor de los alcores,
El cespó sauce de la undosa ría,
Y el nido, con sus cánticos de amores,
Puesto en los ramos de la ceiba umbría.

Tú eres el grito del corcel salvaje,
De la vendimia la fecunda brega,
El camoatí pendiente del ramaje
Y los alegrés himnos de la siega.

Tú eres el fleco de la rubia aurora
Azulando el ombú de la cuchilla,
Y el amor, bajo el toldo de totora
Donde la lumbre del boyero brilla.

Tú eres el oro del ardiente grano
Que en las panojas del maizal se encierra;
El trébol, hecho flor, que cubre el llano
Y el clavel de los aires de la sierra.

Y eres la sangre que la arteria azula,
Si el extranjero nuestros timbres loa,
Mientras la banda militar modula
El himno varonil de Figueroa !

Cuanto en tu suelo á contemplar se alcanza,
Desborda en savia con hirviente brío,
Brilla con el color de la esperanza
Y sueña con los céfiros de estío.

En ti, por la guitarra vibradora,
Se alza del eco la cadencia herida;
Y de tus mieses el columpio llora
Miel de la abeja en el juncal dormida.

El picaflor, cruzando tus plantíos,
Cuentos de hadas refiere á la espesura;
Y la argentina estrella de tus ríos,
La estrofa de sus cánticos murmura.

Tu savia del saúzal hierve en el brote,
Y cortando tus líquidos cristales,
El ramillete azul del camalote
Evapora su incienso en espirales.

Apoyado en la virgen pasionaria,
Duerme tu ombú sobre la curva loma;
Y en la cripta del bosque solitaria,
Tu manzanilla en flor vierte su aroma!

Flotando entre las cintas del ramaje,
Bajo un verdor de lujurioso brío,
Tejen las hebras de su extraño encaje
Los claveles del aire de tu estío!

Brilla tu parva al Sol que la madura,
Canta el zorzal sobre tu ardiente rama,
Y hasta el casco del potro en la llanura
Con jugos de su trébol se embalsama.

¡ Oh! ¡ edénico jardín! ¡ gozo del cielo!
¡ Lujo y gala del sur! ¡ puerta del día
Donde se mueve de la aurora el velo!
¡ Iris, calor, incienso y armonía!

Todo tu ser, con íntimas congojas,
Esparce en besos su vital tesoro:
¡ Las verdes lianas y las flores rojas !
¡ La espiga llena y el naranjo de oro !

Tierra de promisión, ¡ ojalá el cielo
Cuando desligue mis carnales lazos,
Cierre mis ojos bajo tu amplio velo
Donde la cruz del sur abre sus brazos !

¡ Oh ! querida del Sol, en donde canta
Nuestro Uruguay sus dulces barcarolas,
Puliendo los guijarros de tu planta
Con el vaivén continuo de sus olas !

¡ Oh ! mi patria gentil ! ¡ oh madre mía,
La de la parla sonora y bella !
¡ Telar en donde teje el Sol del día
La luz que el arco del cenit destella !

¡ Santa nodriza en cuyo limpio seno,
Cuanto hay de noble en mí, libé á raudales !
¡ Panal de mieles exquisitas lleno !
¡ Rosario azul de auroras orientales !

¡ Nube de esencia penetrante y viva,
Nido de amor de urdimbre delicada,
Mi ondulado país, costa nativa,
No te borres jamás de mi mirada !

¡ De tu imagen la espléndida hermosura
Me siga por doquier, mi sombra sea ;
Me conforte en los días de amargura ;
Lata en mi corazón, vibre en mi idea ;
Y pueble con su luz mi sepultura !

CARLOS ROXLO.

A la bandera de los Treinta y Tres

De libertad naciente la tricolor bandera
El símbolo sagrado de nuestras glorias es!
Para ostentarse ufana, con arrogancia fiera,
Necesitó esa enseña los héroes TREINTA Y TRES!

Cual lábaro bendito flameaba en el combate
Por ellos conducida, con santa abnegación,
En esa lucha heroica á cuyo rudo embate
Surgió para la Patria la ansiada redención!

Patriotas denodados, de brío heroico y fuerte,
La enseña tremolaron venciendo al opresor;
Que en ella escrito habían—« Ó libertad ó muerte »,
¡ Y es ley que un pueblo libre no tenga amo y señor!

¡ Salud á esos girones de la inmortal bandera!
Que en su cruzada alzaron los héroes Treinta y Tres,
Salud á esos girones — herencia de una Era
Que el símbolo más alto de nuestras glorias es!

El labio del patriota, entusiasmado, ardiente,
Besar debe esa enseña con gran veneración,
Como reliquia hermosa de libertad naciente,
Cual lábaro bendito de santa redención.

¡ Salud á los girones de la primer bandera,
Sin manchas que la empañen, con gloria sin igual!
Y lauros en la tumba á la constancia fiera
De los que libertaron el gran Pueblo Oriental!

FRANCISCO X. DE ACHA.

Mi mejor visión

Largo traje talar ; — en la cabeza
Una corona de laurel ; — gallarda ; —
El busto lleno ; — dulces las pupilas ; —
El labio como flor de pasionaria ; —
Sobre sus hombros de matiz cobrizo,
Sobre la rosa-te de sus espaldas,
Una bandera convertida en manto,
¡ La bandera inmortal de nueve franjas !

Sentándose en el borde de mi cuna
Me miró la visión ; dijo en voz baja
Yo no sé qué siniestras profecías,
Y yo no sé qué cantos de esperanza ;
Hendió el ambiente olor á cinamomo ;
Sobre mi corazón su mano blanca
Lo mismo que una hostia, largo tiempo
Mantuvo puesta la visión gallarda,
Y cuando al corazón volvió los ojos
El niño, halló en sus carnes dibujadas
Cuatro figuras-símbolos : la torre,
El caballo, la res y la balanza !

Desde entonces, si el viento de la tarde,
El que en las cumbres refrescó sus alas,
El que huele á perfumes de cuchilla,
Logra encontrar abiertas mis ventanas,
Desgarrando los tules del crepúsculo
Vuelve á mí la visión, y me acompaña
Hasta que nieva el disco de la Luna
La nieve de su luz sobre mi estancia.

¡ Cuántas cosas entonces no se dicen
El pobre bardo y la visión fantástica,
Mientras van apagando sus colores
Del Sol poniente las carmíneas rayas !
La voz de la visión es como un himno :
Vibran en ella acordes de guitarra :
En ella hay aceros que se chocan :
En ella todos nuestros ríos cantan
La canción que al rodar por los barrancos
Murmuran los salterios de las aguas.

Hay en ella laureles que se cimbran
Mecidos del pampero por las ráfagas ;
En ella se oye del corcel salvaje
El relincho triunfal ; por ella pasan
Como blandos revuelos que simulan
Bodas de amor en nidos de calandria ;
Y hay en ella tribunos que apostrofan,
Sacerdotes que ofician en las aras
Del porvenir, y niños que en sus manos
El alfabeto con unción levantan, —
Mientras zumba la abeja en los claveles,
El grano de la mies la hormiga arrastra,
Y el boyero construye su vivienda,
Músico y payador, sobre los talas !

Susurros de la verde enredadera
Al rancho de las lomas abrazada
Para cubrir lo negro de sus muros
Con una red de flores violaceas ;
Cimbros del guaviyú, que en lo más alto
De vuestra corta, pero fuerte talla,
Ocultáis una fruta cuyo zumo

Al azúcar mejor envidia causa ;
Zorzal de nuestros montes, que á la Luna
Diriges tus amantes serenatas,
Posado sobre el junco que se mira
De algún bañado en las serenas aguas ;
Crescendos de vihuela, en que se dicen
Del domador hercúleo las hazañas,
Mientras doran las luces de la noche
El bronceado dorso de las parvas ;
Añoso ombú de flores amarillas,
Que en tu memoria los recuerdos guardan
De los centauros de las viejas horas
Por la pasión del pago iluminadas ;
Murmullos desprendidos de mi tierra ;
Murmullos que vagáis por las comarcas
Del ñandú y del chajá ; sordos murmullos
Que conmovéis el éter de la patria ;
Cuando se oculta el Sol tras las cuchillas
Con trébol oloroso tapizadas,
¡ Cómo os fundís vibrantes en el himno
Con que me mece la visión fantástica !

¡ Alma de mi país, la que te cubres
Con la bandera de las nueve franjas !
Alma de mi país, la que te meces
En el sauce llorón de las barrancas
En que al carpincho pescador esconde
El sarandí batido por las aguas !
Alma de mi país, que en los aromos
Te saturas de indígenas fragancias,
Y que el clavel del aire de las sierras
Con lo incoloro de la sombra labras !
¡ Alma de mi país, eternamente

Pon acordes de tu himno en mi garganta,
Destellos de tu sol en mis pupilas
Y el amor de tu bien en mis entrañas, —
Para que el día en que la sombra llegue
Y entre los brazos de la muerte caiga,
Pueda envolverse el cuerpo de tu bardo
Con la bandera de las nueve franjas !

CARLOS ROXLO.

¡ Patria mía !

FRAGMENTOS

¿ De dónde vienes, pabellón sagrado,
Bicolor de mi patria?
¿ A dónde vas ? ¿ Qué buscas ? ¿ Quién te envía ?
¿ Acaso el alma de la patria mía
En tus pliegues radiantes escondida
Viene á templar mi pecho acongojado,
Viene á inflamar mi inspiración dormida?
¿ No peleabas ayer ? ¿ Hoy no peleas ?
¿ No acabo de escuchar el vocerío,
El fatal alboroto
Que entre el polvo y el humo se levanta,
Do tu girón flotaba
Ensangrentado, desteñido y roto ?
Genio inmortal que riges las batallas :
¡ Tú también como bueno,
Tú radiante de paz, puro y sereno
Al fin luchando para el bien te hallas !
¡ Gran Dios cuánta alegría !

Casi no te conozco, patria mía.
 Ese blanco y azul de la bandera
 Que se ostenta del bien en el torneo,

 Mi corazón ensancha;

Hoy en la fe del patriotismo creo;
 Yo cantaré la aurora en que te veo,
 Yo lloraré la sangre que te mancha.

 Patria, feliz me siento;

Tu nombre en mi alma es abrasado rayo
 Que funde un corazón, forjando un mundo
 De entusiasmo, de fuego y de cariño:
 Para cantarte á ti... soy uruguayo,
 Para llorar por ti... me siento niño

.

II

Sonó la redención de un continente:

Un rumor de cadenas que se roen

 Se oyó confusamente,

 Cual germen de tormenta

Que nace, crece y que fatal revienta.

 El siniestro presagio

Fermentó, reventó, tembló la esfera,

Al ver que aquel volcán hecho pedazos,

Mostró en su cráter y en su lava hirviente

Que alentaba en su seno, en vez de esclavos,

Cada pedazo una nación de bravos;

Y de aquella voráGINE potente

Ser colosal que concibió un delirio,

Fundida en los crisoles del martirio,

De América surgió la libre frente.

 Mi patria allí nació:

.

Pabellón bicolor, habla á la patria ;
Haz que cesen los odios que la oprimen ;
Has visto libertad, viste su fruto ;
¡ Ah ! no es valor el que alimenta el crimen !
La paz le exige su filial tributo.

Dile que al fin comprenda
Que hay un pueblo viril sin sangre y luto.
Comprenderlo sabrá la patria mía
¿ Que en su frente no arde
Una chispa de fe ? Quien no la alienta
Es un pueblo cegado, es un cobarde.
Y cobarde... ¡ jamás ! Guarde el olvido
Un pasado que fué, y en él se pierde ;
Pasado criminal que infama y mancha
Al rencor que cegado le recuerde.
Los culpados ¿ do están ? Ya no nos toca
A nosotros hablar ; ¡ miente el que falle !
Un crimen á otro crimen amontona :

La patria los perdona.
Olvide el corazón, el labio calle ;
Y un pasado de sangre vergonzoso,
Que cruzó envenenando nuestro suelo,
No empañe un porvenir que luce hermoso !
Y si hubo criminales... ¡ juzgue el cielo !
Y si un pueblo de glorias se alimenta,
Conquiste gloria, no rencor y muerte :

Los triunfos y victorias
Que de época infeliz la patria cuenta,
Fueron glorias de horror... no fueron glorias !
¿ Qué buscas descompuesta y jadeante
En ese campo de funesta lucha ?
Mira que asecha tu desgracia el crimen,
Tente un momento... la ambición te escucha !

.

¡ Esclavitud !... delira quien te nombra,
¡ Cuán dulces ante ti son guerra y muerte !
Ante ti se levanta en tropa inerte
De nuestros padres la tremenda sombra.
¡ Ah, nuestros padres ! Al legarnos patria,
Nos legaron su indómita altiveza,

Y un lecho de laureles
Donde en sueño de paz y noble orgullo,
Reclinemos radiantes la cabeza.

¡ Durmamos ese sueño de los pueblos,
Para soñar de Dios y del trabajo

En las santas victorias !

Duerman en nuestros pechos los recuerdos
De las sangrientas glorias,
Como duermen los rayos en las nubes,
Cuando flotan serenas,

Cual duerme la tormenta entre las ondas,
Cuando murmuran palpitando apenas ;

Como duerme en la vida

El germen de la muerte.

¡ Ay del que turbe el sueño de los pueblos
Y esos recuerdos de valor despierte !

El salmo legendario de la gloria

Nuestra cuna arrulló con rudas notas,

Y con cadenas rotas,

Trazó la libertad sobre los campos

La heroica introducción de nuestra historia.

El mundo, patria mía,

Ese sello imborrable ve en tu frente.

Puedes dormir el sueño de los pueblos...

Puedes soñar un porvenir radiante,

Que el bautismo de sangre de la gloria

Te lo dieron tus padres, y es bastante.

Si arranqué de mi lira tu desgracia,
El mundo comprendió que tu cabeza
 Se inclinó ensangrentada
Bajo tu misma varonil audacia,
Bajo el peso fatal de tu grandeza.

¡ Libre te ostento ante la faz del mundo !
 Tu nombre con orgullo,
Hago que grande entre mis labios vibre ;
¡ Lloré las faltas de una patria joven !
¡ Canté las glorias de una patria libre !

J. ZORRILLA DE SAN MARTÍN.

1875.

25 de Agosto

ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA
ORIENTAL DEL URUGUAY EN 1825

Los ayes de la patria, que cautiva
Arrastraba los férreos eslabones
Que le puso á su pie la monarquía,
 Despertaron un día
De su letargo á treinta y tres leones,
Que fieros, sacudiendo sus melenas,
Juraron todos, al alzar sus frentes,
Ó morir como mueren los valientes,
Ó trozar en pedazos sus cadenas.

Al grito aquel—¡ rugido tempestuoso
 Que llevaron los bronces

De la hueste uruguaya á las montañas !
Los hijos de la patria presurosos
 Dejaron sus cabañas,
Sus hijos, sus esposas, sus verjeles,
Y el caudillo oriental pudo de entonces
Recoger de sus triunfos los laureles,
Y mirar al coloso de hito en hito,
Levantando orgulloso la visera,
Al tremolar la tricolor bandera
Que llevó hasta la cumbre del Cerrito.

Y el Sol que al héroe le alumbró la frente
Al pisar con su tropa la Agraduada,
Más puro y más fulgente
Pudo aún brillar en la celeste esfera
 Cuando el bravo Rivera
Unió á la suya su cortante espada.

Al golpe de sus filos
Templados con el fuego del denuedo,
De las puertas cerradas de la patria,
Rechinaron los goznes carcomidos ;
Ya nadie tuvo del fantasma miedo ;
Se alzaron vencedores los vencidos ;
 El yugo sacudieron
Que á su cerviz impuso la violencia,
Y sin otro baluarte que su pecho,
 En nombre del derecho
Gritaron : ¡ libertad é independencia !

II

Rotos ya los primeros eslabones
De la férrea cadena

Que á la patria uruguaya subyugaba,
Los ínclitos campeones
Unieron al laurel de la victoria
Nueva aureola de gloria
Para la frente de la madre esclava.

El caudillo aguerrido.
Que su bandera tremolara ufano,
Dejó un instante su actitud guerrera,
Y, soldado á la par que ciudadano,
A la sombra reunió de su bandera
Los leales de los grandes sacrificios,
El pueblo soberano,
Para elegir en públicos comicios
Aún entre el humo de la cruda guerra,
Los próceres ilustres de la tierra
Que su esfuerzo gigante redimiera.

Esos próceres, dignos descendientes
De razas indomables
En cuyos pechos el valor se anida,
Cumplieron su misión; y en la Florida,
Sobre una piedra que su huella marca,
Al enseñar el blanco pergamino
Donde el nuevo destino
De la tierra oriental estaba escrito,
Con un gozo infinito
¡Pueblo!, dijeron, levantad la frente:
De hoy más es libre ¡libre, independiente,
Cuanto la patria en su extensión abarca!

III

Al grito de alegría
Que lanza el ciudadano y el soldado,
Zapicán en la tumba se estremece;
Y el invasor osado
Nuevos triunfos le ofrece
A la legión que Lavalleja guía,
Legión que sólo rendirá su lanza
Cuando al luchar le robe la esperanza
El último estertor de su agonía.

Ese grito sagrado
Del invasor renueva los furores,
Mas, no consiente el hado
Que haya en la patria siervos y señores,
Los bravos adalides
Cuya constancia el batallar no abate,
Aún montan sus caballos de combate;
Su aliento no se agota
Ni su heroico valor ni sus afanes:
Sus brazos de titanes
Llevando al enemigo la derrota
Nuevos lauros conquistan por doquiera.
Al ínclito Rivera
Que con sus triunfos y valor se engríe,
En Rincón la victoria le sonríe,
Y nuevos rayos de su luz refleja
Sobre el fulgente acero
Que esgrime en Sarandí, como el primero,
Con invencible brazo Lavalleja.

¡Triunfó la patria! la enemiga hueste
Abandonó la tierra redimida;
De nuevo el Sol apareció en su cielo,
Volvió la dicha de los patrios lares,
Y pudieron sus hijos sin recelo
Llegar á sus altares
Para cantar la libertad perdida.

IV

¡Patria! tú que confiaste tu ventura,
Tu dicha venidera,
Tu gloria venerada,
A los héroes sin par de esa jornada
Lavalleja y Rivera;
¡Patria! tú que cambiaste tu destino
Haciendo de tus glorias herederos
A los Larrobla, Pérez y del Pino,
A los Anaya, Núñez y Calleros;
Tú que en medio al fragor de la pelea,
Como sublime y entusiasta coro
Eseuchaste la voz de Bengochea,
De Muñoz, de Cortés y Gomensoro;
Tú que, mezclado al último estampido,
Oíste entre el estruendo de la guerra
El grito de entusiasmo de Lapido,
De Araucho y Vázquez, de Durán y Sierra,
No olvides hoy sus nombres inmortales:
¡Son nombres de orientales!
Reliquias veneradas,
Nombres que guarda la uruguay historia
En páginas sagradas
Que forman la apoteosis de su gloria.

Y vosotros los hijos de esa raza
Que luchó como luchan los titanes,
Evocad el recuerdo de sus manes
Venerando la enseña tricolor ;
Pero nunca en las luchas fraticidas
La enarbolen airadas vuestras manos,
Que al verla tinta en sangre, por hermanos,
Temblarían en la tumba con horror.

Nunca, nunca orientales esa enseña
En la guerra civil sirva de emblema,
Que ella es el argumento del poema
De los tiempos de heroico batallar,
Y si entre el humo de la lucha homérica
Se tiñeron en sangre sus colores,
Era sangre de extraños invasores
Que codiciaban nuestro patrio hogar.

Artigas, el campeón de las batallas
Que primero sus franjas desplegara,
Cubrió con ella de la patria el ara
Mientras su suelo el invasor pisó ;
Mas cuando el cisma dividió al hermano,
Dando abnegado ejemplo de civismo,
« Quiero por siempre, dijo, el ostracismo,
Pero mancharla con su sangre, no ! »

Orientales: guardad esa bandera
Como joya preciosa, inmaculada,
Por si vuelve de nuevo la jornada
Que dió á la patria independencia y prez,
Que entonces, al recuerdo de sus glorias,

Imitando sus hechos inmortales,
Dignos hijos seremos, orientales,
De Artigas y los bravos Treinta y Tres.

ALCIDES DE-MARÍA.

Piedra Alta

Bajo los frescos árboles frondosos,
Que ven pasar la rápida corriente
Del río, que ya plácido ó rugiente
Va á derramar sus senos abundosos
En el cauce del gran Santa Lucía,
Contemplaba una noche, no muy lejos,
Llena el alma de paz y de alegría
De la cándida luna á los reflejos
La heroica villa, que la patria historia
Corona ya de perenal memoria.

Como dormida entre los mil amores
De sus dulces torcazas y zorzales,
Aspirando el frescor de los sauzales
Y el aroma sencillo de sus flores,
Silenciosa y tranquila se extendía.
En su cuchilla bella de esmeralda,
Mientras el estro del poeta henchía
De suaves perlas su florida falda,
Y de su trono azul casto y risueño
Fiel custodiaba su placiente sueño.

Del lugar do yo estaba no distante,
La granítica roca *Piedra Alta*
Entre arbustos bellísimos resalta
Como el dorso potente de un gigante,
Que con fuerza titánica estuviera
Saliendo de su vieja sepultura ;
Sobre esa piedra cae y reverbera
De los astros la luz radiante y pura,
Cual si grabar quisieran en su frente
De otra época el nombre y de su gente.

En admirable cuadro de heroísmo,
Que el pasado á mi mente presentaba,
Mi juvenil memoria despertaba.
Virtud, abnegación, valor civismo,
Prendas de aquellos tiempos, ¿ do habéis ido ?
¿ Por qué su sol no calentó mi alma ?
¿ Por qué tan tarde, cielos, he nacido ?
Pero aquí en esta luz y en esta calma
Haz que resurja, genio de la gloria,
Ante mis ojos la pasada historia.

Repentino esplendor anima el cielo,
Como si un astro ignoto se acercara,
Y sus mares de luces derramara,
En medio de la noche en nuestro suelo.
Un soplo del espacio misterioso
En un instante apaga las estrellas,
Palidece la luna, y fulguroso
Interminable enjambre de centellas
Esmalta el aire, todo lo circunda,
Y con sus ondas la Florida inunda.

Despierta el bosque trémulo, agitado
Por millares de alas conmovido,
Y á los besos del aura estremecido,
Flores derrama y hojas sobre el prado.
Como oyendo el cantar de los zorzales
Se alegra el río, salta susurrante,
Arrastrando en sus líquidos cendales
Corrientes de zafir y de diamante.
¡ Oh día inesperado ! ¡ Canta, lira,
Canta que ya la libertad se aspira !

Sobre el luciente azul del horizonte
Cien jinetes se esmaltan ; la cuchilla
Descienden otros, cuya lanza brilla
Como plateada tea ; de aquel monte
Un grupo sale que atrevido avanza,
Y sus caballos apurando briosos
A la dormida orilla se avalanza.
¿ Quiénes son esos hombres que animosos
Así se juntan con la frente alzada
En su patria infeliz esclavizada ?

¿ Quiénes son esos hombres, que así mueven
Del señor de su tierra los furores,
Y ciñendo sus corvos tajadores
A hablar de patria y libertad se atreven ?
¿ Quiénes, pregunto, quiénes ? : son aquellos
Que en Catalán dejaron empapada
Con su sangre la tierra ; sí, son ellos
Los gauchos sublimes, los que nada
Detiene ya, ni asusta, ni amedrenta
Para lavar de su país la afrenta.

Aún no se ha oído del clarín guerrero
Por las cuchillas la vibrante nota,
Y ya do quiera el paisanaje brota
Como hierbas después del aguácerro.
Rumor de libertad llegó á sus ranchos,
Y saltaron sus potros y partieron;
Las altas lomas y los valles anchos
De la patria gozosos los sintieron,
Romper el aire, estremecer la tierra,
Cual los hijos veloces de la guerra.

De sus caballos al trotar violento
Despiértase la villa; en un instante
Surge la animación, y delirante
Grito de Libertad esparce el viento...
¿Pero quién mora bajo aquel ruinoso
Techo pajizo que á distancia veo?
¿Por qué todos lo cercan, y ardoroso
De entrar y ver demuestran el deseo?
¿Será acaso el caudillo, cuya espada
Les volverá la independencia amada?

Es el caudillo sí, pero el caudillo
Legítimo, inmortal de las naciones,
El que al abrir al aire sus pendones
Hace temblar los déspotas; su brillo,
Y su inmenso poder y su pujanza,
Cuando lanza su voz, su voz de trueno,
Enardecen las almas; nada alcanza
A detener su impulso, ni el sereno
Grandioso palpar de su heroísmo.
¿No adivináis quién es? ¡El pueblo mismo!

En ese rancho humilde, vacilante,
Que bajo el ala tiembla de los vientos,
Quince patriotas hay, quince portentos
De cívica virtud, de fe gigante;
El pueblo en ellos su poder condensa,
Dios y la patria su palabra atienden,
Y en ellos puesta su esperanza inmensa,
El primer lampo de la ley encienden.
¡Vivid, vivid en vuestra tumba incierta
Mártires del Catalán y la India Muerta!

Cual la tonante voz del Oceano
Súbita aclamación llenó el ambiente;
Era del patriotismo el grito ardiente,
Era la voz del pueblo soberano
Que á sí mismo dichoso se aclamaba
Al saludar á su primer Congreso,
Y á la frente del déspota arrojaba,
Como infamantes pruebas del proceso,
Aquellas *Actas* que al falaz Imperio
Nos ataban en duro cautiverio.

¿Qué hacéis? ¿Qué hacéis? La hora venturosa
Del Rincón en los cielos no ha brillado,
Ni en Sarandí la loma ha retumbado
Con la carga temible, impetuosa
De los bravos gauchos... ¡Imprudentes!
Rodeados por do quier de las legiones
De un monarca orgulloso, vuestras frentes
Mañana rodarán en sus prisiones,
Y vuestro heroico é inmortal martirio
Elevará su gozo hasta el delirio.

A mi acento cobarde respondiendo
Aquella gente que el valor domina,
Hacia la *Piedra Alta* se encamina,
Y su extendida falda fué cubriendo;
Coronan luego la robusta roca
De aquel pueblo viril los elegidos,
Y como si de Dios la misma boca
Sus preceptos dictara, enardecidos
Todos los oyen, todos los contemplan
Y en sus palabras su gran fe retemplan.

Así los hijos de Israel un día
Del gran libertador la ley oyeron,
Cuando en la falda del Sinai lo vieron
Que en la luz de Jehová resplandecía :
Ni con más ardimiento, ni más brío
La profética voz llenó sus almas
Para lanzarse en el desierto impío
A conquistar inmarcesibles palmas;
¡ Dios y la Libertad, vosotros solos
De heroísmo y virtud sois los dos polos !

¡ Oh piedra memorable ! Sostenido
Por tu ciclópea espalda, bajo el rayo
De un sol esplendoroso, sin desmayo
Ni temores, ni dudas, é impelido
Por su virtud, su honor y su derecho,
El Uruguayo pueblo se alzó ardiente,
Y del regio opresor, pedazos hecho,
El inicuo baldón lanzó á la frente.
¡ Contempla y goza, invicta democracia,
El esplendor inmenso de tu audacia !

Volvió á dormir el bosque entre la bruma,
Callaron las calandrias y zorzales,
Se deslizó la sombra en los sauzales
Del río cubriendo la nevada espuma;
Durmióse la Florida en su ladera
Aspirando las brisas de la altura,
Y en la piedra gloriosa reverbera
De la luna y estrellas la luz pura,
Cual si grabar quisiesen en su frente
De otra época el nombre y de su gente.

RAMÓN DE SANTIAGO.

1860

Libertad

Sagrada libertad; á tus altares
llega el cantor; su fatigada frente
tímida no ambiciona
el sagrado laurel resplandeciente
que del genio feliz la sien corona:
á ti van mis cantares
siguiendo su destino
como rueda el torrente hacia los mares,
pues fiel á ti, sin que el poder me asombre,
bendigo á Dios al bendecir tu nombre.

Sagrada libertad: tuyo es mi canto;
feliz mi pensamiento, te adoraba
aún antes de nacer; que el alma mía
libre ya se llamaba
cuando del cielo al mundo descendía:
llegué á la tierra, al borde de mi cuna

tronó el cañón ; la sangre de tus hijos
desde la guerra salpicó mi frente ;
vi al despotismo fiero
levantarse hacia ti, como la nube
se levanta hacia Dios, y arrebatado
lloré, porque aprendí trémulo al verte
en medio de la guerra,
que tu amor en la tierra
se paga con sepulcros á la muerte.

Hombre después, los anhelantes ojos
volví al pasado, y te miré dormida
de la nada en el seno,
esperando el momento de la vida.

Te vi elevarte al *sea*
padre de la creación ; te vi con brío
revolverte en la idea
que llenaba de mundos el vacío ;
te vi con raudo vuelo
cruzar los montes, agitar los mares,
cabalgar en los soles,
que rodaban hirvientes por el cielo ;
te vi sobre la ola
levantarte y flotar, besar la nube,
y en raudo torbellino
cruzar por el espacio,
do la creación al tiempo aparecía,
dejando con amor santo y fecundo,
un beso en cada mundo
que del aliento del Creador nacía.

Después abrí la historia ; vi á los siglos
cual inmensos gigantes,
dejar sus tumbas, agitar sus mantos
y volver á la vida ; ante mis ojos

libres aparecieron
las mil generaciones
que las olas del tiempo sumergieron ;
vi razas y ciudades
aparecer, pasar ; miré al pecado
sobre el trono del mundo, y á los hombres
sin conciencia de Dios, y escuché el grito
del ángel que lloraba,
al ver con duelo eterno
fija en la frente de la raza esclava
la sombra del infierno.

Volví á mirar, y con dolor y espanto
vi á la nube crecer, rugir el viento
al soplo de la cólera divina ;
miré alzarse la ola en son de guerra
sobre el borde del mar ; la vi lanzarse
con la muerte en el seno
rugiendo de furor sobre la tierra :
vi la última figura
sobre el último monte maldiciendo ;
y el agua se elevaba
en remolinos rápidos hirviendo,
y al fin llegó ; con cántico profundo
se extendió en el vacío ;
á los ojos del Sol se borró el mundo
y aún la muerte buscaba,
y aún el terrible mar, ronco y bravio,
por cima de los montes se empujaba.

Y vi después en el espacio errante
al silencio vagar ; miré á las sombras
irse extendiendo en pabellón flotante ;
vi á la luna cual lámpara sombría
dejar vagos reflejos

sobre los velos de la noche umbría
y á su rayo de luz descolorido
miré al ángel llorando,
y al supremo Jehová triste mirando
el cadáver del mundo sumergido.

Después la luz del día
trémula apareció; nave valiente
agitaba su vela
sobre el Ponto magnífico y rugiente;
el árbol de la vida
volaba allí llevando la esperanza
sobre el mástil tendido;
y allí te vi flotar sobre las olas,
como una aparición de dulce nombre
que llevaba en su vuelo
la bendición del cielo
al nuevo mundo que esperaba al hombre.

Volvió á nacer la historia; vi á los pueblos
sin conciencia de sí: razas feroces
sobre la faz del mundo se empujaban:
el grito de la guerra
ocupaba el espacio; un mar de sangre
levantaba su faz sobre la tierra;
la barca funeral del despotismo,
agobiada de crímenes, flotaba
sobre el sangriento mar; el sacerdote
con la frente sombría,
en la sangre inocente
empapaba su manto; torpe y fría,
la plebe ante sus pies se prosternaba,
sin comprender en su delirio ciego
aquella religión hija del fuego
que en sangre como el tigre se bañaba.

Vi al esclavo infeliz dejar la cuna
y con frente serena
tender al viento las impuras manos
buscando una cadena:
lo vi sin pensamiento
agitarse y temblar al pie del trono
del iracundo déspota al aliento,
y comprendí sin calma
ante aquel cuadro de dolor y guerra,
que el esclavo es la tumba de su alma,
y el negro despotismo
la maldición de Dios sobre la tierra.

Y percibí tu acento
¡Hijos!... diciendo con amor doliente...
y vi el mundo agitado
seguir en su cadena indiferente
al duro pie del despotismo atado;
y la guerra seguía;
y las razas impuras atizaban
el fuego vil que sobre el ara ardía,
y pueblos y naciones
rodaban entre lágrimas y llanto:
las tumbas se apiñaban:
la muerte y el espanto
sobre el mundo sangriento cabalgaban;
y nadie á tus acentos respondía,
ni escuchaba la voz de tu cariño,
porque era el mundo niño
y á su madre infeliz no conocía...
y vinieron más siglos; en las tumbas
en ceniza quedaron
las miséras naciones: de tu lumbre
los rayos reflejaron

en la frente del hombre ; alzó los ojos,
y con ardiente anhelo
al fin te divisó radiante y pura,
brindando al mundo con tu amor un cielo.

Y rodaron coronas
de libertad al sacrosanto grito ;
y el déspota iracundo
por el Señor maldito
alzó sobre su altar su brazo fiero,
sin comprender en su brutal violencia,
que para herir tu nombre
es necesario arrebatár al hombre
en pedazos del alma la conciencia.

Mas tu nombre brilló ; Grecia gigante,
lo fijó en su bandera ; al Ganges frío
y al Nilo turbulento
llegó tu luz sagrada ; el sacerdote
dejó el hacha terrible
sobre el impuro altar, y oyó espantado
los ayes que brotaban
al herirse los mundos que chocaban.

Y se alzaron los déspotas sombríos
otra vez contra ti ; tu aliento puro
se refugió llorando
en el mundo del arte
que en las alas del genio se iba alzando,
y hasta allí el despotismo
llegó con el puñal ; pero fué en vano ;
que el brazo de Dios mismo
se lo arrancó sangriento de la mano.

Aquel tu mundo fué ; tu lumbre pura
dió brillo á las creaciones
del artista inmortal ; bañó los muros

del alto Partenón ; tiñó en su lumbrer
la frente del poeta
que cantaba los cielos y los mares,
osando arrebatarse con mano inquieta
el fuego criminal de los altares.

A tu divino aliento
la roca endurecida
calló sobre los pórticos de Atenas,
guardando un pensamiento ;
el genio alzó sus alas :

Píndaro hirió el laúd ; agitó Apeles
su mágico pincel ; Fidias divino
envolvió sus creaciones
en montes de laureles,
y Homero arrebatado
por el hirviente carro de la gloria
á tu carro magnífico enlazado,
cantó libre y profundo
con el arpa de Dios trovas al mundo.

Después Grecia cayó ; blanca paloma
tu genio peregrino
llevó el alma del arte
á los muros magníficos de Roma ;
tu nombre se fijó en el estandarte
del pueblo rey ; al rayo de tu frente
dilató sus banderas,
imponiendo su ley á las esferas.

Y vinieron más reyes ;
y la guerra. extendió su brazo impío
por montes y por mares ;
creció en el trono el despotismo frío
arrancando las hojas de tus leyes ;
vi grupos de tiranos

estremecer la tierra
al ronco son de guerra;
vi al pueblo rey crecer sobre las tumbas
de los pueblos vencidos; lo vi grande
soñar tras sus victorias,
más esclavos, más tronos y más glorias;
y en vano te busqué: despedazada
por las ruedas veloces
del carro de los déspotas, apenas
respondiste á mis voces
con el doliente son de tus cadenas.

.
¡ Cuántos, sagrada libertad, murieron
víctimas de tu amor; cuántos sepulcros
á tus plantas se abrieron!...
Por ti el héroe espartano
asombra al persa al levantar su tumba
por muro entre la patria y el tirano;
Por ti con arrogancia
en ceniza y en humo se convierten
los hijos de Numancia;
Por ti eleva Sagunto sus hogueras
hasta el trono del Sol, dando en su gloria
orgullo á las esferas,
mártires al Señor, luz á la historia;
Por ti trémulo Bruto
levanta sobre el trono del guerrero
la muerte en el puñal; por ti valiente
el indómito ibero,
en el cántabro mar sepulta impío
de Roma la gigante el poderío;
Por ti el mártir cristiano
del circo en la ancha arena

bendice á Dios, entre el rumor salvaje
del tigre y de la hiena.

Por ti ruedan los Gracos
al pie del Capitolio ; por ti nacen
para eterno blasón de las naciones,

Pompellos y Espartacos.

Pelayos, Viriatos y Catones ;
y por ti con amor cuan grande fuerte
Jesús desciende, se trasforma en hombre,
y con sangre divina escribe un nombre
en el libro terrible de la muerte.

.

¿Y ha de ser siempre así? ¿Será el martirio
la corona del libre? ¿Acaso el mundo
es el hacha terrible de la idea?

¿No es bastante la cruz, para que el río
que entre espumas de sangre va profundo
al insondable mar, cese en su brío?

¿Será acaso la negra tiranía
el fruto de la tierra? ¿Será en vano
ese rojo Oceano
que devora un sepulcro cada día?

No : lo dice Jesús : de polo á polo,
la humanidad entera
debe ser sobre el mundo un hombre solo.

¿Lo escuchasteis, tiranos?..

Lo manda Dios ; el cetro de la tierra
por momentos se escapa á vuestras manos.

En vano las cadenas
apretáis con furor ; el pensamiento
rebosa en el espacio ; él está escrito
en el seno profundo de los mares ;
en el Sol, en el viento,
en la cruz, en la tumba, en los altares.

Él ocupa la gloria
bajo el manto del mártir; reverbera
en el libro gigante de la historia :
él flota en la bandera
del libre porvenir; llena el vacío,
y se dilata con pujante vuelo,
desde el hombre hasta Dios, del mundo al cielo.

Es la nube gigante
que recibió en sus alas
el llanto funeral de las naciones,
y que al romper su seno
levantará las olas poderosas
de cien y de otras cien revoluciones :
es la luz, es el aura, es el ambiente,
es el eco de Dios, que doquier zumba,
levantando clemente,
nuevo Lázaro, el mundo de su tumba.

.

Pasad, pasad; en vano
lucháis sobre el sepulcro : de la arena
en breve rodará el último grano,
y llegará ese día,
que el bueno espera, y que os arranca asombros,
en que todos los libres á porfía
al levantarse á Dios, del mundo en hombros,
dirán llorando : « A Ti te lo debemos ;
« bendito siempre tu poder profundo ;
« libre, sin guerra ni ambición el mundo,
« por pedestal, Señor, te lo ofrecemos ».

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

¡Salve, oh Plata!

¡Salve, oh Plata! en tu presencia
Multiplicarse yo siento,
Sublimarse mi existencia,
Lo que hay de humanal en mí;
Y ora quieta, ora iracunda
Se muestre, hirviendo la vida
Rebosar en mí fecunda
Como rebosa ahora en ti.

Y toda vez que el pampero
Sobre tus espaldas monta
Y arrojando espuma fiero
Bramar te hace de furor;
Y te azota, y tú soberbio,
Tú indomable te agigantas
Por millares de gargantas
Lanzando eco atronador,

Tú á mis ojos representas
De la pasión y del hombre
El afán y las tormentas
Y la convulsión febril;
Y el incesante murmullo,
Y el tesón infatigable,
Y de su indómito orgullo
La pujanza varonil.

Cuando agitado te miro,
El corazón se me ensancha,
Alegre y libre respiro

De cuidado mundanal ;
Y todo olvido, y mi mente
En su inspiración sublime
Abarca, concibe, siente
Lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
No hallan aire mis pulmones,
Sólo entre fango diviso
Las reliquias del *no ser* ;
Misteriosa y escondida
Tú me revelas la fuente
Del deleite y de la vida
Que no tiene ni hoy ni ayer ;

Esa inagotable fuente
Que insaciables, delirando
Mi corazón y mi mente
Van buscando en el vivir ;
Cuya agua sólo el abismo
Insondable de pasiones
Calmar podrá, que en mí mismo
Palpitante siento hervir.

; Oh ! la tierra me fastidia
Con sus mezquinos afanes,
Con su miserable envidia,
Con su odiosa ingritud,
Con el humo de su gloria,
Con sus frívolos amores,
Con su ambición irrisoria,
Con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura
De su gozo y sus deleites
Que refrigerio ni hartura
Jamás á mi labio dan;
Todo cuanto toco en ella
Apetezco y acaricio,
Y hasta el beso de la bella
Que busqué con tanto afán.

Junto á ti mi pensamiento
Algo tiene de divino,
En todo ser y elemento
Columbra el soplo de un Dios;
Y la vida de la muerte
Surgir ve,—armónico el orden
Del aparente desorden
La luz viva del caos.

¡ Tu voz, oh Plata estupendo,
Gigantesco, habla un idioma
Que me deleita y comprendo
Que nunca en el mundo oí;—
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece,
Un arrullo que adormece
Lo que hay de carnal en mí!

¡ Quién pudiera, hermoso Plata,
Cabalgar sobre tus ondas,
Y de tus entrañas hondas
Los misterios descubrir;
Ó en el raudó torbellino
De la tormenta engolfarse,

En su atmósfera bañarse
Y de su vida vivir!

Me place con el pampero
Esa tu lidia gigante
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies;
Y la espuma y los bramidos
De tu cólera soberbia
Que atolondran mis sentidos
Llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma
Dormir, como suele á veces
Dormitar, tranquila mi alma
Ó mi vida material:—
Cuando la luna barniza
Tu faz de plata, y jugando
El aura apenas te riza
La melena de cristal.

Me places como el Oceano,
Tu rival en poderío,
Cuando lo surcaba ufano
En mi albor de juventud,
Con el corazón de luto
Pero con alma nutrida
De savia fértil de vida,
De fe y sueños de virtud.

Me places cual la llanura
Con su horizonte infinito,
Con su gala de verdura

Y su vaga ondulación,
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente
Para aturdir de mi mente
La febril cavilación.

Y te quiero ¡ oh Plata! tanto /
Como te quise algún día,
Porque tienes un encanto
Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo
Más dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué y ya no es;
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones,
Que vi en sueño alguna vez.

¡ Oh Plata! al verte gigante
Me agiganto, iluso siento
La emoción y arrobamiento
De un inefable placer;
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta,
Y en inmortal transformarse
Mi perecedero ser.

¡ Si algo pedirte pudiera !
Si me oyese, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera,
Mi cuerpo entregarte, sí,
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre
Ni preguntase quién fuí.

ESTEBAN ECHEVARRÍA.

Los Héroes

(FRAGMENTO)

¿ Qué acentos, qué rumores,
Qué cánticos, qué gritos
Son esos que fermentan
De la noche en los senos infinitos,
Se envuelven en los cándidos albores
De un memorable, de un divino día
Cuya leyenda cuentan,
Como ansiando volar dejan las frondas
Y crecen y se enlazan y revientan,
Y revientan en ondas
En colosales ondas de armonía ?

¿ Qué viene allá que se estremece el bosque ?
A medida que viene, se levanta
Como un coro marcial de mil sonidos,
Donde la voz del patriotismo canta.
Se abren á una las puertas de los nidos,

Y el melodioso bando
De pájaros agrestes
Se echa á volar trinando
Unos trinos celestes
Que oyen los viejos árboles con pasmo...—
Sobre los viejos árboles, el viento
Que llega presuroso y sudoriento
De la gentil ciudad, sopla entusiasmo,
Y sacude con ímpetu violento
Las melodiosas arpas del ramaje ;
Forman todas las voces del bosque
En la masa coral: y hasta los troncos
Que duermen sin verdor, tristes y secos,
Dejan entrar el cántico salvaje
Por sus tortuosos y profundos huecos,
De donde sale luego en gritos roncoss
Que repiten los ecos
De los montes lejanos,—
De los altivos montes que blanquean
Como frentes de ancianos
Taciturnos, mirando á la pradera,
Por donde corre en rápida carrera
El bagual de los llanos !

II

¿ Pero qué?.. pero ¿ qué hay ! la vista ansiosa
Quiere subir donde el anhelo alcanza :
¿ Quién es ? ¿ qué va á venir ! ¿ por qué rebosa
En los pechos indómita confianza !
¿ Una visión, un símbolo, una idea?..
¿ Una visión magnífica y gloriosa !

Cuando el bosque palpita y rumorea,
Y va de la ciudad á la campaña
La sensación de una alegría extraña,
Y el horizonte patrio se clarea
Con matices de pétalos de rosa,
El chajá suelta el ala poderosa,
Se remonta á las nubes y alerteas,
Anunciando á los campos la venida
Del astro de la vida,
Del rey Mago de Oriente,
Que en el campo inmortal de la Florida
Besó á la Libertad sobre la frente!
Y vienen con el Sol, con él marchando
Por la pampa sin fin del infinito
Entre acordes triunfales
Y como soles del valor brillando,
Las bisoñas falanges orientales
Que en San José y Las Piedras batallando,
De Asencio el noble grito
Consagraron; los héroes del Cerrito;
De Corumbé, la inolvidable rota;
Del Sarandí, la clásica jornada
De la fortuna y del valor patriota;
Y siguen los vencidos de India Muerta
Con su bandera de crespón cubierta,
Mientras el aire azota,
Resonando con ecos de revancha
Sobre filas de bravos,
La diana de Guayabos,
Aquella misma que cantó en Cagancha,
Y con la vieja tricolor sin mancha
Desflecándose al viento,
Caminan en gallardo Regimiento

Los gauchos del Rincón,—y aquellos otros
De Ituzaingó! — centauros,
Que arrebatában en montón los lauros
Al ardiente galope de sus potros!

III

¡Salve! Tres veces salve,
Falange soberana
Que, desde el fondo del pasado oscuro,
Reflejas sobre el cielo del futuro
Una visión feliz, aunque lejana!..
Pero... ¿por qué la luz de la mañana
Parece más intensa?..
Es que se acerca, fiera y soberana,
Al ronco son de una valiente diana
De vibración inmensa,
Arrastrando el cañón de la Defensa,
La División troyana!

¡Oh! ¡qué vértigo, lira!..
No importa! Llegaré, si Dios me inspira!
Trueca el temor en épica bravura!
¿El tema es colosal? ¡Sube á su altura!
Y aunque eres tan pequeña, como mía,
De fe, de audacia y corazón, sé grande!
Aumenta, si es que puedes, la blancura,
La luz del inmortal, del patrio día,
Con claridades victoriosas! Blande
La luz de la verdad como un acero,
Y llegarás primero
A la meta. Muy altas son las palmas,
Pero son muy más altas las ideas;

Las tallas giganteas

Dependen de la altura de las almas,
Y alma, fuerza y aliento de titanes
Tuvieron los invictos capitanes
Que á la guardia del Sol mandan y guían.
¡ Míralos, patria ! Son los visionarios
Que, cuando eras esclava, te veían
En sueños grande, respetada y fuerte,
Ceñida por el sol de la victoria !
Y fabulosamente temerarios,
Buscando patria y encontrando gloria,
Hallando el campo á su ansiedad pequeño,
Iban gritando *Libertad ó Muerte*,
A darle forma á su divino sueño !

IV

El primero, el más alto visionario,
El que á toda la grey capitanea,
Aquel de la cabeza encanecida
Cuya pupila azul, aún encendida,
Bajo el rugoso párpado chispea,
Cuando vencido su tesón de hierro,
La espada rota, el alma dolorida,
Pisó el negro camino del destierro,
Dejó detrás de sí la santa idea
Redentora, sangrando por la herida
De la última pelea,
Y acaso, á solas, la lloró perdida !
Y ahora la ve, radiante y vencedora
Como una joven Dea,
Llena de gracia, rebosando vida,
Predilecta del Sol, que la enamora

Con sus primeros lampos,
La envuelve toda en su fecundo beso,
Alumbra á la fugaz locomotora
Que galopa sus campos
Derramando semillas de progreso,
Tiende el tapiz floral de su pradera,
Le bendice la vid, le dora el trigo,
Y cuando encuentra al sol de la bandera
Que la grandeza nacional escuda,
Lo mira y lo saluda
Como á un glorioso, como á un viejo amigo !

V

Sigue el astro aquel vuelo soberano
Con que la noche del abismo salva,
Y con el astro su ínclito cortejo.
¿ Quién es aquel que á la siniestra mano
Del venerable Protector camina ?
Aquel fornido, de la frente calva
Y el áspero entrecejo ?..
Su nombre está del pueblo en la memoria ;
La luz de una *Leyenda* lo ilumina ;
Y tal su empresa fué, tanta es la gloria
De su guerrera frente,
Que á no decirla el labio de la Historia,
No la creyera la futura gente !

Dejadme que la cuente :

Sobre una playa esclavizada y sola,
A ese varón y á treinta y dos guerreros,
Cierta alborada, los empuja una ola.

El épico dilema
De *Muerte ó Libertad* tienen por lema ;
Y la frente desnuda,
Por el naciente Sol iluminada,
La luz del sacrificio en la mirada,
La luz potente y ruda,
Echaron á volar su juramento,
Sobre el ala del viento !
La patria heroica, que esperaba muda,
Pero no resignada,
Al escuchar el anhelado grito
Sacudió rudamente su cadena,
Y la gloriosa Libertad, jurada
Sobre una playa de movible arena,
Su eterno solio cimentó en granito !

VI

Aquel otro que avanza á la derecha,
De talante marcial, cuya mirada
Vivaz como una flecha,
Limpia como una espada,
Penetraba distancias é intenciones,
Irradiando sarcasmos,
O incendiaba en los tristes coraz nes
Los rojos entusiasmos,
Va á la diestra de Artigas
Porque fué el heredero de su idea
En la hora de pelea,
Ese fué á las columnas enemigas
Lo que al manso raudal los aluviones,
Lo que al débil arbusto la avalancha :
Ese fué el de los campos de Cagancha,

Y es aquel de los triunfos de Misiones !
Fué patriota ; fué pródigo ; fué humano ;
Fué el Jefe, fué el caudillo soberano
Para la huraña gente campesina,
Porque le hablaba al alma del paisano
La palabra viril que lo fascina,
Y á la palabra audaz seguía el hecho

Como á la res el lazo :

El brazo más pujante, era su brazo ;
El pecho más altivo, era su pecho ;
La suerte de la patria, era su suerte ;
El día de la acción, su mejor día ;
Los paisanos juraban que tenía,
Como Artigas, *un pacto con la muerte !*

Hasta un símbolo era

El nombre de Rivera, —

La ribera de un mar de patriotismo

Con espumas de glorias

Y cálidas corrientes de heroísmo

Que arrastraban arenas de victorias !

De victorias ganadas sin escudo,

Pecho á pecho, coraje con coraje,

Con las cargas del gaucho melenudo

Sobre los lomos del bagual salvaje !

VII

Volvió el Sol á marchar gloriosamente ;

Y en pos de sus fulgores,

Los héroes que su séquito formaban

Caminaron también. Todos llevaban

« Paso de vencedores »

Por aquel ancho cielo sin ocaso,

Y miraban al paso
La cuna predilecta de la gloria,
La tierra en sus épicos amores,
Que llamaba á los muertos de su Historia,
Y ladeando divisas y rencores,
En popular y tumultuosa hueste,
El alma llena de viril anhelo,
Rodeando al pabellón blanco y celeste,
— La bandera del cielo ! —

Lanzaba al infinito
De Independencia y Libertad el grito,
Formándolo con todos los acentos

De la tierra nativa :
Con el silbar de los crinados vientos,
De los patriotas con el alto viva,
De las tonantes músicas marciales

Con los ecos bravíos,
Con el ronco fragor de los raudales
Y el canto de las ondas de los ríos ;
Del himno con las fieras vibraciones

Y los coros triunfales ;
Del templo con las santas oraciones,
Con la guerrera voz de los cañones,
Con los mugidos del valiente toro,
De las calandrias con el dulce coro,
Con la aguda romanza del boyero,
Con el suave arrullar de las palomas,—
Con el alerta hostil del teru-tero,
Centinela perdida de las lomas !..

VIII

Gigantesca y triunfal, noble y bravía,
La múltiple armonía
Los celestiales ámbitos anega,
Y á las regiones del eterno día,
Por donde van los inmortales, llega.
Se detiene el ejército escuchando
Aquel soberbio grito
Que Patria, Gloria y Libertad condensa :
Suenan un viva que llena el infinito,
Se oye en los cielos una voz de mando,
Y al pueblo libre respondió tronando
El glorioso cañón de la Defensa !

MANUEL BERNÁRDEZ.

A la batalla de Ituzaingó

¡ Llegaste, aurora hermosa
Cuya divina faz mostrará al mundo
La suerte desastrosa
De un opresor funesto é iracundo !!
Hoy bañará la muerte
En sangre humana la ligera rueda
Del carro diamantino,
Que antes que Febo iluminarnos pueda,
Tu bella luz nos vierte,
Y anuncia el bueno y el fatal destino.

Mil sepulcros se abrieron
Ante los ojos míos,

Que en el Rincón y Sarandí los vieron,
El Plata y Uruguay, á las legiones
Brasileñas. Los libres pabellones
De la patria flamearon ;
Al triunfo precedieron,
Y á la victoria en su poder llevaron.

¡ Oh Sol de Ituzaingó ! Tu lumbre de oro
Brillando esplendorosa
Sobre los campos del precioso Oriente,
Conduce presurosa,
Donde la seña del clarín sonoro
Llama á la lid, la hueste combatiente.
Muy breve tiempo queda :
Y en cuanto el fuego del fusil preceda
Empezará el horror, y trasvenarse
La sangre se verá. Así en el Plata
La corriente arrebatá
Consigo cuanto encuentra, sin que pueda
Con el poder del hombre restañarse
Hasta que el mismo suyo la combata.

..... Ya levanta la muerte
La mano destructora que amenaza
La ilustre vida del heroico y fuerte ;
Y empuñando la clava con que arrasa
En un momento ejércitos enteros,
La revuelve ; mil vidas
Van á no ser de intrépidos guerreros,
Y entre la furia y el horror perdidas.

¡ Se concluyó el amago !
Revienta el trueno del cañón, y el rayo

Que al combatiente lustra la coraza
Disemina el estrago,
Y en su carrera cuanto encuentra abraza;
A uno lleva la muerte, á otro el desmayo,
Y aunque á miles las vidas amenaza,
No se sacian de muertes los campeones,
Que á cada golpe de homicida lanza
Dirigido á contrarios corazones,
Vuelven á repetir, ¡sangre!.. ¡venganza!

El argentino y oriental unidos,
Ocupan á su vez la inmensa frente
Del enemigo; y en furor ardiendo
Impertérritos cargan y aguerridos
La Alemana legión más imponente,
Que en filas erizadas
Repele con el plomo y el estruendo
Los golpes que fulminan las espadas.

Si á la fuga se libra
El servil imperial en la batalla
Fiando su vida del corcel ligero;
El robusto oriental tras él aún vibra
El vengador acero,
Ó la pistola, que á su espalda estalla.

El campo do la Parca
Segó al tirano su vivir, se enciende;
El fuego más voraz todo lo abarca,
Mientras revuelve al viento
El pabellón flamígero, y se tiende
Al aire turbio del postrer aliento
Que por la patria el argentino lanza
Y hasta la altura del Empíreo alcanza.

Empero la segur enrojecida
Se melló, en fin, de la inhumana muerte:
La sangre es retenida
En los cuerpos heridos do la vierte
El libre vencedor: ya los tiranos
Huyen, dejando al oriental la gloria;
Esos campos un día tan lozanos
Incendiados se ven, están cubiertos
De miembros palpitantes, de hombres muertos,
Y los libres pregonan *La victoria*.

El clarín penetrante,
Precursor de los triunfos, ha sonado;
Y el corazón de gozo enajenado
Salir quiere del pecho en este instante
Al sólo ver llegar los vencedores,
Que al Ecuador ardiente
Llevaron libertad, y que triunfante
Hoy la colocan en el bello Oriente.

¡Salud héroes! ¡salud libertadores
Del suelo más feraz que la Natura
Mostró entre sus preciosas producciones,
Y que hoy quebranta su cadena dura
Dando glorioso ejemplo á las Naciones!

Alzad en vuestras manos
El sagrado estandarte
A cuyo aspecto tiemblan los tiranos,
Y cuya asta sostiene el mismo Marte.
Por él su heroico aliento
En el combate exhalará el guerrero
Junto con el suspiro postrimero;

Y en el dichoso y plácido momento
Que la Parca arrebató su existencia,
Muriendo libre, exclamará contento :
¡ Viva la Independencia !
¡ Pueblo Oriental ! Mirad los defensores
Del derecho del hombre más sagrado,
Y siempre vencedores :
Cuyo brazo terrible en un momento
Los tiranos de Oriente ha aniquilado,
Como la nube se disipa al viento.

Con su sangre han sellado
Allá en *Ituzaingó* el solemne voto
De *muerte ó libertad* ; y con su anhelo
Han las prisiones roto
De nuestro bello suelo ;
Y entre los apresores sepultado
(Cual huracán los árboles derrumba)
Un Imperio funesto entre la tumba.

MANUEL DE ARAUCHO.

1829

Después de Ituzaingó

¡ Salud, Pueblo Argentino ! Salud héroes
Que con gigantes pasos
La escala de la gloria vais subiendo !
¡ Salud, héroes, salud ! — Las puertas de oro
Del majestuoso templo
De la inmortalidad, que ya os abrieron
Los grandes triunfos, penetrad en tanto
Que la fama conduce vuestros nombres

A un mundo, y otro mundo; y que mi canto
Reverente os saluda;
Aunque embargada del placer más puro
Mi alma el día de honor y de contento
En mi garganta la palabra anuda.

Hora el laurel guerrero
Por la oliva trocad de paz dichosa:
Basta de horrores; de furor ya basta.
Colgad la usada lanza
Que con sangre empañasteis; que en tres años
Un día se teñía,
Y á teñirse el siguiente se volvía,
Cuando opresoras huestes
Que á Oriente esclavizaron
Sólo la muerte, sólo ruina hallaron
El día de venganza
Que destinó la mano omnipotente
A servir de escarmiento á los tiranos.

Sí: el acero colgad. No arda más fuego
Que el que la esposa arrodillada anime
Llorosa y reverente
Sobre la fosa del consorte amado,
Que murió por la Patria; ó el que el padre
Ó la amante encendiera
Allá en el silencioso catafalco
Levantado á los manes
De todo su adorar... ¡Manes ilustres!
Recibid en mi canto
Con cada verso el llanto:
Aunque en el campo do la vida disteis
Vuestras yertas cenizas
Mis lágrimas bañaron.

¡ Ah! Cuando en otros tiempos
Y en medio de la paz os contemplaba
El padre octogenario
Como el apoyo de vejez helada :
¡ Qué presagios felices, qué esperanzas
Alimentaban su alma trabajada
Tan sólo en las virtudes !
Mil y mil veces lágrimas de gozo
Corrieron á su pecho encanecido ,
Y esperaba la muerte
Con faz serena y ánimo tranquilo,
Pues dejaba en el fin de su carrera
Quien su memoria honrase...
Mas en el campo de la gloria el hilo .
De vuestra vida destorció la Parca,
Y todo en un momento
Voló cual humo que arrebató el viento.

Tanto cuesta la paz, sí, tanto cuesta
Pues que nunca al tirano
Hubo nada que mueva
A hacer la paz con el republicano,
Sino cuando impotente
Se encuentra el día, que sus armas prueba :
¿ Y habrá sobre la tierra
Quien á dudar se atreva
Que la paz se conquista con la guerra ?

¡ Brandzen !... ¡ Besares !... ¡ héroes
Que con sangre de honor habéis sellado
El triunfo de mi patria ! De la tumba
Oigo que preguntáis : ¿ De qué valiera
Que el plomo ardiente, que el cortante acero

La sangre derramara en los combates
De víctimas sin fin, si el árbol sacro
De libertad sus flores
A ella no le debiera; y si la envidia
Pudiera impunemente arrebatarlos
El fruto de los triunfos y la gloria
Con ellos conseguido y con la muerte!!
... Callad, sombras sagradas:
Callad, callad el grito doloroso.
Mas ¿qué gemido el pecho conmoviendo
Hiere trémulo mi oído?
Yo lo escucho salir de los espectros
Que de onda en onda en el inmenso Plata
Por siempre vagarán; y la pregunta
De Brandzen y Besares repitiendo
Siglos mil estarán, mientras los hombres
(Cual siempre ingratos) sus augustos nombres
Entre la paz olviden.
—Mas no será. Los patrios corazones
Con el cincel de gratitud eterna
En su centro de sangre los grabaron,
Y hasta el sepulcro conservar juraron.

MANUEL DE ARAUCHO.

1829

La bandera de Mayo

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres
El blanco y celeste de nuestro pabellón,
Por eso en las regiones de la victoria ondea
Ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en asecho se alza sobre el mundo
Para saber qué pueblos necesitaban de él,
Y llanos y montañas atravesando y ríos,
La libertad clavaba donde clavaba el pie.

Al cóndor de los Andes las alas no pudieron
Seguir en sus victorias al pabellón azul;
Ni la pupila impávida del águila un momento
Pudo mirar de frente su inextinguible luz.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

A Mayo

El pensamiento de Mayo
Fué una sublime esperanza
De dicha que no se alcanza
Sino en el volcar del tiempo:
Porque las obras humanas
Crecen entre las espinas
Ó trócanse luego en ruinas
Que desbaratan los vientos.

¡ Maldito ! Maldito el hombre
Que al oír bramar la tormenta
Que las pasiones fomenta
Con soplos enardecidos,
Cruza las manos al pecho
Desmayando en la esperanza
De ver lucir la bonanza
Y el porvenir prometido.

¿ Qué son en la eterna vida
De pueblos que ayer nacieron,
Los instantes que perdieron
Por extraviados caminos ?
¿ Qué son las gotas de sangre
Que salpicaron el suelo ?
¿ Qué son el llanto y el duelo
Que alguna vez padecemos ?

¿ Qué son sino un pobre grano
De la ancha playa de un río,
Breve gota de rocío
Que se mezcló con los mares ?
¿ Qué son sino leves nubes
Desatadas por el viento,
Acrecentando un momento
La sombra en las tempestades ?

Bendito ! bendito el hombre
Que espera y marcha brioso
Por un sendero espinoso
Confiado en el porvenir,
Y fuerte de fe y constancia
Ni se queja ni maldice
Al oír voz que le dice :
¡ Adelante, proseguí !

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

La bandera argentina

¡ Salud, estrella de la gloria hermana !
Hízote el pueblo al redimir su suelo

Del azul de las aguas y del cielo
Y del cándido albor de la mañana
Puso en tu centro de la luz al padre,
Al Sol, Dios de los Incas, raudal vivo
Que en los hombres de América derrama
Del ingenio la llama,
De virtudes y amor el incentivo,
Y la sed insaciable de ser libres.
¡Cuántas veces, quizá, cruzando al pecho
Sus brazos un guerrero,
Ya en la cumbre del Andes altanero
Ó en las llanuras del ameno Chile,
No clavó en ti, trofeo de la gloria,
Su vista y su memoria!
En tu presencia se agitó su seno,
Llanto de amor humedeció sus ojos,
Y del tiempo pasado los despojos,
Cual si fantasmas fueran, le asaltaron.
Vió en su delirio las plateadas aguas
Moverse del gran río, y la corriente
Llevar á la otra playa del Oriente
Libertadoras naves...
En su delirio oyó poblarse el viento
Del crítico inmortal que dice al mundo :
« ¡Con respeto profundo
« Mirad cual se alza un pueblo venturoso!
« Miradle victorioso,
« Miradle á par de las naciones libres ! »
Recordó en su delirio el templo santo
Rebosando en gentío,
De flores lleno el pavimento frío
Y de rotos pendones la techumbre.
La roja cruz británica, leones,

Almenas castellanas, mil blasones
De tronos seculares,
Miró el guerrero en su entusiasmo, envueltos
En el humo que mandan los altares
A par de la oración al Dios del libre.
Vió en su entusiasmo varonil materno,
Que de mirto y laurel una corona
Entre esperanza y susto entretejía:
Fijó con más porfía
Su atención el guerrero,
Y vió á la esposa que ciñó su acero
Cuando de combatir luciera el día.
Tal vez entonces suspiró, diciendo
Con lamentable voz: ¡patria querida!
Amor, bienes, halagos, sangre, vida
A tu honor y tu gloria posponiendo,
La enseña sigo que á triunfar me guía...

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ. *

Al general Lavalle

¡ Mártir del pueblo ! tu gigante talla
Más grande y majestuosa se levanta,
Que entre el solemne horror de la batalla,
Cuando de hierro la sangrienta valla
Servía de pedestal para tu planta.

¡ Mártir del pueblo ! víctima expiatoria
Inmolada en el ara de una idea,
Te has dormido en los brazos de la historia
Con la inmortal diadema de la gloria
Que del genio un relámpago clarea.

¡ Mártir del pueblo ! apóstol del derecho,
Tu sangre es lluvia de fecundo riego,
Y el postrimer aliento de tu pecho,
Que era á la fe de tu creencia estrecho,
Será más tarde un vendaval de fuego.

¡ Mártir del pueblo ! tu cadáver yerto
Como el ombú que el huracán desgaja,
Tiene su tumba digna en el desierto,
Sus grandes armonías por concierto
Y el cielo de la patria por mortaja.

¿ Qué importa que en las sombras de Occidente,
Del desencanto doloroso emblema,
Como una virgen que morir se siente,
Incline el Sol la enardecida frente,
De los mundos magnífica diadema ?

¿ Qué importa que se melle en las gargantas
El cuchillo del déspota porteño,
Y ponga de escabel bajo sus plantas
Del patriotismo las enseñas santas,
Con que iba un héroe á perturbar su sueño ?

¿ Qué importa que sucumban los campeones
Y caigan los aceros de sus manos,
Si no muere la fe en los corazones
Y del pendón del libre, los girones
Sirven para amarrar á los tiranos ?

¿ Qué importa si esa sangre que gotea
En principio de vida se convierte,
Y el humo funeral de la pelea

Lleva sobre sus olas una idea
Que triunfa de la saña de la muerte?

¿Qué importa que la tierra dolorida
Solloce con las fuentes y las brisas,
Si no ha de ser eterna la partida,
Si con nuevo vigor, con nueva vida
Más grande ha de brotar de sus cenizas?

¡Mártir! Al borde de la tumba helada
La gloria velará tu polvo inerte,
Y al resplandor rojizo de tu espada
Caerá de hinojos esa turba airada
Que disputa sus presas á la muerte.

Y cuando tiña el horizonte oscuro
Del porvenir la llamarada inmensa,
Y se desplome el carcomido muro
Que tiembla como álamo inseguro
Ante las nubes que el dolor condensa,

Entonces los proscritos, los hermanos,
Irán ante tu fosa reverentes,
A orar á Dios con suplicantes manos,
Para saber domar á los tiranos
O morir como mueren los valientes!

OLEGARIO VÍCTOR ANDRADE.

A mi bandera

Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo de inmenso amor desconocido

Que en pos de ti me arrastra,
¿Bajo qué cielo flameará tu paño
Que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rugido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla,
Tú, como el Ángel de la inmensa muerte

Te agitas y nos llamas!
Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre la Pampa,
Bajo el cañón del enemigo injusto
A levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! que la sombra de la noche eterna
Me anuble para siempre la mirada,
Si te vieran mis ojos un día triste.

Huyendo en la batalla.
¡Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria!

JUAN CHASSAING.

A la muerte del general don Manuel Belgrano

(CANTO ELEGÍACO)

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo
Al ángel entregado de la muerte,
Que á la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo,
Fatal á los tiranos, ni la hueste
Registra de la *Patria* al sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.
Hoy, enlutado su pendón, y al eco
Del clarín angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible,
Que el llanto asoma do la faz del héroe!
Y el lamento responde pavoroso
Murió Belgrano ¡oh Dios! ¡así sucede
La tumba al carro, el *ay* doliente al *viva*,
La pálida azucena á los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
Al Noto embravecido y sus vaivenes!
La tierra fría cubra sus despojos,
Que abarcará por siempre; mas no puede,
Campeón ilustre, atleta esclarecido,
La mano que te roba hollar las leyes
Que el corazón conoce; el jaspe eterno
Tu nombre sustraerá á los descendientes

De la generación que te lamenta.
La Patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que la amaga
En anárquico horror: la ambición prende
En los ánimos grandes y la capa
Da la venganza al miedo diligente.
Aun de Temis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo: el inocente,
El inocente pueblo, ilustre un día,
A la angustia entregado: el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando,
Escapa al atambor: el país se enciende
En guerra asoladora, que lo ayerma:
Asoma la miseria, pues que cede
La espiga al pie feroz que la quebranta.
Y ¿ora faltas, Belgrano?... Así la muerte,
Y el crimen y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria.
Y diez años de afán!.. ¡todo se pierde!
Tu celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre, en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un día, marchitólas
La nieve del sepulcro. Así os lamente
La legión que á la gloria condujiste:
Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
La magia del honor y con destreza
Amar le hicisteis el tesón perenne,
La hambre aguilladora, el frío agudo...
Suspende, ¡oh musa! y al dolor concede
Una mísera tregua. Yo le he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo,

Ora suyo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza, y triunfa y luego
¿Qué más hacer?... El desairar la suerte,
Y ser grande por sí: esta no es gloria
Del común de los héroes, él la ofrece
En pro de los rendidos, que perdona,
Ora al genio se presta, y lo engrandece;
Corre la juventud y á la natura
Espía en sus arcanos, la sorprende,
Y en sus almas revienta de antemano
El germen de las glorias. ¡Oh! ¿quién puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazón de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien? sólo á ti es dado,
Historia de los hombres: á ti que eres
Maestra de los tiempos: arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe,
En ti se deposita: recogedla
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos, sombras preciosas de Balcarce,
De Olivera, Colet, Martínez, Vélez,
Ved vuestro general, ya es con vosotros,
Abridle el templo que os mostró valiente.
Tucumán! Salta! pueblos generosos!
Al héroe de Febrero y de Septiembre
Alzad el postrer himno; mas vosotras,
Vírgenes tierras, que otra vez sus sienes
Coronasteis de flores, id á la urna
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio: émulo hacedlo
De los mármoles, bronce y cipreses.

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR.

A la jura de la independencia argentina

¿Qué gritos de alegría
Se levantan del suelo americano,
Que del Sud y del Norte al Mediodía
Publican su contento
Retumbando en la bóveda su acento?

¿Qué fulgor de repente
Esparciendo su luz clara y radiante
De los hijos del Sol al continente
Se extiende por la esfera
Do la alma libertad se ama y venera?

Qué prodigio se muestra
En la etérea región ante mis ojos
Que asombrando su luz la razón nuestra
Empaña el rostro hermoso
Y los rayos de Febo luminoso?..

Cual rayo discurriendo
En esplendente y cristalina nube,
Distingo por los aires ir subiendo
Al temido guerrero,
Que en los campos de Marte fué el primero.

La fama en raudo vuelo
Hasta el templo le lleva de Mavorte
Que en lo más alto del cerúleo cielo
Espera la venida
Del que ha dado á su patria gloria y vida.

Girando estrepitoso
El quicio celestial á su llegada
Sobre un trono de gloria majestuoso
Al mismo Marte enseña
Que el hablar á Belgrano no desdeña.

Se adelanta pausado
Hasta el trono de Dios el gran guerrero,
Y Él le coloca de Belona al lado,
Sobre Alejandro y Ciro
Cuyo bélico esfuerzo ya no admiro.

Sonó la trompa fina
En dulcísimos sonos modulando,
Y el cóncavo celeste luego trina
El eco repitiendo
De Belgrano inmortal con ronco estruendo.

Un rayo soberano
De los hijos de Dios entonces brilla
Sobre la patria del guerrero indiano,
Que ha sido la primera
En llegar á la lid región guerrera.

«Varón esclarecido
Que llevaste, le dice, tus pendones
De victoria en victoria conducido
Sobre huestes contrarias
Que humilló tu valor en lides varias:

«Tú que alzaste del Plata
En la orilla argentina el grito santo
De muerte ó libertad, que se dilata
Corriendo prontamente
De nación en nación, de gente en gente;

«Contempla tantos bravos
Que el valor de tu diestra ha libertado
De humilde servidumbre, al ser esclavos
Del español austero
Si no triunfase en Tucumán tu acero ;

«Las huestes aguerridas
Que opusiere Tristán á tus legiones,
Por tu espada en vil polvo convertidas,
Son los timbres primeros
Que te harán inmortal entre guerreros.

«Por tanto de mi mano
Esta corona ceñirá tu frente,
A cuyo aspecto temblará el tirano,
Que oprime el hemisferio,
Que ve en cadenas aherrojado Hesperio.

«Recorre sin demora
La extendida región que al bien abierta,
Do en Mayo el astro de la luz se alora
Y dale independencia
Que alcanzaron su esfuerzo y resistencia.»

Bajando en blanca nube
Hasta el suelo argentino el gran Belgrano
Pregona independencia, al cielo sube
Apacible y sereno
Dejando el Orbe de su gloria lleno.

Los libres á millares
De todas partes concurriendo entonces
Al suelo tucumano, en sus altares

Juraron prontamente
Sostener á la Patria independiente.

Salve, Patria dichosa,
Que rescatada para siempre fuiste
Del extraño poder y suerte odiosa
Por el valor probado
De tantos héroes que en tu suelo has criado!

No más del torvo ceño
Te verás insultar de opresor fiero,
Ni tendrán tus riberas otro dueño
Que tus hijos queridos
Libres, iguales, y á tu grito unidos

Hoy miran tus pendones
Coronados de bélicos trofeos
Absortas y suspensas las naciones
De ver la bizarría
Con que ahuyentaste á tu opresor un día.

Del Plata en los cristales,
Que los libres del mundo concurriendo
Encuentran libres de tal nombre tales,
Viviendo independientes
Y sirviendo á la patria reverentes.

Renaciendo la España
De la antigua opresión de sus tiranos
Se prepara á olvidar la cruda saña
Que un tiempo alimentaba
De volver otra vez á hacerte esclava.

Mas hoy recibe en tanto
De un hijo de tu suelo, Patria mía,
De entusiasmo y amor el dulce llanto
Con que humedezca el ara
Que de Julio en honor mi mano alzará.

CLAUDIO MAMERTO CUENCA.

A Güemes

(EN LA EXHUMACIÓN DE SUS RESTOS)

Salta, Güemes, Libertad y patria,
Constelación de nombres que iluminas
La senda de las armas argentinas,
De triunfos coronándolas,—¡ Salud!
Gloria á Salta, provincia que fecunda
Madre de genios, concibió al guerrero
Que electriza á los pueblos, y el primero
Les dió ejemplo de honor y de virtud.

Ese hijo ilustre, alzándose potente,
Como huracán que arrastra las arenas,
Levanta polvo de hombres, y cadenas
De esclavitud trozando va do quier.
Sobre un río, á su borde, en la montaña,
Sobre el llano, entre bosques, noche y día,
Buscando el combate y en lid porfía
Con brazo infatigable hasta vencer.

Es nuestra patria el numen que lo inspira,
Es nuestra Salta el templo de su gloria;

Blanca y azul su enseña de victoria,
Su verbo—*independencia y libertad* !
Ese verbo hace carne en las entrañas
Del mundo de Colón, y nace de ellas
Coronada de fúlgidas estrellas
En medio de hombres libres la *igualdad* !

Redimida la patria hoy pide al polvo
El polvo de sus huesos redentores,
Regándolos con lágrimas y flores,
De gloria y gratitud tributo fiel.
Al derramarse en ellos esta ofrenda,
Como el incienso, en la ceniza ardiente
De fuegos patrios exhalar se siente
Una vívida llama—y esa es *El* !

Es él que se levanta de la tumba,
Y apartando de sí mortales sueños,
Parece que dijera á los salteños :
« Con mi vida os he dado libertad,
De abnegación ejemplo, amor de patria,
Constancia en la labor y el sufrimiento ;
Pido me alcéis de paz un monumento
Jurando sobre mí fraternidad !

« Recordad que la vida es humo y leve
Sombra que pasa y ola transitoria,
En que sólo escribir podéis la historia
De estos dos nombres : ¡ nuestra Patria y Dios !
La eternidad entreabre su Elíseo
A la creencia y patriótico heroísmo,
Una puerta á la fe y otra al civismo ;
Seguid mi huella y abriréis las dos.

« Huid cual yo las pompas de la tierra ;
El sensualismo del poder sin freno,
De egoísta ambición sutil veneno,
Del oro y la codicia el vil placer ;
Venís á honrar la herencia de la patria
Y no la mía en este polvo yerto,
Por ella viví pobre, pobre he muerto;
Cumpliendo austeramente mi deber.

« Compadecido vi de mis gauchos,
Desnudo el brazo, pero siempre fuerte ;
Sus lanzas vi abatidas á la muerte,
No á la miseria, al hambre ni al dolor ;
Vistiéndose de harapos, á su patria
De libertad tejían áureo manto ;
Pronunciaban su nombre sacrosanto,
Y era, al morir, el premio á su valor.

« ¡ Guerra inmortal!—titánicos salteños
Defendiendo la entrada á un continente,
La choza del gaucho hizo al torrente
De aguerridos ejércitos cejar.
Obra fué vuestra, de puñados de héroes,
Sin orden, ni fusil, ni disciplina ;
A esa tierra juraron, Argentina,
Con sólo amor y sangre libertad.

« Sangre y amor de patria, no oro y fiero,
Un mundo salvarían de tiranos...
¿ De quién pudieran ora mis hermanos
A sólo Salta unidos defender ? »

La misteriosa voz parece,
Disipándose su eco en el vacío...
La llama se aniquila, y sudor frío,
Como llanto en sus huesos pude ver.

JOSÉ MARÍA ZUVIRÍA.

Por la bandera

¡Amor bendito de la patria! En todos
los corazones vives. Tú penetrás
en el cerrado corazón más duro
como la luz del Sol esplendorosa
en el repliegue del abierto abismo.

En el triste desierto y en Argelia,
delante de los picos y gargantas
del Atlas imponente, ya pasados
los días del feroz cuarenta y ocho,
los insurrectos del terrible Junio,
culpables ¡ay! pero también franceses,
en los rudos azares del trabajo
expían sus desgracias y dolores,
guardados por algunos centinelas...
también franceses. En aquellos grupos
forman el orador impetuoso,
el utopista cándido y sincero,
el envidioso, eterno desterrado
de los placeres de la vida, el pobre
trabajador vencido por sus males...
y todos sueñan con futuros días
y quebrantan durísimos terrones.

Era bueno el lugar para presidio.
Por un lado se extiende gran desierto
y por el otro larga cordillera.
Algunos arbolillos se destacan
sobre tierra, muy secos y muy pocos;
é insufrible prisión que por la noche
á todos, centinelas y forzados,
encerrará, sobre cercana loma
un reducto se ve. Sus dos cañones
brillan amenazando tras sus muros;
guarda en sus cuevas numerosas armas
y en asta vigorosa tiende al aire
una bandera tricolor que ondula
en el azul del infinito cielo.

Cien condenados son; soldados treinta.
Un día, cuando el alba con sus rayos
tibios, de rosa y oro, desceña
surgiendo hermosa sus flotantes velos,
cuando calla el león, y las estrellas
palideciendo van; en los instantes
en que el duro trabajo da principio,
surgiendo entre las rocas puntiagudas
de los barrancos próximos, fantasmas
con blancos albornoces, agitando
sus espingardas con furor horrible,
los bravos beduinos del desierto
por todas partes se mostraron.

Eran dos tribus largo tiempo sometidas,
que rompiendo su yugo, se lanzaban
ansiando luchas, golpes y victorias.

Cual negra nube en la que el rayo viene,
por el desierto, rápidas, cruzaron
entre las olas de su ardiente arena.

Ante aquel fuerte, inesperado ataque,
el comandante del reducto, bravo
Pero prudente, y á las guerras hecho,
palideció. ¿Qué hacer? Su escasa tropa
apenas el empuje contendría
de aquel golpe feroz, y los forzados
huirían, de seguro, los primeros.

En este instante, de sus largas filas
uno salió, después que con los suyos
habló de prisa y vigorosamente.

Era un mozo gallardo, que llevaba
impresas en su rostro las señales
de largas horas de tenaz miseria,
y en cuyos negros ojos aún lucía
el resplandor vivísimo y siniestro
del fuego de las grandes barricadas.

Aproximóse al viejo comandante
y gritó con acento decidido:

«Vengo á decirle que nosotros somos
cien condenados, sí, pero cien hombres,
y todos muy valientes, y sabemos
que hay guardados fusiles, que son muchos,
más que nosotros. Dádnoslos. El día
nuestro será. Cuando concluya todo,
los fusiles irán á vuestras manos.
¡Mi palabra de honor, mi comandante!»

El pobre veterano, conmovido,
les repartió fusiles, municiones
con prontitud y sin temor... ¡y á tiempo!
Galopando veloces y clamando

¡ Alah !, clamando ¡ Alah ! sobre los muros
en torrente frenético venía
la turba de los bravos bedüinos.

De improviso rugieron los cañones,
y al empuje brutal de la metralla
que, al cruzar por los aires agitados
hendió, barrió, partió, retrocedieron.

Salió del fuerte la columna entonces
y se trabó la lucha; fué muy vivo
el fuego, muy constante, muy constante,
pero pronto cesó. Desesperados
los bedüinos, con furor tres veces
se lanzaron, rabiosos, á la carga,
remolinos haciendo con los sables,
y siempre, maldiciendo, se pararon
al dar con las agudas bayonetas.

Muerto por fin su jefe, ya perdidos
como bandada de veloces cuervos,
castigaron sus potros y escaparon.

En columna cerrada, lentamente
volvieron los forzados al reducto,
y, sin vacilación, fueron las armas
dejando en pabellones, clara muestra
de sus heroicas voluntades dando.

Uno por uno, á todos, conteniendo
sus lágrimas, el viejo comandante
fué estrechando la mano con las suyas,
y les decía sollozando :

« ¡ Gracias !

¡ gracias mil, gracias mil ! ¡ por la bandera ! »

FRANCOIS COPPEE.

Leyendo el monólogo de Hamlet

¿Quién, sin morir, en el obscuro abismo
de lo ignorado penetrar pudiera,
saber la suerte del torrente humano
que el impulso del tiempo, hora por hora,
vuelca en la muda eternidad, y luego
volver al mundo, iluminar las almas
y disipar la tenebrosa duda
en que, siglo tras siglo, se consumen?
Mas Dios no quiere que mortales ojos
profanen, atrevidos, el misterio
donde, como en un templo, están ocultos
el principio y el fin de cuanto alienta.
Y á la manera con que frágil orla
de leve arena el ímpetu contiene
del proceloso mar, así la tumba
dice al soberbio y loco pensamiento:
—¡ No pasarás de aquí!—

Si no arraigara
en nuestra mente la tenaz idea
de un *más allá* sin fondo y sin orillas,
do reparten el premio y el castigo
la Justicia absoluta, el Bien supremo
y la excelsa Verdad; si nuestra vida
fuese como el relámpago, que nace
y muere en las entrañas de la nube,
sin dejar de su paso huella alguna,
y no tuvieran ulterior destino
ni el bien, ni el mal, ni el sacrificio santo,
ni la torpe ambición; si el mismo sueño

durmiesen en el lecho de la nada,
indiferente, inalterable y ciega,
el déspota y el siervo, el noble mártir
y el verdugo feroz, el alma pura
y el corazón dañado, no serías
¡ oh sumo Dios en quien adoro y creo !
ordenación, y providencia, y eje
del Universo, que en tu amor descansa.

Pero es, Señor, tan grande la tragedia
de los hijos del hombre, tan profundo
é incurable su mal, y la aparente
complicidad de los callados cielos
con tal pujanza á la razón se impone,
que á veces ¡ ay ! hasta la fe más viva
vacila temerosa y desespera,
semejante á la roca que, azotada
por el vaivén continuo de los mares,
retiemb'a en sus cimientos de granito.
Cuando desde las cumbres de la Historia
el abatido espíritu, rompiendo
la densa lóbreguez de lo pasado,
contempla absorto la intrincada ruta
que, manchada de lágrimas y sangre,
la humanidad ha recorrido, siente
como un vago terror, y en el silencio
de la noche, en las páginas del libro
sobre el cual, melancólico, medita,
piensa escuchar, como el fragor confuso
de un mar, oculto á la mirada, el ronco
grito de espanto, el lúgubre lamento
de cien generaciones ya sepultas.
Desde que el hombre amaneció en la tierra,

hacia la huesa inescrutable y fría
revueltos van esclavos y señores
torciéndose de angustia, atormentados
de misterioso afán y siendo todos,
en la incesante y bárbara pelea,
á la vez vencedores y vencidos.
Allá van los asiáticos imperios
con su abominación ; con sus crueles
iniquidades, sus atroces fiestas
y sus infamias la cesárea Roma.
Allá van razas, tribus y naciones
al fraude y á la fuerza sometidas,
y en lo más hondo de su negro seno,
sin pan el pobre, sin clemencia el rico,
sin el alivio de su pena el triste,
y todos sin amor. Así ¡ oh desdicha !
fueron y van, tras la impalpable sombra
de su ilusión, los míseros mortales,
arrastrando en su curso tumultuoso
hacia el voraz sepulcro, sus ensueños
de gloria, sus quiméricas grandezas,
las breves y ostentosas creaciones
de su incierta razón, hasta los vanos
dioses, que en la catástrofe del mundo,
incrusta el miedo en la flaqueza humana ;
tal como lleva desbordado el río,
entre sus turbias aguas, los despojos
de las comarcas fértiles que asuela.
Así fueron é irán, hasta que el tiempo
toque en su plenitud y el Sol se apague,
todos los seres de mujer nacidos,
siempre elevando el pensamiento, y siempre
cayendo en un dolor sin esperanza.
¡ Revuélcate en tu inmundo estercolero,

Job sin paciencia ni virtud, y llora !
¡Llora, pues nunca te dará la tierra
la soñada ventura que persigues !
¡ Viniste sólo á combatir, combate
y sangra sin cesar, hasta que llegue
la muerte redentora y te desnude
de la gran podredumbre de la vida !

Mas ¿ y después ? ¡ Después !.. La luz excelsa
para el ciego, la paz consoladora
para el vencido, el lauro para el mártir
y el eterno dolor para el verdugo.
¡ No, Dios, mil veces no ! ¡ Tú no has creado
el espacio infinito en donde giran
con firme ritmo innúmeras estrellas,
para entregar á las monstruosas fauces
de su insaciable azar, tanta hermosura !
Ni has ornado de vivos resp'andores
el pabellón cerúleo que cobija
la humilde tierra, ni con franca mano
das á los prados floreciente alfombra,
verdor á las frondosas arboledas,
ondas de plata diáfana á los ríos,
nieve á las cumbres y olas á los mares,
para que tan magnífico escenario
sea tan sólo el campo de batalla
donde en inútil lucha se devoren,
sin paz ni tregua, los humanos seres
engañados por ti. ¡ Caiga mi lengua,
como fruto podrido de la rama,
antes que lance contra ti, Dios mío,
tan vil calumnia y tan horrendo ultraje !

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

América y Colón

FRAGMENTOS

¡Helo ya sobre el mar!... Tres carabelas
Componen su flotilla y dan la popá
A las últimas playas de la Europa,
Mientras surca la prora ignoto mar;
Y bien pronto la brisa que las velas
Hincha y conduce por incierta ruta,
Con los adioses de la tierra inmuta
El alma del marino al murmurar.

¡Helo ya sobre el mar!... Fija la mano
En el timón que con valor gobierna,
Confiada el alma en la bondad eterna
Del que todo lo puede y lo creó:
Tiende Colón su vista al Oceano
Y busca en los etéreos horizontes
Las montañas, las cúspides, los montes
Del vasto mundo que en ensueños vió.

Y transcurren las horas, y los días,
Las semanas, los meses, y con ellos
De esperanza los últimos destellos
Del alma de la vil tripulación;
Y rodeado de negras felonías
Que en el seno fermentan de su tropa,
Volver la quilla en dirección á Europa
Más de mil veces impidió Colón!

Y firme en el combés, desafiando
De las olas el hórrido balumbo,

Fija la vista en el incierto rumbo
Que á las regiones ignoradas va;
Y mil veces la vida despreciando
Al amago de muerte de su gente,
En medio de aquel pánico creciente
Sólo su alma inalterable está!..

Es que alienta su espíritu en la empresa
El santo amor del bienestar humano,
Que á través de las sombras del arcano
En lontananza realizado ve!..
Es que iluminan su genial cabeza
Del porvenir proféticas visiones:
La unidad de los mundos y naciones
Que aspira su alma con cristiana fe!

Y columbra en las vírgenes comarcas,
Donde reina el amor sin el encono,
Un trono levantarse, un solo trono,
Cubriendo su docel la humanidad!..
Y en vez de los caudillos y monarcas
Y del falso esplendor de la diadema,
Dominar esta enseña y este lema:
« *Libertad, Igualdad, Fraternidad!* »

.
La luz de la alborada, la luz apetecida
Con ansia indefinible, con vértigo mortal,
Las brumas de la noche quebrando á su venida,
De záfiro, y perlas, y nácares vestida,
Tendió por el espacio su túnica estival.

Los ámbitos brillaron con fosforencias de oro,
El piélago tiñeron cambiantes de arrebol,

Y cual lejanos ecos de misterioso coro,
El himno de las aves del trópico, sonoro,
Vibró en el occidente, — y en el oriente el Sol!..

¡ Dignísimos preludios del mágico concierto
Que arrebatara debía el alma de Colón!
Dignísima lumbrera del hemisferio incierto,
A cuya luz había, como un Edén, abierto
Su vasto panorama la incógnita región!

Colón la contemplaba de pie, sobre la popa,
Cruzados ambos brazos, radiante de altivez;
Y en torno, de rodillas, la miserable tropa
Que ayer volver quisiera las quillas hacia Europa,
Hoy, muda de entusiasmo, prostérnase á sus pies!

La vista del marino con embriaguez se fija
En la región que inunda de súbito la luz,
Y no hay portento, nada que su ambición exija,
Que no halle en ese suelo, que espléndida cobija
La bóveda cerúlea del célico capuz!

Embalsamadas auras, arroyos cristalinos,
Magníficos estuarios, vegetación feraz,
Ejércitos alados de melodiosos trinos,
Riquezas minerales, veneros diamantinos
Y cúspides y valles de deliciosa paz,

Rugientes cataratas, enmarañados montes,
Volcanes que vomitan el oro en profusión,
Hermosas perspectivas, sombríos horizontes,
Cuadrúpedos diversos, gigantes mastodontes...
Sublimidad doquiera, doquiera animación!

Y sobre las colinas, ó en la risueña falda
Cubierta de palmeras que grata sombra dan,
Teniendo por techumbre sus copas de esmeralda,
Arroyos por alfombra, montañas por espalda,
De indígenas mil tribus que viven sin afán...

¡ Soberbio panorama ! magnífico hemisferio
Que enamorada besa del trópico la luz,
Y ejerce sobre el alma, bañada de misterio,
La mágica influencia y el poderoso imperio
De un sueño iluminado por bíblico trasluz.

Colón lo contemplaba: su corazón se henchía
Con toda la grandeza de aquella creación !..
Su pensamiento osado los siglos trasponía,
Y en lúcidas visiones el porvenir veía
Que al hombre deparaba la fúlgida región :

La luz del Evangelio, las ciencias y las artes,
La industria y el comercio, so el reino de la ley,
Alzar con ufanía sus libres estandartes,
Y el sello del progreso llevar á todas partes
La humanidad, reunida en una sola grey.

Y envuelta en los efluvios del áureo firmamento,
Teniendo por alfombra la rica inmensidad,
El Plata y Amazonas por brazos, por asiento
La cumbre de los Andes, y el férvido concento
Del Niágara por himno— surgir la Libertad !

.

HERACLIO C. FAJARDO.

Educar es redimir

Donde más imponente el Oceano
Se agita entre las sirtes espumoso,
Microscópico insecto, silencioso,
Entreteje sus hilos de coral.
En vano la ola ruge; la corriente
Quiere en vano tomar otro sendero;
Desde el abismo el invisible obrero
Sigue alzando su red de pedernal.

Sobre el hirviente mar ya se divisan
Los primeros confusos lineamientos,
Donde arrojan las olas y los vientos
Tierra y semillas que fecunda el Sol.
Una isla, tal vez un continente,
Que la furia del piélago quebranta,
Cual poderoso dique se levanta,
—De la futura humanidad crisol—

No de otra manera los humildes,
Los oscuros obreros de la ciencia,
Sacrifican su mísera existencia
En aras de la pública salud.
Ignorados, sublimes arquitectos,
De una obra salvadora, grande, inmensa,
Les da la sociedad por recompensa
La miseria, el desdén, la ingratitud!

La fortuna, la gloria, los honores
Rara vez los buscaron generosos;
Pero, ¿qué importa, si al morir dichosos

Realizado contemplan su ideal?
Los que en el tierno corazón del niño
De la virtud arrojan la simiente,
Los que la luz esparcen en su mente,
Llenan una misión providencial.

¿Qué es el hombre?... una fuerza—ángel ó bestia —
Un ser que, abandonado á su egoísmo,
Sigue á la noble libertad, lo mismo
Que se entrega á la infame esclavitud.
La educación, la educación tan sólo
Contra el mal, la abyección, el despotismo,
Un puente salvador sobre el abismo
Levanta con su mágica virtud!

El origen de todos nuestros males
Escondé su raíz en la ignorancia;
Iluminar el alma de la infancia
Es el reino de Cristo preparar.
En los humildes bancos de la escuela
De la regeneración está el secreto:
«Dadme la educación y yo os prometo
La faz del mundo en breve transformar».

¡Juventud de mi patria! nunca vuelvas
A buscar en los campos de matanza,
Con el hierro sangriento de la lanza,
Al rayo fratricida del cañón,
La grave solución de tus problemas...
—No se desata el nudo con un tajo:—
Lo desata el estudio y el trabajo,
La fe en la libertad y en la razón.

Imita á los pacientes constructores
Que á las ondas enfrenan con su malla;
Ni fíes al azar de una batalla
Tu lábaro:—*educar es redimir.*
Fija la mente en Dios, tendido el brazo
A la lucha, á la acción, audaz camina;
Abre el surco, fecúndalo, ilumina,
Y te dará su cetro el porvenir!

Con palabras de aliento y esperanza,
Con la inmensa bondad del Nazareno,
Bálsamo brinda al que te dió veneno,
Y extiende con sublime caridad
Tu mano á cuantos sufren: regenera
Al ignorante, al débil, al caído,
Y funda en el amor el bendecido
Imperio de la ley y de la paz!

No te pido por eso que cobarde,
Lo sacrifiques todo á la existencia:
Si pelagra otra vez la independencia,
Ó extiende vil tirano su capuz
Sobre las patrias libertades, firme,
Baja arrogante á la palestra fiera;
Combate y muere al pie de tu bandera!
Sube al Calvario con tu santa cruz!

Divorciada del bien, ¿qué es esta vida?..
El tedio abrumba el corazón del hombre,
Aunque riqueza, poderío, renombre,
Para probar su temple le dé Dios.
Criatura de estirpe sobrehumana,

La sed del infinito lo atormenta,
Y sonríe al caer en la tormenta,
Si deja un rastro luminoso en pos!

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

El desterrado

¡ Sol de los libres ! Si al nacer el día
No miro de tu aurora los reflejos,
En el altar de la memoria mía
Homenaje te presto, desde lejos.

Rendido y triste, mi dolor á solas
En las riberas de la mar devoro,
El diálogo del viento y de las olas
¡ Cuánto me habla de ti, cuánto le adoro !

En tanto exhalo notas dolorosas
Mirando esas corrientes cristalinas,
Cruzan el ancho espacio, presurosas,
Más felices que yo, las golondrinas.

¡ Ah ! quién pudiera remontar el vuelo,
Como vosotras, al hogar querido,
Frenético besar el patrio suelo,
Y al destierro volver enardecido !

Con cuánto afán su cielo miraría,
Y en el pálido rostro del proscrito,

Como entonces, dichoso brillaría,
Un rayo de su luz, rayo bendito.

¡ Gárrulas aves que voláis cantando,
Céfiros que sonáis en mis oídos,
Brisas que susurráis acariciando
Mi frente triste y fatigada... idos !

Volad ; volad como en mejores días
Vuestros cantos de amor á gorjear,
Allí donde las verdes celosías
Tapizan las ventanas de mi hogar !

Allí, donde al nacer de la mañana,
Brindando á los sentidos maravillas,
Alegran con su gala mi ventana,
Jazmines y moradas campanillas.

Libad el dulce néctar perfumado,
Que guardan sus pistilos y corolas,
Mientras llorando escucha el desterrado
El murmullo del viento y de las olas.

Acariciad ¡ oh brisas ! los cabellos,
Con que jugué de niño en mis ensueños,
Decid á la que adoro, que con ellos
Forja la mente ratos halagüenos.

.
Mas... ¿ qué dijo mi labio ?.. ¡ la derrota
Me impone el deshonor del ostracismo,
Y por los vientos en girones flota
La bandera del bien, mi fanatismo !

¡ El dolor del destierro, ni el desmayo,
No quiebran de mi espíritu la fibra,
Y del Sol extranjero, al primer rayo,
El arpa de oro entre mis manos vibra !

Desnudo el pecho, el gladiador valiente
Desciende al llano á combatir sin guía,
¿ Qué importa la derrota si se siente
Capaz de domeñar la tiranía ?

Así de la falange comunera
La libertad nació con Villalar,
Y envuelto en el girón de su bandera,
Así cayó Gravina en Trafalgar.

A la patria volver, cuando inflamada
La libertad, al despotismo irrita,
Y esgrime la cuchilla desatada
La raza de Satán, raza maldita !

¡ Jamás ! ¡ Jamás !—El pensamiento rudo
No reconoce valla, ni barrera ;
Mientras su aliento permanezca mudo
Asilo me dará tierra extranjera.

¡ Mañana, cuando el Sol de la esperanza
Empiece el patrio suelo á iluminar,
Y ejerza su justísima venganza
El fallo de la causa popular ;

Mañana volveré con mis penates,
Mañana volveré con mi bandera,
Mi cántico de gloria, entre los vates,
Otra vez á entonar con voz severa.

Gárrulas aves que voláis cantando,
Céfiros que sonáis en mis oídos,
Brisas que murmuráis acariciando,
Mi frente triste y fatigada... idos !

¡ Sol de los libres ! Si al nacer el día
No miro de tu aurora los reflejos,
En el altar de la memoria mía,
Más que nunca, te adoro, desde lejos.

JOAQUÍN M. SALTERAIN.

Las Madres

I

Mató un hijo á su madre, cuando el día
Tras los crestados montes se escondía ;
En ese instante lleno de rumores,
En que se enlutan los azules velos,
Y del Sol moribundo á los fulgores,
¡ Amad ! — dicen los astros á las flores
Y — ¡ amad ! — gritan las flores á los cielos.

II

El alma de la madre sin ventura
Llegó á las puertas de la eterna vida,
Y en los verdes pensiles de la altura
Fué con cantos de gozo recibida ;
Pero en vano quisieron los querubes,
Que juegan sobre el polvo de las nubes,

Consolar apiadados su tormento,
Que en un mutismo lúgubre se encierra,
Y que huye de la luz del firmamento
Para beber las auras de la tierra.

III

Aquel ser invisible que ha extendido
El manto azul de la región lejana
Y compuesto la música del nido,
Y dorado el matiz de la mañana;
El que los antros de la mar bravía
Con madreporas vírgenes alfombra,
Y teje el velo de la noche fría
Con luz de estrellas y con red de sombra;
¿Qué busca en el espacio tu mirada? —
Preguntó con arrullo de sirena
Al alma de la madre desolada;
Y respondió la madre sin consuelo:
— ¡Busca y bendice al hijo de mi pena!
¡Como tu ley á odiarle me condena,
No sé qué hacer en el azul del cielo!

IV

El que ha vertido en la extensión remota
La claridad errante del planeta,
La nube blanca que á los aires flota,
Y el iris santo que á las nubes reta,
Dice, á la madre, con su voz templada
En el luth de cristal de lo infinito: —
¡Doblado bajo el bárbaro delito,
Ya el matador se acerca á mi morada!

V

Volviéndose á Satán, que demudado
En la penumbra de lo eterno espera
La aparición del alma del culpado,
Como aguarda á sus víctimas la fiera,
La madre dice con horrible calma,
Llenando de estupor al firmamento :
—¿Quieres en cambio de la suya mi alma?—
Tembló Satán, y respondió :—¡ Consiento !

VI

El cobarde asesino,
Lleno de contrición y ebrio de gozo,
Cruza las puertas del pensil divino ;
Y al verle entrar la madre emocionada,
Rompiendo en un dulcísimo sollozo,
¡ Le hunde en el cielo más con la mirada !

VIII

El ángel renegado,
Que ya corre á los mundos de la sombra
Con aquella alma sin igual cargado,
Oye su lloro de pasión sublime,
Deja su carga en la celeste alfombra,
Y le grita con voz que ruge y gime :
— ¡ Vencida está otra vez mi rebeldía
Por lo infinito del amor materno !
Me espanta de tu llanto la alegría,
Y al entrar tú, ¡ conozco que entraría
La bendición de Dios en el Infierno !..

CARLOS ROXLO.

Formación de la mujer

En aquellos jardines de ventura
Do jamás tuvo fin la primavera,
Quiso Dios dar al hombre compañera,
Llenándola de gracias y hermosura.

Al ángel lo formó de luz y gloria,
Y á la mujer formó de aroma y flores,
Y si al ángel sobraron resplandores,
Vino á quedar dudosa la victoria,

Por sobrar en la virgen escogida
Dulce copia de amor; Dios poderoso
Formando de jazmín su pecho hermoso
Con un soplo de amor le dió la vida.

Por ser de flor, temiendo el torbellino
Que pudiera oprimir su pompa y gala,
Aunque á los mismos ángeles se iguala,
Débil la contempló su autor divino.

Demos, dijo, á sus nítidos luceros
La irresistible fuerza del encanto:
Mirad, ojos hermosos y hechiceros,
Mirad y venceréis, brillad sin llanto:
Si queréis ablandar los mismos bronces,
Y no basta mirar, llorad entonces!

P. JUAN AROLAS.

La maldición del trovador

En la elevada cumbre del monte encaramado
elévase gigante castillo secular,
de espléndidos jardines y fuentes rodeado,
donde á subir no alcanza el proceloso mar.

Los súbditos refieren, á miles, las hazañas
del habitante regio de tan feliz mansión ;
pero á la roca dura semejan sus entrañas
y al mar tempestüoso su negro corazón.

El ímpetu domando de su corcel brioso,
hacia el castillo sube anciano trovador,
y en la pendiente senda siguiéndole animoso,
camina, fatigado, el hijo de su amor.

« Arranca de tu lira mil suaves armonías »,
volviéndose le dice con cariñoso afán :
« ya del placer las notas, ya tristes melodías,
y al duro pecho regio tal vez ablandarán. »

Del mágico palacio en el salón radiante
los reyes se preparan la música á escuchar ;
él, de su corte en medio, terrible y arrogante ;
ella, intentando en vano su furia mitigar.

La lira del anciano, cual rápido torrente,
rugía desbordante de fuego y de pasión ;
la lira del mancebo, como la oculta fuente,
de amores murmuraba la celestial canción.

Las damas inclinaron su frente ruborosa,
el pecho de los nobles con fuego se encendió;
la reina, arrebatando la nacarada rosa
del palpitante seno, al medio la arrojó.

Lanzando de la ira terrible el alarido,
celoso el rey, su espada acaba de arrojar,
que va con su vibrante, metálico silbido,
el pecho del mancebo cruel á traspasar.

La corte lanza un grito de horror estremecida
que ahoga el ¡ay! postrero del joven trovador,
y exclama el triste padre, la blanca testa erguida,
terrible, amenazante cual genio destructor:

«La sangre que hoy derramas, tus mágicos salones,
tus fuentes, tus jardines, tu trono anegará.
Tu nombre, maldecido por mil generaciones,
al cabo en el olvido reposo buscará.»

Los cielos escucharon su voz acongojada,
hoy reina en los contornos la yerma destrucción,
y al pie de una columna la lira ensangrentada
recuerda de aquel padre la horrible maldición.

UHLAND.

(Traducción de G. Maura).

Las mujeres

El nombre no recuerdo á punto fijo
De un apóstol que dijo :
De Dios el hombre es gloria,
Del hombre la mujer es otro tanto :
Yo repasando mi amorosa historia,
No puedo estar conforme con el santo.
Porque me acuerdo, con pesar eterno
De mujeres ya dulces, ó ya esquivas,
Que en vez de ser mi gloria ¡ voto á cribas !
Sólo han sido mi infierno.
Una, con calculado desdén frío
Dejó en mi corazón yerto un vacío ;
Otra, ceder fingiendo á mi deseo,
Me enseñó del amor el lado feo ;
Otra en el alma mía
Haciendo presa en su imprudencia loca,
Envenenó el aliento de su boca
Las ilusiones ¡ ay ! que yo tenía...
Y otra... y otras después á cual más bellas
Fueron á cual peores todas ellas.
Y con tantos vaivenes,
Hermosos males y mezquinos bienes,
Celos, incertidumbres,
Y mudanza continua de costumbres,
Saqué sólo en la liza
El triste corazón hecho ceniza,
Desencantado y pobre el pensamiento ;
Y (lo que yo más siento)
Mi juventud de puro mal parada,
Parece una vejez bien conservada.

¿De qué sirve la ciencia,
Muerta la luz de mi esperanza hermosa !
¡ Nada tengo !... sí, tengo la experiencia,
Que según dicen es una gran cosa.
Por ella vemos que el amor nos daña,
Que el que se dice amigo nos engaña,
Y que cuanto en la tierra se sustenta
Se reduce á interés de compra y venta ;
Y acabamos un día,
Cargados de experiencia,
Por bendecir la dulce pulmonía
Que nos lleva de Dios á la presencia.
Todos estos placeres
A vosotros debemos ¡ oh mujeres !
Yo, por más que os esté reconocido
A la experiencia que me habéis legado,
Lloro por el perdido
Hermoso tiempo que viví engañado,
Que es el único tiempo que he vivido !
Estas razones tengo
Para... amaros ; por eso no convengo
Con...—no recuerdo el nombre á punto fijo,
Del apóstol que dijo :
De Dios el hombre es gloria,
Del hombre la mujer es otro tanto :
Yo, repasando mi amorosa historia,
No puedo estar conforme con el santo.

NARCISO SERRA.

Marcela ó cual de los tres

MONÓLOGO DE JULIANA (1)

—Sola estoy, y esta pereza...
 Vamos, el viento del Sur
 me desalienta. Tenía
 que arreglar el *canesú*
 de la señorita; pero
 para trabajar en tul
 no estoy ahora. ¿Y qué haré?
 ¿Murmurar? El avestruz
 de Juanillo no está en casa:
 Bonifacio es un gandul;
 la cocinera... ¡Ah! Gertrudis,
 que ayer vino de Galluz,
 y ahí en la casa de al lado
 sirve á don Pedro Eguiluz...
 Sí, sí. ¡Qué buena muchacha!
 Y yo no la he dicho aún...

(Asomada á una ventana)

¡Paisana! ¡Gertrudis! ¡Hola!
 Ya viene. Tal cual ¿y tú?

(Se supone que la hablan desde otra ventana)

Me alegro.—¿Sí? Ganas poco.
 Yo cuatro duros y algún
 regalillo, porque mi ama,
 Dios la dé mucha salud,
 es generosa y me quiere;
 así tengo yo un baúl

(1) Juliana es la criada de Marcela—como puede deducirse del contexto.

que da gozo. Te aseguro
que mi eterna gratitud...
Su tío, don Timoteo
es un pedazo de atún,
cominero, impertinente...
¡Qué lástima de ataúd!
Tan plomo para explicarse,
que cuando dice *según*,
si detrás no va el *conforme*
no está contento ¡Jesús!
Y luego me da una guerra
con su palomar, con su...
Vamos, bien dijo quien dijo
que el servir es mucha cruz.
Mi ama, como viuda y rica,
goza de su juventud;
¡Oh! pero con juicio, aunque esto
no es hoy día muy común.
No la faltan aspirantes;
pero ella, sea virtud,
sea orgullo, ó lo que fuere,
no se ha decidido aún
por ninguno. Hay un poeta
que la mira de trasluz,
suspira, gime, se arroba,
y no pronuncia una *q*.
Reverso de su medalla
es un compadre andaluz,
capitán de artillería,
que lo mismo es entrar, ¡pum!
estalló la bomba, Aquella
no es boca, no, que es obús.
El tercero... ¡y cuál me aburre

su terca solicitud !
es un fatuo, un botarate,
post-data de hombre, el *non plus*
del lechuguinismo ; enclenque,
Periquito entre ellas... ¡ Puf !
¡ Qué peste ! siempre moneando,
siempre cantando el *Miu piú*,
siempre hablando de piruetas,
y del solo, y de la pul...
Hombre que iría al Japón
por bailar un padedú ;
y siempre con golosinas...
¡ Así está él que no echa luz !
Y dale con si el peinado
ha de llevar marabús,
y si es color más de moda
el de hortensia que el azul,
si el corsé... Mas viene gente,
Ya nos veremos. Abur.

MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

« Marcela ó cual de los tres »—Acto I, escena III.

Monólogo de un presidiario

(FRAGMENTOS)

A solas con mi infamia y mis pesares,
Y seca el alma como tronco yerto,
Los ojos cierro ; y con la mente absorta
Contemplo los azares

De mi pasado y porvenir incierto,
Como fantasmas que la fiebre aborta.
¡Allá lejos, muy lejos, los altares
Que adoré en mi niñez!.. ¡Aquel fué el puerto!
Luego... ¡borrascas y encrespados mares!

¡ Madre, madre del alma!
¡ Quién me arrancó de tu caliente nido,
Y de mis sueños la inocente calma,
Que suaves arrullaban tus canciones,
Rompiendo empedernido,
Me derribó, desde el sereno cielo,
Al infierno do rugen las pasiones,
A ese mundo, pantano corrompido
Do lloro sin consuelo,
Muriendo entre deshechas ilusiones,
Como el pájaro herido
Se revuelca en su sangre por el suelo?

—¿ De qué te sirven las potentes alas,
Si de tu hogar en el rincón oscuro
Vives cual hiedra que, adherida al muro,
Se agosta do nació?... ¿ Por qué no igualas
En fausto y en poder á esos magnates
Que en oro envueltos y crujiente seda
Huellan tu dignidad?... ¿ Por qué no abates
Su bárbaro egoísmo que te veda
La senda del placer?...—Dijo aquel hombre
Que arrastró al populacho á cien combates
Y nunca, nunca peleó en ninguno;
Aquel que llena el mundo con su nombre,
El amigo del pueblo, el gran tribuno...
Dijo, y mi hogar me pareció sombrío,
Y hasta el regazo de mi madre frío.

¡ Parece que fué ayer ! Era una noche
De sangre y destrucción. La armada plebe
Bramaba como el mar, cuando remueve
Su seno el huracán. Súbito un coche,
Encallado en la espesa muchedumbre
En vano por hallar paso forceja;
Más de un farol la mortecina lumbre
En los áureos galones se refleja
De un viejo coronel de rostro fiero
Que desde el interior grita—¡ Adelante !—
Al tímido cochero.
—¡ Detenedle !—exclamé, y, amenazante,
Junto al coche la turba se aglomera.
El viejo se apeó; de su semblante
Ni un músculo se altera...
—¿ A dónde—le preguntan—te encaminas ?
—A morir abrazado á mi bandera
En mi cuartel, do manos asesinas
Vierten sangre inocente.
—¡ Atrás el paso vuelve !—¡ Nunca !—¡ Muera !
—Primero que cejar, me haréis pedazos.—
Y altivo, indiferente,
Con sereno ademán cruza los brazos,
Frente á frente mirándonos... ¡ Ninguno
Sostiene su mirada !
Mas resuena vibrante en mi memoria
La libre voz del popular tribuno,
Que á los que ciñen militar espada
Oprobio los llamaba de la historia,
Lebreles atrahillados que el tirano
Azuzaba contra el pueblo... Alcé la mano
De un revólver armada,
Y luego... ¡ No lo sé !.. Resonó un tiro ;

De la calle en el sucio pavimento,
Sin arrojar un ¡ay!, sin un suspiro
El coronel se desplomó sangriento...
Ante el cadáver, como piedra fría,
Quedé helado, sin voz ni movimiento
Mirando con estúpida fijeza,
De los faroles á la luz sombría,
Aquel rostro de indómita fiereza,
Que aún desprecia, amenaza y desafia...
Y sepultado en paroxismo inerte
Percibo la confusa gritería
De la lucha, el silbido de la muerte
Que en rojas balas escondida pasa,
Las escenas de atroz carnicería,
Como sueño de ardiente calentura;
Y al fin me hallé como insensible masa
Entre las rejas de prisión oscura.

Y en tanto que los jueces el grillete
Me forjaban de bárbaro asesino,
Llegué á saber que el orador divino,
De quien fué mi candor necio juguete,
No sé si en la tribuna del Congreso,
Ó quizá entre los brindis de un banquete,
Lloró del pueblo el sanguinario exceso
Fecundo en odios, de Caín herencia,
Y que entre aplausos mil, gente de peso
Aguila le aclamó de la elocuencia.
¿Aguila tú?... ¡Famoso disparate
Que hasta mi llanto con la risa borra!
Tú, que el botín recoges del combate,
Sin que tu sangre en el combate corra,
—¡Óyelo bien, hinchado botarate!—

Eres buitre con plumas de cotorra.

.
A un monstruo que abortó Naturaleza
Me engancha en el presidio férreo lazo,
Su crimen es horrendo. De un hachazo
Partió á su anciana madre la cabeza.
Reuelta greña de su estrecha frente
Anubla el hosco ceño ;
Despierto no habla nunca ; mas el sueño
Interrumpe con frase balbuciente,
Siempre la misma : — ¡ Cuántas y cuán ardiente
La sangre de una vieja,
Su rastro brasas en la mano deja ! —
Y luego, delirante,
Se crispa, y lanza aterrador mugido
Como de toro herido,
Y en sangre se arrebatata su semblante,
Como si el pecho con pesada planta
Le oprimiera visión amenazante
Ó apretara una mano su garganta ;
Y súbito despierta, y silencioso
Me mira de través y receloso.

Era una tarde: en la abrasada arena
Dormitaba rendido,
Cuando mi sueño interrumpió un gemido
Y el agrio rechinar de la cadena.
Ensangrentado, la color difunta
Miro á mis pies tendido
Luchando con la muerte al parricida,
Herido el pecho con la aguda punta
De un compás roto, que en la misma herida
Atraviesa un papel en que está escrito :

— Descansar necesito
Y la carga sacudo de la vida.—
Lancé de horror un grito,
Y el moribundo en la mortal congoja
Fijó en mí cadavérica mirada,
Tocó mi mano con la suya roja
En tibia sangre, y la dejó manchada;
Y exclamó con ronquido fatigoso
Lanzando la postrera boqueada:
— Imítame; la muerte es el reposo

Y aquella noche, — mi funesta suerte,
Como al grano de arena el torbellino,
Me empujaba á los brazos de la muerte.
Abrí una carta que á mi nombre vino
Y escrito allí miré de espanto yerto:
— « Tu pobre madre ha muerto;
Oyó que te llamaban asesino,
Que arrastrabas infame una cadena;
Y le ha partido el corazón la pena.
¡ Ya descansa por fin la desdichada ! »—
Leer no pude más: hondo quebranto
Dejóme el alma de dolor transida,
Y la mano aún manchada
Llevé á los ojos, y mi acerbo llanto
A la sangre se unió del parricida.

¡ Noche aquella de horror y de amargura !
Como trocado por oculto hechizo
En el mármol de rígida escultura,
Miraba inmóvil en la sombra oscura
Flotar dos nubes de vapor rojizo,
Y envueltas en sus pliegues dos ancianas.

Porque tu voz, que me perdona, escucho...
Y desde entonces, adorarte quiero,
Sin desmayar con mi destino lucho,
Y lloro mucho, mucho,
Y mucho más en tu clemencia espero!

* * * *

El Zapatero y el Rey

MONÓLOGO DE DON PEDRO.

.
Veamos este oráculo espantoso,
Quiero apurarlo, y de la edad futura
Embriagarme en el néctar delicioso
Ó el cáliz agotar de su amargura..
Por su oculto poder arderá sola
Esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola
Y yo en mi sangre sin arder me quemo.
Si atendiera al pavor, la vertería
Por no verla inflamarse. ¡Oh, tiemblo y lucho

(Toca la lámpara).

Con mi superstición!.. Aún está fría...
¡Si será un impostor!.. ¡Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
¡Oh cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
Me acerco impuro sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
Jamás pude leer de mi fortuna

Ni una letra feliz; ni amiga buena
Brilló para don Pedro estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fué siniestra;
Siempre se abrió su libro tenebroso
Por párrafo fatal, dándome muestra
De un porvenir aciago y borrascoso.
Perdona, sí, perdona si te irrito
Otro poder diabólico invocando,
Porque un calmante pronto necesito,
Y por doquier que voy, lo voy buscando:
Si es mi sino fatal iré sereno
A sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario ó bueno,
Para luchar con él con heroísmo.

(Pausa).

Ya hierve este licor emponzoñado,
Ya de la mecha en derredor se apila:
Ya trepa por sus hilos inflamado...
¡Ay! medroso mi espíritu vacila.

(La lámpara se enciende).

Acúdeme, ¡valor!.. Brotó la llama...
Ven mis pupilas á su luz apenas
Los objetos... ¿Qué es esto?.. ¿Quién derrama
El fuego de un volcán dentro mis venas?
Próximas á saltárseme las siento...
Me acosa el corazón abrasadora
De venganza la sed... y el pensamiento
Me desgarrá una idea asoladora.

(Vuelve los ojos á todas partes y ve la sombra de don Enrique).

¡Enrique! siempre Enrique... siempre ese hombre.
Di, ¡qué quieres de mí, bastardo infame?
¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?
¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano

¿ Lo guardas para mí?.. ¡ Cuán torvo brilla !
¡ Guárdale, por piedad, guárdale hermano !
Mas no, mentí, bastardo de Castilla.
No le escondas: levántale ; te aguardo.
Ven, si te atreves á amagar mi seno
Y exprimiré en mis brazos, vil bastardo,
De tu ruin corazón todo el veneno.
¡ Ven, ven ! Yo soy don Pedro de Castilla,
Y aunque infame y traidor venzas al cabo,
No creas, no, que tu valor me humilla.
Yo nací tu señor, y tú mi esclavo.
¿ No lo oyes?.. De rodillas, miserable.
¿ Te niegas?.. Tu sardónica sonrisa
Me mueve á compasión... y me precisa
A volverte esa risa abominable.
Mírame sonreír... mírame y huye
Porque á la luz de mis ardientes ojos
Tu ser se pulveriza y se destruye.
Ni rastro ha de dejar de tus despojos.
¡ Mas ! ahí estás aún !.. ¿ Qué esperas, sombra,
Sonriéndome siempre ? ¿ Qué me quieres ?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra.

(Ríe convulsivamente).

Y me río también de... que me esperes.
Espera, sí, vasallo, espera, espera ;
Mas, no, no... huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera,
Tu mirada voraz me desvanece.
Huye, me das horror... huye al abismo.
No temo tu presencia ; me fascina.
Te estoy viendo reír, y hago lo mismo,
Pero esta risa cruel ¡ ay ! ¡ me asesina !

ZORRILLA.

(« El Zapatero y el Rey ».— Parte II, acto IV, escena IX).

La limosna de la viuda

En el templo y enfrente de la arquilla
Do echaba sus ofrendas el hebreo,
Se encontraba el apóstol galileo
Que falleció en la cruz.
Sentado estaba y sus celestes ojos
A las gentes que entraban dirigía,
Aquellos ojos donde siempre ardía
Suave y serena luz.

Y miraba Jesús cómo el escriba
De largas ropas, ostentoso y vano,
Al echar las monedas, en la mano
Hacías las sonar,
Para que el pueblo viese la limosna
Que dejaba en la arquilla como ejemplo
De caridad, y en lo mejor del templo
Se iba luego á sentar.

Y pasó una mujer junto al apóstol ;
Era una viuda viejecita y pobre,
La cual dos piezas de gastado cobre
En la arquilla dejó.
Nadie la vió depositar la ofrenda
Sino Jesús, que lo observaba todo ;
Y en seguida la viuda en un recodo
Del templo se postró.

Llamando á sus discípulos entonces
El buen apóstol: — « En verdad os digo,
Murmuró, que esta viuda sin abrigo

aromas y matices,
ofrecen sus encantos seductores
á las almas felices.
Todo en la paz se aquieta ;
todo á pensar convida ;
el cielo, el ave, hasta el sutil retoño !
¡ Si aquí estuviera Luis, que es mi poeta,
cantaría esta vida,
pintaría las tardes del Otoño !

(Mirando al cielo).

Bóveda azul, donde la mente sube.
¡ Que limpia está !.. Mas no ; ¡ tiene una nube !
Veo en el horizonte
Una mancha algo oscura...

(Como si la agitara un triste presentimiento).

Pudiera ser que al dominar la altura
Sea la mancha un monte !
Por allí va mi madre :

(Con ternura).

vino enferma, y á bien que maravilla
ver lo que ha mejorado en nuestra villa.
Ya que perdí á mi padre,
Y única soy, Dios quiera
que sea nuestra dicha duradera.
Siempre sigue un sendero,
le ha dado una manía ; el gallinero ;
los pollos la enamoran ;
va á darles de comer y ellos la adoran.
Ella bulle y se afana ;
en todo está ; no cesa.
La señora marquesa
es aquí una aldeana.
La vida de la aldea hace agradable

el cambio de costumbres :
en la corte no faltan pesadumbres ;
Una temporadita es saludable.
Alguna vez me aburro... ¡ ya lo creo !
Pero el Otoño pasa...
tres horas me separan de mi casa.
¡ Ya hace dos meses que á mi Luis no veo...

(Suspirando).

Voy por el campo á dar una carrera;

(Indicación de salir).

pero hay cartas aquí ; no vi el correo...

(Se fija en el velador).

de Lucía Chacón es la primera.

(Coge la carta de encima y la abre).

Está en Biarritz con todo preparado.

¿ A que ya se ha casado ?

¡ No hay ninguna de Luis, y van tres días !

(Mirando las otras cartas).

Andará en correrías.

Estará en Pau, en Dax, quizá en Bayona.

Mañana lo sabré ; ¡ bien se divierte !

¡ Qué pesada es la suerte !

¿ Que me dirá esa mona ?..

(Repasando la carta que tiene en la mano).

.
justo ¡ ya se casó ¡ Dios la bendiga !..

De saber escribir siempre hace alarde.

No es cortita la amiga ;

Ya tengo diversión para esta tarde.

(Se sienta, y lee con acento de ironía).

« Clarita del alma mía :
antes de mi fausto día

bien sabes que te escribí...
¿te olvidas de tu Lucía?
Pues ella jamás de ti.
Julió me llevó al altar;
vino la familia toda
mi ventura á presenciar;
no te puedes figurar
lo que molesta una boda.
Brillante estuvo mi hotel
con tantas luces y galas,
con las flores á granel;
no cabían en diez salas
las joyas y el oropel.
El trussó se presentó
en el salón flor de lis,
y á los demás admiró:
parecía mi trussó
la exposición de París.
Tengo regalos soberbios,
de la amistad fuertes pujas;
unas bohemias agujas,
seis ricos tapices servios,
y un mar de encajes de Brujas.
Objetos muy elegantes,
piedras finas incitantes,
perlas que da gusto verlas:
no me chocan los brillantes;
mi furor es por las perlas.
Un collar de tal jaez
es de las cosas más raras
que trajo un moro de Fez;
las tiene como una nuez
y mide más de tres varas.

Mas la perla principal
que nuevas dichas me augura,
es mi Julio Casaval,
en sus prendas tan cabal
como noble en su figura.
Es el hijo de un banquero,
y es el único heredero
de una casa acaudalada.
Yo no soy interesada,
mas nunca sobra el dinero.
Papá me cede un condado,
yo hago conde á mi adorado,
y él me aporta seis millones ;
con esto y las ilusiones,
porvenir asegurado.
Dejamos este país,
su mar y cielo de plomo :
libre ya con mi Amadís,
vamos mañana á París,
y luego al *Lago di Como*.
Italia, siempre soñé
Con Niza, Roma y Venecia ;
mi luna allí pasaré,
y al paso recordaré
á *Poliutto* y á *Lucrecia*.
Desde Madrid no he gustado
esa música excelente,
¡ tú en el Real habrás gozado !
¿ Cantas ? ¿ A que has olvidado
ya la *Stella confidente* ?
Oyendo tu voz preciosa,
me hiciste una vez llorar ;
pero ¡ eras tan perezosa !

¿Quieres hacer una cosa?
Vente conmigo á cantar.
Su puesto, yo conceptúo,
te cederá mi marido :
si quieres, se lo insinúo,
¿Y Luis? ¿Está derretido?
¿Cuándo cantáis vuestro dúo?
Al cabo te rendirás ;
cásate, Clara, y verás
qué bien la vida se pasa ;
se sale sola de casa,
se figura mucho más.
De casada, ya lo sabes,
son los cuidados muy graves ;
te llaman doña Precisa,
y luego el ama de llaves
te da las cuentas... ¡Qué risa!
¿Comprendes la situación?
Que Julio administre espero ;
ya ves ; me he casado con
la precisa condición
de que ha de ser cominero.
Una señora casada
debe de estar descansada,
con tiempo de pasearse,
de vestirse y desnudarse,
de brillar y no hacer nada.
Con qué, ámate, que ya
tiempo es de andar en franquía ;
ya ves lo bien que me va.
Memorias á tu mamá,
y siempre tuya,

Lucía. »

Perfectamente : muy señora mía.

(Se levanta y pone la carta abierta y sostenida en el jarrón).

Reciba mi cordial enhorabuena :

Ya tiene todo su anhelar cumplido.

La dicha la enajena.

Se llenará la boca

con decir : « mi marido ».

Yo lo haría también, nada me choca.

A tu carta, en que estás vanidosilla,

(Hablando con la carta, como si lo hiciera con la persona).

respuesta te daré clara y sencilla :

Luis volverá en Noviembre,

y os haremos *pendant* para Diciembre,

pues ya de acuerdo están para esos planes

la marquesa de Otín y los Florones.

La posición y el rango aquí son dobles,

(Con intención)

pues los dos somos nobles.

Luis tiene gran talento

y yo con imitarle me contento :

la principal belleza

no está en la faz, se esconde en la cabeza.

Luisito es literato y calatravo ;

no viene su fortuna del ochavo.

En París ya trabajan por su cuenta.

Llevo de dote ochenta

mil y pico de duros, que es bastante.

¡ Yo estoy ciega por él, y él delirante !

¿ Es que lucirte quieres ?

(Picada).

¿ Darte tono conmigo ? ¿ Sí ? ¿ Por dónde ?

¿ Crees que ya no se casan más mujeres

que Lucía Chacón ? ¡ qué tonta eres !

¡ Yo también soy condesa y tengo conde !
¡ Quiera Dios que no gustes el acíbar !
¿ Tienes luna de miel ? ¡ Pues yo de almíbar !
Iré con Luis á Prusia,
á Turquía y Sajonia ;
digo, á Turquía no, pero iré á Rusia,
ya que vas tú á Bolonia.
En busca de impresiones,
recorreremos todas las naciones.
¿ No quieres viajar ?
Veremos quien mejor sabe gustar.
De regalos, Lucía, no te espantes,
pero he de obscurecer tus bagatelas.
Yo prefiero á las perlas los brillantes,
ya que tú con perlitas te consuelas.
A mi casa vendrá medio Bruselas.
Ya verás cuánto hechizo.
¡ He de forrar mi hotel de oro macizo !
¡ Ya verá el mundo entero
á Clarita hecha un Sol, todo un joyero !
Tendré gran recepción, no seré parca
en convidar amigos.
Me casará el Patriarca ;
serán grandes de España mis testigos,
y para nada obviar en vanidades,
mis padrinos serán sus Majestades !

(Hare una cortesía palaciega).

En fin, querida mía: sin jactancia,
entre mi dicha conyugal futura
y la tuya, ha de haber mucha distancia.
Te declaro la guerra :
tal será mi ventura, (orgullosa)
que no podrá caber más en la tierra.

Y adiós, doña Precisa :

(Dobla la carta y la arroja sobre el velador. Suelta una carcajada, y al volverse, se fija en el cielo).

teme mis humos de rival... ¡ Qué risa !

Mas se oscurece el cielo

y la nube se agranda.

Cubre el espacio todo, y... ¡ cómo anda
ese negro crespón que oculta el cielo !

¡ Cómo tiemblan las tiernas florecillas !

Ahora rompe bravío

el huracán... ¡ Qué frío !..

(Se estremece. Un fuerte golpe de aire arroja por lo alto de la ventana un turbión de hojas secas. Clara se retira mal impresionada, derribando el velador).

¿ Qué es esto ? ¡ Ah ! ¡ Sí ! las hojas amarillas
que el viento me regala...

¡ Las pobres vienen á alfombrar mi sala !

Buen susto me he llevado :

el velador al suelo he derribado.

Y las cartas caídas, cual las hojas...

(Se fija en una carta de luto).

Una hay de luto aquí. ¡ Cuántas congojas !

¿ De quién será esta carta ? ¡ Viene impresa !

(Pensativa).

El sobre es á mi madre. ¡ Buena es esa !

(Tristemente).

Junto á un parte de boda, ¡ qué concierto !
una esquila de muerto.

¿ La abro ? Sí, sí, mejor es que yo la abra,
sin decir á mi madre una palabra.

(Abre y lee. Pausa).

Los Duques... ¡ Oh ! ¡ Qué es esto ! ¡ Qué he leído ?

Don Luis... ¡ No, no, por Dios !.. ¡ Ha fallecido !..

(Dando un grito).

¿ Dónde ? ¿ Cuándo ? ¡ Mentira, sí, mentira !

¡ En Hendaya, fué el trece !

¡ Yo también muero ya ! ¡ Todo parece !

(Con honda amargura).

Mírame, Luis ¡ morir, sí ; mira, mira !

Yo no puedo llorar, no, y si no puedo,

(Desvariando cada vez más).

es que un papel me engaña.

Se concibe esta hazaña :

¡ esa es Lucía, que me tiene miedo !

¿ Puede morir quien vive con dos vidas !

¿ Cómo puede morir el que bien ama ?...

(Volviendo a la ventana).

¡ Lo ves !.. ¡ Si está en la nube !.. ¡ Si me llama !

¡ Que no vea, por Dios, hojas caídas !

(Ocultando con su cuerpo las hojas).

Está mi Luis bañado de tristeza.

¿ Qué le pasa ? ¡ Ahora dobla la cabeza !

¡ Me mira, cae y se llevan sus despojos !..

(Perturbada).

¿ Es que te vas, Luis mío ? ¿ He de perderte ?

¡ Antes de ver tu muerte,

que me saquen los ojos !

¡ Madre del corazón, quién lo diría ?..

(Como llamando a su madre).

¡ Allí he visto los cirios y la caja !

¡ Y el manto por mortaja !..

¡ Ha muerto Luis !.. ¡ Que no lo oiga Lucía !

Ya no puedo llorar ; ¡ soy una roca !

(Delirante).

¡ Madre del alma mía !

(Con sentimiento profundo).

¡ No me puedo casar ! ¡ Me he vuelto loca !

(Con voz ahogada y saliendo rápidamente).

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

La tabla

Junto á la puerta del hogar sentados
y ante la mar que agita su ancho seno,
del marino la mísera viüda
y el hijo sufren su constante duelo.

El equinoccio del Otoño trajo
horror, angustias y gemir eternos
sobre las costas de Bretaña, duras
y erizadas de rocas... ¡Ay! por eso,
soñando entre las luces de la tarde,
los dos se visten de colores negros.

En aquel lago dulce y apacible,
en que al soplo suavísimo y ligero
de las calladas brisas, alejándose
y alejándose van los barquichuelos,
cuyas zurcidas velas se destacan
sobre las verdes ondas, á lo lejos,
¿quién descubrir ni adivinar pudiera
al crüel Oceano traicionero
que en solo un día del que fué temido
y lamentado y borrascoso invierno,
veinte barcas lanzó sobre la costa,
sació á la muerte su implacable anhelo,
hirió á la esposa que su angustia gime,
y al niño hirió que se lamenta huérfano?

Sonríe el cielo transparente y puro;
el mar se agita halagador y bello;
la mísera viüda sólo siente

un rugir espantoso y un recuerdo :
el de la tempestad que la persigue
con ronca voz ; el del esposo muerto.

« Culpa fué de su arrojo »—la viuda
dijo al rapaz, que la escuchaba atento.—
« A los que naufragaban ¿ quién podía
abandonar ? ¡ No, no ! ¡ Pobre Mateo !
¡ Ay ! no temer ni aún la misma muerte !
¡ era tentar á Dios ! ¡ Horrible tiempo !
jamás las furias de tan altas olas
ojos humanos como entonces vieron.

Tu padre descansaba entre nosotros
y, al cenar, dijo : « Con tan malos vientos,
maldito debe estar el que se arroje
desesperado á combatir con ellos. »

De sobremesa ya, tomó su pipa
y la encendió ; ¡ salió ! Sobre los negros
peñascos de la costa, donde apenas
de las olas llegaban golpes sueltos,
mirándolas saltar, curiosamente
sonreían algunos marineros.

¡ Ah ! de improviso, entre la densa bruma,
del lado de las rocas de San Pedro,
vió tu padre llegar, rápidamente,
un bergantín... ¡ Dios mío ! te lo cuento
más despacio que fué. Contra un escollo
se hundió su quilla. Con rugido trémulo
tu padre dijo... « ¡ Sin tardar ! ¡ Un bote ! »

Espantada quedé. Sus compañeros
le enseñaron el mar, que entre las peñas
al estrellarse rápido y revuelto,
en hervidora espuma se cambiaba
rajando grietas y llenando huecos.
« ¡Un bote, y á las olas! —repetía
tu padre.— ¡Pronto, sin tardar! ¿Seremos
cobardes? ¡Nunca! ¡Sin tardar! ¡El mío!
¡Ni á las olas temió ni al aire fiero!
¡Adelante! le llaman.» —No lo dudes;
locos los hombres son. ¡Al mar se fueron
y ninguno volvió! La misma hora
era en que tú me vez llegar gimiendo
todas las tardes hasta el borde mismo
de las arenas y del mar sereno.

El Oceano que á mis pies se humilla,
mientras los baña con mojados besos,
no devolvió del tan querido bote
ni una tabla siquiera. Tú, mi cielo,
hijo del corazón, ¡ay! si me quieres,
no te lances al mar. ¡Nunca! Ya tengo
tu promesa... ¡Por Dios! El padre cura
te quiere mucho. ¿Me comprendes? ¡Bueno!

Serás un sacerdote. Tu destino
abre á tus pasos cómodo sendero.
Sin mirar estas luchas borrascosas,
sin escuchar sus espantosos ecos,
cuando seas ya cura, tu criada
yo seré. ¡Qué tranquilos viviremos,
lejos del mar! Recuerda que hace días,
que me lo prometiste. ¡Lejos! ¡Lejos!

El niño calla. Piensa en sus amigos,
en sus amigos, pobres y pilluelos,
que, al despuntar el alba, por las bordas
de las chalupas corren satisfechos,
mientras que él, resignado, no se atreve
ni aún á anudar un cable. Dócil siervo
es de sus votos y promesas. Quiere
obedecer, y sufre obedeciendo.
¡ Ah ! cuando el cura cierra el blanco libro
diciéndole : « ¡ A jugar ! » ¡ oh, qué contento !
ya libre, corre por la arena fina,
acariciando su imposible sueño.
Mas ¡ ay ! sentir el aire humedecido
que mueve y ensortija los cabellos,
y el agua que acaricia ; desde tierra
ver las espumas de las olas, cierto
que apacigua su afán, pero no basta
á su indomable voluntad con eso.

Sobre las ola su ambición se mece,
sobre la vieja barca sus deseos ;
allí la vela desplegada flota,
allí los foques hincha rudo viento ;
el horizonte se engrandece, salta
el corazón bajo el desnudo pecho,
el aire franco de la mar alegre
y fascina su cántico soberbio...
¡ Y sufrir tantos meses de martirio
sin ver llegar el suspirado término !

Los meses pasan. Torna el equinoccio
y con él sus furores. En el puerto
un día lamentábanse reunidos

algunos infelices marineros,
y un *brick* miraron que tocaba casi
las peñas ya del arrecife negro;
¡ con las olas saltaba, del naufragio
la fatal agonía padeciendo !
« ¡ Un bote al mar, valientes ! », uno dijo.
¿ Quién olvida los trágicos recuerdos
de la pasada tempestad ? ¡ Ninguno !
Mas el bote se armó. Contra su pecho
abraza la viuda á su muchacho,
que tiembla sin cesar, y no de miedo;
y al oído le dice : « ¡ Ya lo sabes !
¡ lo prometiste ! ¡ Por piedad ! ¡ No quiero ! »

Sus grandes ojos en las olas fijos
y sus labios de púrpura mordiendo,
el niño no responde ; mas de pronto
una oleada de color de cieno
salta en las peñas, y al caer, arroja
á los desnudos pies del niño trémulo
una tabla podrida en que sus ojos
« ¡ Adelante ! », leyeron.
¡ El feroz Océano la sacaba
de su fondo revuelto !
¡ Era la voz de caridad sublime !
¡ El mandato paterno !
El bote va á arrancar. El niño deja
los brazos de su madre ¡ Dios eterno !
¡ Míralo ya sobre la mar que ruge !
¡ Ampáralo ! ¡ Protégelo !

¡ Cómo les siguen las miradas todas !
¡ Cuántos son los valientes ! ¡ Qué resueltos !

« ¡ Virgen santa ! ¡ Las olas los ocultan !
¡ Ay ! ¿ hacia dónde van ? ¡ Oh ! ¡ perecieron !
¡ No ! ¡ Miradlos allí ! ¡ Se salvan todos !
¡ Oh ! ¡ Vuelven ! ¡ Ya ! ¡ Valor ! ¡ Ya ! ¡ Todos ellos !
¡ Hasta las bordas sube el agua inquieta !
¡ Qué importa ! ¡ Vienen todos ! ¡ Bravo esfuerzo !
« ¡ Hurra ! » « ¡ Pronto ! lanzadnos una amarra.
¡ Ayudadnos ! ¡ Ya ! ¡ Bien ! »

Mientras ligeros
todos gritan y corren, á los brazos
de la madre infeliz el hijo ha vuelto,
y la besa y le dice : « ¡ No me riñas !
¡ Ay ! ¡ estará mi padre tan contento ! »

FRANÇOIS COPPÉE.

(Traducción de Carlos Fernández Shaw).

La mujer

(FRAGMENTO)

Antes ¡ oh siglo ! que mi canto acabe,
piadoso quiero pronunciar un nombre,
dedicar una frase de ternura,
un recuerdo de amor, un beso suave,
al ser que ha compartido con el hombre
el peso de la vida y su amargura.

¡ La mujer !.. Si perdido en el desierto
ve un oasis la errante caravana,
detiene con placer su paso incierto ;

yo he recorrido de la historia humana
el pasado revuelto y tenebroso,
el páramo crucé, vi la ruina,
¡dejad que goce un punto de reposo
cuando llego á esta página divina !

¡ La mujer ! Manantial inextinguible
de fe y amor ; espíritu sumiso
que al cruzar por el mundo lo transforma
en delicioso Edén ; alma sensible
nacida en el risueño paraíso ;
armonía sublime de la forma ;
ella es el ser que adora lo imposible
y lleva su pasión á la locura ;
ella es la virgen candorosa y pura
que se finge quiméricos amores
y en su ilusión soñada se recrea ;
ella es la esposa fiel que con ternura
consuela de la vida los dolores ;
ella es el entusiasmo de la idea ;
ella es el sentimiento y la hermosura ;
ella es la madre, en fin ; ¡ bendita sea !

Siguiendo siempre al hombre en su camino
debió partir la pena y la victoria,
¡ mas cuán injusto fué su triste sino !..
él tras la duda consiguió la gloria,
gozó el triunfo después de su quebranto,
ella también luchó contra el destino
¡ y por único alivio tuvo el llanto !

En el albor primero de la vida,
como protesta muda y suplicante,

su imagen á mi vista se presenta.
Por el trabajo y la emoción rendida,
pálida el rostro, el paso vacilante,
tímidamente en el hogar se sienta
á los pies de su dueño y soberano;
con tierna languidez alza los ojos
una sonrisa suplicando en vano;
recoge del banquete los despojos
que él arrojó con desdeñosa mano;
ocultando sus púdicos sonrojos,
camina silenciosa al duro lecho
donde el señor apura sus antojos;
después, el apetito satisfecho,
de su lado la aparta con enojos,
y entonces ella su rigor comprende,
queda en la soledad con hambre y frío,
y en la desnuda tierra el cuerpo tiende
llorando su desdén y su desvío.

Quizás el hombre sienta pesadumbre
al recordar tan infeliz origen,
¡y aún dura la heredada servidumbre!
Aún es esclava, sí: ya no le afligen
los bárbaros tormentos del salvaje,
pero su cuerpo sólo ha redimido;
no le acosan el hambre y el ultraje,
mas sigue el pensamiento enflaquecido;
creyendo que se guarda su inocencia,
se la deja sumida en la ignorancia:
acostumbrada siempre á vano incienso,
adulación y estrecha vigilancia,
no sabe utilizar su inteligencia,
y es un ser abatido é indefenso
en la lucha social de la existencia.

¿Dónde irá sin la mano protectora
que le ofrece su ayuda necesaria?
¿cuál es su defensor? ¿á quién implora
cuando, huérfana, pobre y solitaria,
se encuentre sin hogar y sin abrigo?
No tiene profesión; todo lo ignora;
carece de experiencia y energía;
es vano combatir, lleva consigo
su más fiero adversario, la belleza:
el vicio con satánica porfía
le tiende sus traidoras asechanzas;
el abismo le brinda su impureza
oculta entre mentidas esperanzas;
el mundo á su alrededor bulle y se agita
sin prestar atención á su lamento,
y fascinada, al fin se precipita...
¡pobre flor impelida por el viento,
que con su aroma deleitó un momento
y se ultraja después que se marchita!

¿Y ha de tener tal fuerza la costumbre
que, aún viendo la injusticia y el martirio,
no conozca la ciega muchedumbre
su lamentable error? ¿Habrà quien crea
que este afán generoso es un delirio,
que á la mujer no alcanza el adelanto
y que nutrir la vida de la idea
es amenguar sus gracias y su encanto?

¡Absurda deducción! Cuando consiga
que su inactivo espíritu despierte,
cuando cese la mofa que la hostiga,
cuando sepa luchar y la hagan fuerte

el estudio, el trabajo y la fatiga,
será el rayo que alumbra y que calienta,
la razón animando la escultura,
quizás el genio que en su ser alienta;
será la compañera que prudente
pueda unir el consejo á la dulzura,
el ángel sin la venda que le oculte
del hondo abismo la fatal pendiente;
será el alma vagando por el cielo
sin temor que la tierra el cuerpo insulte
con seducción que á su virtud no cuadre;
sabr  desempeñar con noble celo
su más alta misión: ¡ sabr  ser madre !

¿ Quién olvida las santas oraciones
que en el regazo maternal oyera
entre baladas, místicas canciones
y sonrisas de amor? De igual manera,
el culto   la verdad, las ilusiones,
el sagrado deber, la fe sincera,
todo en el hombre ha de quedar impreso,
si oye también desde su edad primera,
el cadencioso ritmo de unos labios
que supieron unir al dulce beso
gratas lecciones y consejos sabios.

No olvidemos que el niño forma y crea
la sociedad del porvenir oscuro;
que el barro tierno fácil se moldea
y es resistente al encontrarse duro.
Nadie cual la mujer cimentar puede
sana razón y sentimiento puro
en el ser candoroso de la infancia;

y aunque tan sólo esta riqueza herede,
sin que por sí la aumente en lo futuro,
ese caudal, emblema de constancia,
cuando en los mares de la vida rueda,
siempre le ofrecerá puerto seguro.

Pues tanto influye, y es tan bienhechora
la educación de los primeros años,
que aún hoy, cuando la madre no realiza
el soñado ideal, porque lo ignora,
siempre que al hombre aflige la fortuna
y abrumado se ve por los engaños,
su combatido pecho tranquiliza
pensando en el hogar que vió su cuna.

CÁNDIDO RUIZ MARTÍNEZ.

El trovador

MONÓLOGO DE LEONOR

El teatro representa una celda; en el fondo, á la izquierda, habrá un reclinatorio, en el cual estará arrodillada Leonor; se ve un crucifijo pendiente de la pared, delante del reclinatorio.

Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frío
consumó... perdón, Dios mío,
perdona si te ultrajé.
Llorar triste y suspirar
sólo puedo; ¡ay Señor! no...
tuya no debó ser yo,
recházame de tu altar.

Los votos que allí te hiciera
fueron votos de dolor,
arrancados al temor
de un alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
eterna fe te juraba,
mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
en la imagen de un mortal.
Imagen que vive en mí,
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
á separarla de aquí.
Perdona, Dios de bondad;
perdona, sé que te ofendo;
vibra tu rayo tremendo,
y confunde mi impiedad.
Mas no puedo en mi inquietud
arrancar del corazón
esta violenta pasión,
que es mayor que mi virtud.

Tiempos en que amor solía
calmar piadoso mi afán,
¿qué os hicisteis? ¿Dónde están
vuestra gloria y mi alegría?
¿De amor el suspiro tierno
y aquel placer sin igual,
tan breve para mi mal
aunque en mi memoria eterno?

Ya pasó... mi juventud
los tiranos marchitaron,
y á mi vida prepararon

junto al ara el ataúd.
Ilusiones engañosas,
livianas como el placer,
no aumentéis mi padecer...
¡Sóis por mi mal tan hermosas!

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.

«El Trovador.» — Jornada III, escena IV).

La derrota

Al doctor Luis Piñeyro del Campo, de cuyo poema « El último gaucho » son una reminiscencia estos versos.

Era un viejo veterano
de las legiones de Artigas,
de los que á la Patria dieron
la libertad bendecida ;
y en cuyo cuerpo cribado
por las balas enemigas,
sólo espacio le faltaba
para tener más heridas.

Ya de los tiempos antiguos
hasta el recuerdo se iba,
corriendo como vertiente
que brota en la serranía ;
pero el viejo conservaba
en su memoria marchita,
de aquellos tiempos de lucha
impresión ardiente y viva.

Cuando sus piernas cansadas
quedaron entumecidas,
y el veterano no pudo
galopar por las cuchillas,
ni terciar en las faenas
que amenizaban su vida,
sus ojos no reflejaron
más expresión de alegría.

Debajo de la ramada
y siguiendo con la vista
los ganados en la tierra
y las nubes fugitivas,
meses y años tristemente
para el viejo transcurrían
sin dejarle más recuerdos
que á los campos las neblinas.

Una tarde creyó oír
galopar en las cuchillas,
sonar guerreros clarines
y rodar artillería ;
y creyó que el extranjero
nuestras tierras invadía,
con sus banderas odiosas
flameando ensoberbecidas.

El viejo fuera de sí
clamó por sus energías
para pelear por la tierra
que no puede ser vencida
mientras tenga luz el Sol
y uno de sus hijos viva.

Pero el enemigo extraño
ya remonta la cuchilla,
y no es ejército alguno
lo que surge ante la vista:
Adornado con banderas,
entre sonos de alegría,
pasaba el ferrocarril
nuncio de una nueva vida;
y en el aire luminoso,
el humo que despedía
iba formando coronas
que en la altura se perdían...
Miró el viejo veterano,
sintiendo írsele la vida,
aquella máquina extraña
que un monstruo le parecía;
y vencido por la oculta
fuerza que no conocía,
se persignó tembloroso,
y en el suelo, de rodillas,
á Dios pidió que á la Patria
diera gloria infinitas
y buenos y amantes hijos
para completar su dicha.

En un suspiro fué su alma
de mortal á eterna vida,
mientras el tren ruidoso
recorriendo las cuchillas,
anunciaba nuevos tiempos
á la tierra sorprendida,
que humillada por su paso
de furor se estremecía.

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA.

In illo tempore...

En aquel tiempo en que Jesús venía
Del mar de Cinnereth por la ribera,
Vió que un hombre azotaba á un hijo suyo.
Y le dijo Jesús: — ¿Por qué le pegas?
Y el hombre dijo: — Descuidado y torpe
Es el muchacho; me perdió una oveja.
— ¿No más? — dijo Jesús. — Rompió unas redes
Que en Bethsaida compré, y estaban nuevas. —
Y le dijo Jesús: — ¿No más? — y el hombre:
— No más, dijo; — y volviendo la cabeza
Jesús á los discípulos y á todos
los que detrás seguíanle de cerca:
— En verdad, exclamó, que el hombre es malo;
Nunca en su hijuelo se cebó la fiera,
Y éste se vuelve airado y rencoroso
Contra la misma sangre de sus venas. —
Y dijo al hombre: — ¿En las profundas aguas
Y en el profundo umbrío de las selvas
Pudiste penetrar? ¿Sabes si al fondo
Llegó la red y se quebró en las peñas,
Y si de las montañas bajó el lobo
Y en noche oscura se llevó la oveja?
¡Ay! ¡Si el padre del cielo nos juzgara
Como tú juzgas, padre de la tierra!
¡Él, que todo lo ve, todo perdona;
Y tú, que ciego estás, hieres sin pena!
Y luego la parábola contando
Del pródigo que huyó á lejanas tierras,
Y pobre y pecador y envilecido
Volvió temblando á la mansión paterna,

Y halló en vez de castigos alegrías,
Y en vez de reprensiones halló fiestas,
Al hombre dijo: — Si el perverso y malo
El padre trató así, ¿por qué se venga
Tu cólera, en la hechura de tu cuerpo
Que un alma pura y sin delito alienta?
Mi padre, te lo dió para honra tuya,
No para que le humilles ni le ofendas.
Si te falta, perdónale, y si vuelve
Otra vez á faltar, ponle á tu diestra.
Esto dijo Jesús; y por las playas
Siguió del Cinnereth, cuando la estrella
De la tarde subía en los espacios
Y bajaban las sombras de las sierras.

R. BLANCO ASENJO.

La guitarra

En el arte musical
Ningún instrumento alcanza
La vibraciones que lanza
La guitarra nacional;
Rompe en notas de cristal
Que estremecen el oído,
Y con tan dulce sonido
Canta frases de pasión,
Que repiten su tañido
Las fibras del corazón.

Simboliza en paz y en guerra
Con sus rítmicos clamores,

Los placeres, los dolces,
Y las glorias de mi tierra;
Todo en su canto se encierra,
Todo en su arrullo palpita,
Desde la estrofa bendita
Del himno libertador,
Hasta el beso de la cita
Bajo el algarrobo en flor.

Ya se cimbra lastimero
Su acorde triste y sin fin,
Como el tallo del jazmín
En las puestas de Febrero;
Ya es arroyo que ligero
Entre guijas corre y salta,
Con su encaje las esmalta
Y enseña música al nido
En la palmera más alta
Por dos zorzales tejido.

Ya se eleva su canción
Suspirante y sin aliño,
Como copla de cariño
Lanzada en el pericón;
Ya precipita su son
En rapidísima escala,
Que serpenteando resbala
Con hechizo singular
Lo mismo que la luz mala
En el ombú secular.

No hay en el mundo armonía
Que yo á la suya prefiera,

Nadie cambia de bandera,
Y la guitarra es la mía ;
Si amorosa desvaría
Es calandria entre romero,
Y si reta al extranjero
Tiene su rudo lenguaje,
Del charrúa y del matrero
La independencia salvaje.

Cuenten otros los primores
De la música italiana
Y la armonía alemana
De wagnerianos rumores ;
Yo nacido entre las flores
Del Uruguay placentero,
Amo las cuerdas de acero
Que me enseñan á cantar
Y en que hace nido el boyero
De la musa popular.

Ninguna pinta mejor
Las costumbres de mi tierra,
Las hazañas de la guerra
Y los lances del amor ;
Cuando su dulce rumor
Se alza rítmico y sereno,
Surge el semblante moreno
De la mujer anhelada,
Reclinando en nuestro seno
Su cabecita dorada.

Y si peligra el altar
De las grandes afecciones,

Si el ruido de los cañones
Truenan en barranca y palmar,
Su patriótico cantar,
Con denuedo y sin desmayo,
Nos recuerda el limpio rayo
Del sol que brilla fecundo
En las banderas de Mayo,
Libertadoras de un mundo.

Voz de las cuerdas de acero
Que en mi corazón resbalas,
Como el roce de unas alas
En los juncos del estero;
Sólo pido y sólo quiero
Para endulzar mi agonía,
Que cuando la amante fría
Me dé su beso nupcial,
Me circunde de armonía
La guitarra nacional!

C. Roxlo.

La muñeca

MONÓLOGO PARA NIÑA

Decoración (si es posible):— Muebles indispensables: Un ropero — Un sillón— Una mesita.—Y en la mesita la caja en donde se supone que está guardada la muñeca.

Aquí la caja. El cartón
Sin una mancha. Está bien.
La rorrita en su colchón.
Falta cubrirla, y también
Un pedazo de listón.

¿Le pondré color de rosa?
¿Azul?.. ¿rojo?.. ¡Ya no dudo!
Tiene vestidos, sombrero.
Su sombrilla, su corsé,
Y me ha costado el dinero,
Porque es señor muy carero
Este señor Pivardié.

El vestido que vendí,
Lo que me dió mi mamá
En esta compra invertí;
Papá, al cabo, dice: ¡Si!
Y... ¡Pedid y se os dará!

Yo imagino qué bonita
Estará *baby* (hablo inglés)
Cuando mire la cajita
Y diga —Daca, hermanita,
Dámela pronto, ¿qué es?

Yo también, ¡qué tiempo ha!
¡Ayer veinte años cumplí!—
Pedía rorros á papá...
Desde que somos... *así*
Ya imitamos á mamá.

Guardo en mi ropero aún
Una muñeca alemana
Que canta como *zint-zun*,
Y fué regalo de un
Pretendiente de mi hermana.

Pues... las hermanas menores
Aprovechan los noviazgos
De las hermanas mayores...
Y así logran los señores
Evitar los reportazgos.

X Le puse de nombre Rosa,
¿Verdad que es bonito nombre?
Me obedece, y no es celosa..
¡Vamos, si yo fuera hombre,
La quisiera para esposa!

Siempre que abro el ropero
Para sacar el dinero
Y dárselo á la modista,
La busco, porque no quiero
Perderla nunca de vista.

También conservo las rosas
Del primer baile, ¡ya secas!
Le dí una á... ¡qué cosas!

¡ Tal vez fuimos más dichosas
Cuando compramos muñecas !

¿ No era muy feliz en esos
Tiempos apenas pasados ?
Para mi muñeca, besos,
Cada domingo, tres pesos,
¡ Y no hablaban de inundados !

¡ Qué recuerdos ! Me consuela
Revolver ese cajón...
Allí guardo hasta la vela
Que llevé cuando chicuela
Para hacer mi comunión.

Era un viernes de Dolores,
Ibamos cuarenta... ¡ más !
¡ Qué vestidos ! ¡ Qué primores !
En las calles, ¡ cuántas flores !
¡ Y qué alegres mis papás !

*
* *

¡ Me saltan los pensamientos !
Allá cuando el tiempo pase
¡ Pasan los meses tan lentos !
¿ Veré á mis padres contentos
La mañana en que me case ?

Tengo todo preparado,
Porque la moda es muy rígida ;
Me caso, por de contado,
Si no en el Arzobispado,
Un jueves en Santa Brígida.

El civil sin lujo — bien —
Una elegante tertulia.
¿Modista? La de Guerin
Ó la de Coblentz: también
Puede ser que escoja á Julia.

Después, si quiero y si puedo,
Un rápido viaje á Europa...
No por el Paso ó Saredo...
¡Al mar no le tengo miedo!
¡Y á París! ¡A comprar ropa!

Y después... ¡Otro después!
Tras de ir de Ceca en Meca,
Hablando inglés y francés,
Después... ¡qué vergüenza! pues,
Me darán otra muñeca.

✕ ¡Cuánto, cuánto, se amará
A esas niñas tan güeras...
O morenas!... ¡Dios dirá!
Que saben decir ¡Papá!
¡Y que lo dicen de veras! ✕

✕ ¡Qué placer el de vestirlas!
¡Qué alboroto de bañarlas!
Y por la noche cubrirlas,
Y en la mañana lucirlas
Y á la Alameda sacarlas. 2

+ Desdémona la de Otelo
Y Margarita en la rueca,
¿Qué le pidieron al cielo?

Lo que se pide al abuelo
Cariñoso : — ¡ mi muñeca ! —

Porque en esto la mujer
Es constante : necesita
Una muñeca bonita
Y hoy lo mismo que ayer,
Hacerle la *comidita*.

Primero es el arlequín :
La mona llena de cerda ;
Y la de cuerda... y por fin,
La muñeca figurín
¡ Y esa tiene mucha cuerda !

Después, ¿ por qué ha de ser malo ?
Se aspira al dulce regalo
De muñecas que den beso :
Primero son las de palo ;
Luego... las de carne y hueso.

*
* *

¡ Santo Dios ! ¡ Qué habladuría !
La que charla mucho, peca ;
Pero hay ¡ quién lo diría !
Muy honda filosofía
Adentro de mi muñeca.

Si alguna hijita tuviera
Nadie diga *no* ni *sí* —
Así guardarla quisiera
Y deseara que estuviera
Como ésta : siempre así

Siempre en su caja de raso
Acolchonada, escondida ;
Sin correr, sin dar un paso,
Sin moverse... por si acaso
Es como dicen la vida.

Cuando crecen, las cortejan ;
Las halagan, las emboban,
Y de nosotras se alejan...
Las muñecas no nos dejan ;
¡ A las hijas nos las roban !

Que en ningún hombre condense
Sus sueños de juventud...
¡ Que en mi muñeca no piense !
Estas, de la Parisiense,
Gozan de buena salud !

Abro el cajón. La veré.
Listones... libros de escuela...
Flores, guantes, mi bebé,
¡ Jesús ! ¡ y el polichinela
De mi hermano el que se fué !

¡ Era tan rubio y bonito !
Y estaba tan palidito
Cuando mi papá le dió
El muñeco... pobrecito !
¡ De cinco años se murió !

No sé qué le recetaron
Y no lo quiso tomar,
Por más que le suplicaron,

El muñeco le compraron
Y ya no pudo jugar !

Con ojos muy tristes viendo
El muñeco, lo cogió ;
Y ya alzarse no pudiendo,
Se fué yendo... se fué yendo,
Hasta que, al fin, se murió.

Lo abrazaba mi mamá
¡ Hijo ! ¡ Encanto ! ¡ Idoló mío !
¡ No ! ¡ No ! ¡ gritaba papá ! —
¡ Y el niño en su cama ya
Estaba rígido y frío !

.
x ¡ Cuando recuerdo esas cosas !..
Adornaron la capilla
Con lirios y blancas rosas,
Allí rezamos llorosas,
Y él se fué para la Villa ! x

Pensando en esa amargura
Ya de antemano me aflijo...
¡ Dios santo ! si á mi ternura
Aguarda tal desventura,
¡ No quiero, no quiero hijo !

+ ¡ Qué toña ! Si me hace mal
Revivir memorias negras !
A ver : *El Universal* :
Carlos Gris... Teatro... Oficial...
Inundados y Consuegras.

¡ Jesús ! Ya es triste leer
Estos diarios noticieros ;
Uno mata á su mujer :
En Chiapas no hay que comer,
Y en toda España aguaceros.

También cuantas desgraciadas
Habrán visto por allá
A sus niñitas amadas
En las olas encrespadas
Morir gritando ¡ Mamá !

Díganme lo que dijeren,
Esta es injusticia á secas ;
¿ Por qué tantos niños mueren ?
Pues que ¿ los ángeles quieren
Mil millones de muñecas ?

Otros niños sin embargo,
Me inspiran mayor terneza,
Y su llanto es más amargo :
Morir... no es asunto largo !
¡ Ser huérfano ! ¡ Qué tristeza !

¡ Qué vida tan desvalida
La suya ! Niños, y ya
Nadie los ama y los cuida ;
¿ Para qué quieren la vida
Los que no tienen mamá ?

¿ Qué porvenir les espera ?
¿ Quién les dará su cariño ?
¿ Habrá alguno que los quiera ?

¡Nada! ¡Cuando yo me muera
Me llevo conmigo el niño!

No por su apacible encanto,
No por amable y bonita,
Sino porque enjuga el llanto,
Porque ama á los niños tanto
Quiero tanto á Carmelita.

Imitarla bien querría
Pero ¿cómo? Yo no sé...
¿Qué daré?... — ¿Cómo podría?
¡Ah! ¡Que se aguarde María!
¡Voy á rifar la *bebé*!

No hay *cuelga* para mi hermana :
Rifo mis premios de escuela,
El *pierrot* de porcelana
Y la muñeca alemana...
¡Pero no el *Polichinela*!

Pongo en la caja más flores
Y los listones aprieto.
Que casen bien los colores.
Ya está. — Pues, á ver, señores,
Si me compran un boleto.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

Las macetas

MONÓLOGO EN VERSO

ACTO ÚNICO

Gabinete elegantísimo en cuarto bajo. -- Puerta al fondo con «portière» y borlones; á la derecha y en primer término, una ancha reja con colgaduras; se ve la calle, y en ella un farol del alumbrado público: en la ventana, muchas macetas, y pendiente del techo una linda jaula con un canario. — A la izquierda, segundo término, puerta lateral, también con colgadura. Al alzar el telón, aparece PEPE, un criado negro profundamente dormido en un sillón. Pausa larga, durante la cual se simula: primero, el canto del canario en la ventana; el rodar de un coche que para á la puerta; el ruido de un timbre en el portal de la casa, y los ladridos de un perrito faldero que, cubierto con mantilla roja, sale por la puerta lateral, cruza la escena y desaparece por el fondo. José se ha despertado al oír el timbre y se va por el foro. — Sobre un velador, en el centro, un tarjetero elegante y una maceta encarnada con una planta: recado de estribir, una campanilla, y un precioso juego para un vaso de agua.

La escena se supone al anochecer.

ESCENA ÚNICA

PEPITA.—JOSÉ Y MAGDALENA (que no hablan)

PEPITA. (Dentro). ¡Gracias!... hasta luego, Aurora:
 No tardes en arreglarte;
 si no subiré á buscarte
 antes de tres cuartos de hora.
 ¿Qué turno? ¿Primero impar?
 ¡Bueno! ¿Cantan *Norma*? Bravo...
 Adiós... en seguida acabo...
 que no dejes de bajar.
 * ¿Iremos á tu platea (1)

(1) Todo lo marcado con esta señal * puede suprimirse para facilitar la ejecución.

* ó á butacas?... En tal caso,

* llevaré traje de raso...

* ¡el azul me hace tan fea!

* ¡Ah! no despidas el coche...

* Muy bien... ¿no me faltarás?...

* recuerdos á los papás...

* ¡Ay! adiós, que ya es de noche...

(Encienden el farol de la calle; iluminase la escena). (La voz de PEPITA, más cercana: PEPE en la puerta con ella).

* Pepe... avisa á la doncella: —

* ve á casa de la modista,

* y á ver si tiene ya lista

* mi falda... cuento con ella.

* La quiero, sin evasiva,

* para completar el traje...

* ¡corre! ¡Ah! vete en el carruaje

* de las señoras de arriba.

(Se retira nuevamente; la voz más lejana).

* ¡Aurora... Aurorita! dí:

* ¿puedo mandar á mi negro

* en tu coche? ¡Sí?... me alegro...

* ¡volando! ya estás aquí...

* y si ocurre algún atranco

* ó te haces el remolón,

* te voy á dar un jabón

* que te vas á volver blanco...

(PEPE se va y poco después se oye rodar el carruaje. PEPITA vistiendo elegantísimo traje de calle, con espléndido abrigo, entra en escena trayendo en sus brazos el perrito faldero que antes cruzó la escena: trae un bouquet en el pecho).

* ¡Pobrecito mío!... ¿Qué...?

* qué te has hecho, solo aquí,

* toda la tarde sin mí?...

* Vamos, vamos... cuéntame!

* ¿Has comido? ¡Si está yerto!...

* ¡ desdichada criatura !..

* con esta temperatura,

* y han dejado todo abierto !

(Cierra las maderas de la ventana ; aparece MAGDALENA con un elegante quinqué encendido).

* La pícara Magdalena...

* ¿ verdad ? ¡ no te habrá cuidado !

* y ese negro endemoniado...

* él merece una cadena,

* él y no tú. . ¡ Si es verdad !

* ¡ un ser á quien tanto quiero !..

* ¡ el único compañero

* en mi triste soledad ! (Le besa).

* ¡ Pobre *Fritz* ! tan mono !.. ¡ ah ! vete...

* que te den un tente en pie,

* y que te acuesten... yo iré

* en seguida al gabinete.

(MAGDALENA toma el perrito en sus brazos).

* No quiere... gruñe de un modo

* que me parte el corazón...

* Magdalena... este bribón...

* Vamos... ¿ á qué me incomodo ?

* ! Ah ! tome usted el sombrero

* y el abrigo : voy al Real !

* ¿ eh ? la comida puntual...

* á las siete : al cocinero

* que hoy á comer he invitado

* á la señora de arriba :

* y ya sabe lo que priva :

* ¡ pues ! ni carne ni pescado.

* Como padece dispepsia,

* ante un *beafteack* ó un *roosbeafe* (1)

(1) Pronúnciese : « bíftek » y « rosbif ».

* se pone nerviosa... y ¡pif!

* el ataque de epilepsia.

* ¡Nada! yo sé las costumbres

* que la vecinita gasta:

* *consommé*, sopa de pasta,

* y sobre todo, legumbres.

Retírese usted.

(Vase MAGDALENA: PEPITA se dirige al velador del centro).

¡Eh! ¿qué es esto?

una carta... una maceta...

«Ernesto de Zabaleta.» (Leyendo).

¡Oh dicha! ¡Pues si es de Ernesto!

Del eminente tribuno...

¡Ajá! Se tendrá presente:

desde hoy, este pretendiente

ocupa el número uno...

Bien mi flaco han conocido

todos mis admiradores;

y es un asedio de flores

tal, que ya pierdo el sentido.

(Yendo á la ventana).

Esta planta de geranio

que domina por su esencia,

á su jardín de Valencia

la pidió don Epifanio...

Y tal vez por distracción

de su jardinero, en ella

debió mezclarse la huella

de un esquisito melón...

Aquí asoma... ¡olor muy grato!

¿quién había de creer

que el infeliz, sin querer

me enviaba su retrato?

- * ¡ Rosas de te? ¿ Esta maceta
- * de quién es? ¡ Ah! ya recuerdo...
- * de aquel don Santiago Lerdo
- * que casó con Enriqueta.
- * Un lunes la hizo el amor
- * por ver si me despechaba...
- * y el sábado se casaba...
- * ¿ anduvo *lerdo* el señor?
- * ¿ Myosotis! ¡ Bailando un *schottis*
- * con Federico el poeta,
- * me prometió esta maceta
- * de « no me olvides... Myosotis »;
- * lo mismo que el señor Lerdo
- * á otra amiga enamoró,
- * y con ella... fracasó!
- * Si te he visto no me acuerdo.

Aquí está mi brigadier
Castellote: en su campaña
de amor, me envió esta caña
que no acaba de crecer.
Y como era tan pelmazo,
que al proponerme casarse
me hablaba de *acnartelarse*,
tuve que darle *cañazo*.
¡ Lirios! de un bolsista horondo
cuyo eterno *tiquis miquis*,
era hablarme de sus *liquis*...
y lo *liquidé* en redondo.
Y en fin... ¿ para qué pasar
revista á toda mi estufa,
si tiene historia tan bufa
y tan larga de contar?
¡ Flores! siempre con enojos

os miro; que en mis amores
aunque abundáis mucho, flores,
ocultáis muchos abrojos.
Volvamos á Ernesto; es de él —
esta carta, la mandó
con las tarjetas, y yo
no me fijé en el papel.
Tanto Aurora me apuraba
por ir á ver la sesión,
que en mi precipitación
ni vi lo que me dejaba. (Se sienta).
« Mi ilustre amiga... » ¡ Qué lustre
para mí! no me acomoda...
pero, en fin, pues está en moda
esta palabrilla *ilustre*,
si la rechazó, deslustro
al que así me la prodiga...
Está bien : « mi ilustre amiga »
vamos á ver si me *ilustro*
« Adjuntas son las entradas
« que ayer noche me ha pedido ;
« al fin las he conseguido,
« aunque son hoy muy buscadas.
« No es que mi interpelación
« sea causa suficiente,
« para que quiera la gente
« asistir á la sesión...
« No me apropio tal merced :
« creo que este afán surgió,
« no porque *debuto* yo...
« sino porque acude usted. »
« Desde anoche hay cola... » ¡ Hola !
« los grupos son numerosos,

«y he visto muchos curiosos,
«arrimados á la cola.
«Mi tía también quería
«ver mi *echec* parlamentario,
«pero hoy hablé al secretario,
«y ha dicho que no hay tutía.
«No hay quien hoy no solicite
«billetes, como tesoros.. »
¡Ni que fueran de los toros
en corrida de convite!
«En un centro aristocrático
«encontré dos, por fortuna,
«son de la mejor tribuna;
«la del cuerpo diplomático.
«Y como, precisamente,
«tan buena suerte me cupo,
«que el escaño que yo ocupo
«es de los que están enfrente;
«¡ay! si usted de un modo tierno
«me mira ante aquel concurso;
«Pepita, haré un gran discurso;
«y entonces... ¡pobre Gobierno!»
Pues no me parece mal
ni son de mi orgullo antojos...
hoy han causado mis ojos
la crisis ministerial.
No hay duda: al Gobierno inmoló
en cuanto mis ojos quieran...
¡Si los Ministros supieran!
¡Jesús! me echaban vitriolo!

(Vuelve á leer):

«A otra cosa: el mensajero
«portador de mi tarjeta,

«también lleva una maceta
«con la cual aumentar quiero
«las colecciones galanas
«con que su gusto demuestra,
«y de que es tan buena muestra
«el jardín de sus ventanas»...

¡ Una maceta!.. ah, sí, sí.,
Resedá es lo que me envía...

¡ milagro será que un día
no se llame *Resedí* !

(Lee). « En el momento anhelado
« en que me mande unas hojas
« de esa planta, mis congojas
« término habrán hallado... »

¡ A ver, pronto, unas tijeras!

¡ pero, no... Pepita... calma!
que esto de entregar el alma
hay que pensarlo de veras.

« Y si escojo en mis amores
« complicidad de una flor,
« es porque tengo al amor
« por hermano de las flores.. »

Bien dicho... Este diputado
de oposición para mi alma,
sabe ganarse la palma;
le veo muy avanzado.

« Al país tiene en un tris
« mi interpelación, señora;
« y escribiendo á usted ahora,
« no me acuerdo del país.

« Tengo un credo: en mi ansia loca,
« con esta *Salve* le voy,
« porque crea usted que estoy

« con otro *Credo* en la boca.
« Hasta á mi partido olvido,
« esclavo de esta pasión...
« que usted, en buena acepción
« es mi credo y mi partido.
« Pero si ya todo esto
« la aburre y su pena labra,
« me retiro la palabra...
« su mejor amigo ; ERNESTO. »
¡ Oh ! ¿ qué filtro envenenado
me dan en este papel ?..
¡ Caramba, si tiene miel
la carta del diputado !
Júpiter supo dorar
la píldora, sí, señor...
¡ qué magnífico orador !..
¡ un segundo Castelar ! (Pausa breve).
Y cumplió cuanto decía,
porque apenas le miré,
resuelto se puso en pie,
y tembló la mayoría.
¡ Qué sesión tan borrascosa !
Yo no conocía aquello,
ni había pensado en ello ;
¡ y eso que soy muy curiosa !
Cuantas veces mi marido,
que de Dios goce, anheló
que fuere á escucharle yo,
otras tantas no he querido.
Ni él tenía condiciones
de orador grandilocuente ;
era... un buen contribuyente
que hablaba... en las votaciones...

Pero fué honrado y leal;
y gracias á su fortuna,
no necesitó ninguna
posición de credencial.
Este toca otros registros;
hay foco de una lumbrera:
este, sí, es de la madera
de que se hacen los Ministros.
Pero, ¡ qué extraña impresión,
que agitado sentimiento,
me ha causado el Parlamento!
No olvidaré la sesión. (Pausa).
Entré con Aurora; apenas
se veían las figuras...
en silencio y casi á oscuras,
miré á las tribunas llenas.
¡ Espectáculo curioso!
no sabía en mi mareo
si estaba en un coliseo
ó en un templo religioso.
Vi una ancha mesa, un dosel,
debajo de él un sillón,
y en revuelto pelotón
muchos hombres junto á él.
— ¿ Ha empezado? quedo, así,
pregunté á cierto señor,
ministro ó embajador
que estaba detrás de mí.
Pas encore! — me dijo atento.
Merci, monsieur, — contesté;
y entonces examiné
á mi gusto el Parlamento.
En la colosal estancia

brillan con raros destellos,
muchos emblemas; entre ellos
el de la *Perseverancia*.
En un banco azul-oscuro,
diviso á los venerables
consejeros responsables...
¡el Gobierno está seguro!
Nada revela inquietud
en aquellos rostros llenos,
apacibles y serenos
y que rebosan salud.
El más flaco, y el más viejo
también, se sienta en la punta;
con que cualquiera barrunta
que es el jefe del Consejo.
Síguele otro, más hinchado,
de figura más severa...
lo exige así la cartera
del Exterior, ó de Estado.
El de Guerra, un general,
es brioso, displicente;
por su fiero continente
parece un bando marcial.
El de la Gobernación
es más mozo y avisado...
como que es el encargado
del movimiento y la acción.
El de Hacienda es reflexivo...
¡claro! escucha los clamores
de todos los acreedores...
con que ¡si tendrá motivo!
El de Fomento es simpático;
el de Justicia, juicioso;

el de Ultramar, silencioso
y el de Marina... algo acuático.
A todos les favorece
el prestigio en sus poltronas...
todas son buenas personas
y el Gobierno no parece.
La Tribuna de señoras
está sobre la montaña ;
en el centro vi una araña,
y un reloj que no da horas.
Y en aquel reloj quizá
miré un mecanismo crítico
del personaje político,
que apunta... pero no da.
Por los angostos pasillos
cruza en sus arduos quehaceres
una docena de ugieres
con agua y azucarillos.
¡ Qué consumo tan sin tasa,
de agua pura y esponjados!..
¡ Jesús ! y cuántos *bolados*
deben entrar en la casa !
* El conjunto que presentan
* los sabios legisladores,
* ya pasando bullidores
* mientras charlan y se sientan ;
* ya revolviendo legajos
* en agitada faena...
* es como el de una colmena
* en sus proficuos trabajos.
Las calvas... pasan de ciento,
vistas desde las tribunas :
y yo exclamé : ¡ cuántas lunas

hay en este firmamento !
Calvas redondas, severas ;
otras un poco cuadradas ;
algunas disimuladas,
y no pocas... zapateras.
¡ Si supone algún desvelo
la calvicie en vuestros cráneos,
próceres contemporáneos,
sin el pelo... estáis *al pelo* !
Cuando todo lo hube visto
con femenil impaciencia,
se agitó la concurrencia
y pensé: ¿ sacan el Cristo ?
En efecto ; los porteros
se inclinaron gravemente,
y precedió al presidente
la pareja de maceros.
Una viene de otra en pos ;
una sube y otra baja,
como reyes de baraja,
que salen de dos en dos.
Su Excelencia toma asiento,
y de un cajón en que hay muchos,
va sacando cucuruchos
de caramelos, que, atento,
distribuye á petición
del que provisto le pilla ;
empuña la campanilla,
toca, y... se abre la sesión.
Un joven, confusamente
ante la legión compacta,
lee un papel... es el acta
de la sesión precedente ;

y luego de terminada
la comprobación presunta...
— ¿Se aprueba el acta? — pregunta,
y añade — Queda aprobada.
La orden del día, completa
el giro de la sesión ;
dice así : Interpelación
del señor de Zabaleta.
Y á esta voz, la barahunda
cede, y reina en el local
un silencio sepulcral,
y una expectación profunda.
Ernesto se pone en pie ;
clava en mí sus vivos ojos,
y yo con los míos, rojos
de emoción, de no sé qué,
le envuelvo en una mirada
toda amor, toda ternura,
y su arrogante figura
contemplo allí transformada.
Una mano mía, asoma
al borde de la tribuna :
él sonrío á la fortuna
y parece que la toma ;
parece que, sin sonrojo
al mirarle me estremezco,
y le digo : ¡ Te la ofrezco !
y él contesta : ¡ La recojo ! (Pausa).
Tímido el exordio empieza ;
apenas su voz se alcanza,
y vacila mi esperanza,
y se aturde mi cabeza.
La Cámara, respetuosa

con el orador novel,
taciturna, fija en él,
imponente, recelosa;
ni sus ímpetus contiene
ni acrecienta su temor :
— ¡Dejadle !- ¡ Es un gladiador :
veremos qué fuerzas tiene ! (Pausa).
Sube el tono ; cobra aliento :
sus ideas, al brotar,
como las olas del mar
cuando las saluda el viento,
ya aparecen, ya descuellan,
ya se mueven, ya palpitan,
y en las palabras se agitan,
y por llegar, se atropellan.
Una gallarda figura,
un pensamiento vehemente
se engendra, y sale valiente
con deslumbrante armadura :
parece que cuerpo toma,
que empuña lanza en la diestra,
y que baja á la palestra,
y su vigor nadie doma.
Una flor del arte hermoso ;
una de esas dulces notas
que de regiones ignotas
trae el genio poderoso,
surge después del guerrero,
tierna, hechicera, insinuante ;
y es como la esposa amante
que busca á su compañero.
Ya el orador avasalla ;
ya es el tirano que obliga

— á que el concurso le siga ;
todo le obedece y calla :
todo á su voz se retrae ;
todo tiembla cuando él ruge,
y á su brío, y á su empuje,
todo cede, y todo cae.
Y al terminar un periodo
rico, exuberante, lleno,
algo del fragor del trueno
parece envolverlo todo :
y en frenética explosión
la Cámara se desata,
y yo siento que me mata
la alegría el corazón.
Y exclamo, porque lo siento...
— ¡ Venturosa la mujer
cuando sabe comprender
á los hombres de talento ! (Pausa).
Ernesto se va á sentar
pero... ¡ imposible, imposible !
una oleada terrible
de aquel turbulento mar
le circunda ; entre mil brazos,
gira, pasa, viene y va,
y hay amigo que le da
una carga, más que abrazos.
Y entre ¡ hurras ! descomunales
y algunos bravos... *bravíos*,
quedan los bancos vacíos...
hasta los ministeriales !
Los taquígrafos al dar
detalles del incidente,
ponen lacónicamente

en sus cuartillas: ¡ la mar !
Y yo, que observando estaba,
entre lágrimas veía
todo aquello, y no sabía
si reía ó si lloraba... (Pausa).
Después de una pausa larga,
se levanta muy severo
el flamante consejero
á quien el Gobierno encarga
de contestar... ¡ ya es tarea !
¡ menudo ha sido el ataque,
para que con bien le saque
ningún jefe de pelea !
Yo no sé á qué comparar
el tonillo extraordinario
de aquel ministro...

(Se repite el canto del canario).

¡ Canario !

ese es su modo de hablar.
Oratoria de gorjeos ;
argumentación de trinos ;
muchos tropos superfinos
y muchísimos floreos.
« La luz de la blanca aurora
con sus tintas nacaradas ;
las aves enamoradas
y el astro que el éter dora... »
Y con estas candideces
parece que hablando valsa ;
¡ poca carne, y mucha salsa !
¡ mucho ruido y pocas nueces !
Un ministerial acérrimo,
extraño á aquella ovación,

que la echa de Cicerón,
y presume de integérrimo,
pide la palabra : un rato
vacila la Presidencia,
pero al fin le da licencia,
y el hombre parece... un gato...
Eso... un gato que maúlla:
que se enfurruca y araña
y con golpes acompaña
su descompasada bulla.

— « Bien, señores diputados —
dice, y suelta un manotón —
en esa interpelación
que os ha puesto entusiasmados,
no hay justicia, no hay razón,
no hay pretexto, no hay motivo »
y por cada sustantivo,
¡zas! sacude un manotón.
« El Gobierno está en lo firme...
el Gobierno es popular ;
y lo voy á demostrar
si hacéis el favor de oirme.. »

Muchas voces : No, no, no !

Otras voces : Sí, sí, sí !

El. — ¿ Pero estamos aquí

ó en los toros ? — *Gritos* : ¡ Oooh !

¡ Basta ! ¡ Fuera ! ¡ Al orden ! ¡ Que hable !

¡ Que se calle ! ¡ Que se explique !

¡ Que siga ! ¡ Que rectifique !

El. — Yo soy inviolable.

Un anciano. — Que se lea
el artículo veintiuno...

— ¡ Que no se lea ninguno ! —

un joven que arma pelea.

— ¡A votar! — ¡Pues quiero hablar!..

— ¡El ministro ha contestado!..

— ¡Fantoche! — ¡Soy diputado!

— ¡Al orden! — ¡Fuera! — ¡A votar!

Y en aquella confusión

el Presidente infelice,

repica muy fuerte, y dice:

— ¡Se levanta la sesión! —

Y todo así concluído,

sin averiguar qué pasa

después, volvimos á casa

por donde habíamos ido. (Se sienta).

Ahora bien: si he de decir

mi opinión en sana crítica,

más que la cuestión política

me importa mi porvenir.

(Meditando).

Las viudas estamos mal;

por mí propia lo atestiguo:

falta en este estado ambiguo

base gubernamental.

La viudez... ¿y qué es en suma

la viudez? Páramo seco,

donde no responde un eco

al dolor que nos abrumba...

La desilusión, el tedio...

el paréntesis ingrato

del amor al celibato,

con un cadáver por medio.

Mal, vecino; bien, remoto;

dejo del néctar de amor,

cuando, extinguido el licor,

se contempla el vaso roto !
Y en cambio : ¿ qué es el enlace
de dos buenos corazones ?
un manantial de afecciones !
Así, todo lo que nace
busca esa plácida unión :
y esta ley de la armonía
promulgada el primer día,
gobierna á la Creación.
Sí : principio eterno es este
que el Hacedor ha prescrito,
y en el tálamo infinito
de la bóveda celeste
no hay astro sin compañero
que le preste su arrebol :
¡ la luna, esposa del sol !
¡ por cada estrella un lucero !
¡ Bien el poeta decía : (Conmovida).
— Cuán deliciosa es, ¡ ay Dios !
la soledad entre dos
que viven en compañía !
Pero... no filosofemos :
no estoy en carácter, ¡ ea !
una pasión y una idea
me combaten... meditemos.

(Mirando de reojo).

Esta pícara maceta
parece que algo murmura...
¡ Y tiene buena figura
el amigo Zabaleta !
De caudales no sé yo...
debe andar así, así...
pero qué me importa á mí

que tenga dinero ó no?
Tiene talento, hidalguía,
y bien adquirida fama...
¡Adiós, ya corté una rama
sin saber lo que me hacía!

(Se oye el timbre de fuera).

¡ Aurora ! voy á su encuentro...

(Coloca la ramita en un sobre, escribe en él, y toca el timbre que habrá sobre la mesa).

¡ A comer... luego al teatro !.. (Entra José).

Esto, urgente ; Urosas, 4,
piso principal del centro.

¿ Para qué tanto misterio,
si era lo más natural ?

UNA VOZ. *La Gaceta Universal*,
con el nuevo ministerio

PEPITA. ¡ Chist!.. Bien... toma una peseta.

(En la ventana ; toma un papel).

¿ Pues no tiemblo de emoción ?

Presidencia : Zabalón. (Lee).

Gobernación : Zabaleta.

OTRA VOZ ¡ Pepita !

PEPITA. Voy, hija mía !

La *ministra* se conforma...

Vámonos á ver la *Norma*,
que yo ya encontré la mía !

(Cae el telón).

El recluta y el sargento

Un sargento reprendía
por su ignorancia á un recluta,
el más bruto, sin disputa,
de toda la compañía.
El recluta sonreía
con calmosa estupidez;
el sargento, cada vez,
más y más se sulfuraba
y, frenético, llegaba
al insulto más soez.

— Eres un bruto, un salvaje,
un atún, un ave fría,
un bárbaro — le decía
bramando, al fin, de coraje. —
Eres un abencerraje
de tamaño natural,
un pedazo de animal.
un melón, un majadero,
un burro de cuerpo entero,
y, por fin... ¡un tal y un cual!

Tal «descarga» ni un instante
en el recluta hizo mella,
porque sin perder aquella
sonrisa desesperante,
con halagüeño semblante,
cuando el sargento acabó,
tranquilo le contestó:

— ¿Ve usted que soy un jumento?...
Pus me doy por mu contento,
Porque hay otro más que yo.

—¿ Más bruto ? ¡ Qué atrocidad !

— Y en subir como él confío,
porque es un hermano mío
más grande que yo de edad.

—¿ Y ha subido ?

— Es la verdad.

—¿ Siendo un bruto ?

— Justamente.

—¿ Más que tú ?

— Lo menos veinte
ú treinta veces, ú ciento...

—¿ Y á qué ha subido ?...

— A sargento...
Mejorando lo presente !

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

La envidia

Del bosque umbrío luminar constante
En las nocturnas horas,
Eran de una luciérnaga brillante
Las alas tembladoras.

La cabeza sacando un renacuajo
Del fondo de su albergue cenagoso,
Envenenado, inmundo escupitajo
Lanzó sobre el insecto luminoso.

—¿ De qué crimen me acusas ? ¿ Qué mal te hice ?
¿ Por qué así me escarneces y me humillas ?

— Y el otro contestó: — ¡ Calla, infelice !
Llevas tu merecido, ¡ porque brillas !

RICARDO PALMA.

Economía

... Terminó, por fin, la acción
Y en el campo de batalla,
Deshecho por la metralla,
Quedó medio batallón.

Guiados por los quejidos
Y los ayes lastimeros,
Llegaban los camilleros
A recoger los heridos.

Y en su tarea fatal,
Tras el fúnebre trajín,
Quedó el campo libre al fin,
Pero lleno el hospital.

*
* *

Entre los que como buenos
Pelearon aquel día,
Iba el capitán García
Con una pierna de menos ;

Y á su lado, tristemente,
Mirándole con afán,
Al convóy seguía Juan,
Su inseparable asistente.

Desde aquel horrible día,
Lleno de angustias su pecho,
No se separó del lecho
Donde el capitán yacía.

Y era su afecto sencillo
Tan grande hacia el capitán,
Que al verle sin pierna, Juan
Lloraba como un chiquillo.

A su memoria acudían
Las alegrías pasadas
De aquellas calaveradas
Que no se repetirían.

Historias originales
De mil lances endiablados,
Donde hubo amores burlados
Y desafíos formales,

Porque el capitán García,
Siempre de broma y jolgorio,
Era otro don Juan Tenorio...
Del arma de Infantería.

Por eso lloraba Juan,
Lleno de angustias su pecho,
Sin separarse del lecho
Donde estaba el capitán.

Llegó, por fin, el instante
En que la fiebre cedió,
Y el capitán contempló
Al pobre Juan anhelante.

En su carácter jovial
No hacía ningún efecto
El triste y fúnebre aspecto
Que ofrecía el hospital.

Por eso tranquilamente,
Al ver la pierna cortada,
Dió suelta á una carcajada
Que estremeció al asistente.

Y como siguiera Juan
Sollozando de aquel modo,
Hé aquí trasladado todo
Lo que dijo el capitán :

—No llores más.

—Si le enojo...

—¡ Como que es una bobada !
¿ No ves que no ha sido nada ?
—¿ No es nada quedarse cojo ?

—Pues no te debes quejar,
Para ti es una fortuna.

—¿ Por qué ?

—¡ Porque tienes una
Bota menos que limpiar !

FÉLIX LIMENDOUX.

Filosofía de un vicio

(BRINDIS)

¿ Qué es beber ? ¿ Cómo decir
al que tal quiere saber ?
no se puede definir,
que hasta vivir, es beber
la esperanza de morir.

Las abejas en las flores
beben sus mieles preciadas,
y los dulces amadores
beben luz en las miradas,
beben gloria en los amores.

Dios, inmenso mar profundo
de amor, de gloria y bondad,
es bebedor tan fecundo,
que tiene por vaso el mundo...
por licor, la humanidad.

Por eso cuando el pecado
se alza sobre el mundo ciego,
rompe Dios el vaso airado
y arroja el licor viciado
sobre montañas de fuego.

En estos hondos aduares
donde hasta el dolor se agota,
bebemos entre pesares
la ventura gota á gota,
los desengaños á mares.

De la pena el brazo fuerte
con furor nos encadena,
y tanto licor nos vierte,
que al descender á la muerte
vamos borrachos de pena.

Por eso juntos brindemos
sin pensar en lo que fuimos

ni llorar lo que seremos ;
y ya que unidos nos vemos,
bebamos... pues que vivimos.

LÓPEZ GARCÍA.

El gran invento

Cierto sabio su vida laboriosa
en buscar empleaba nada menos
que una traza ingeniosa
para hacer que los hombres fueran buenos.
Dió, al fin de muchos años,
con un invento de los más extraños :
que fué hacer transparentes
los cráneos de las gentes.

—De este modo — decía —
viendo cada individuo
que puede leer cualquiera
á través de sus huesos cada día
el modo de pensar, tendrá cuidado
de no prestar asilo en su mollera
á ningún pensamiento bochornoso
por Dios ó por los hombres reprobado.

Y con esto se echó á dormir tranquilo ;
pues bien puede gozar dulce reposo,
de su obra satisfecho,
el que piensa haber hecho
á todo ser humano virtuoso.

Antón, que como todos los mortales
ocasiones hallaba irresistibles,
tenía pensamientos muy morales,

mezclados con algunos muy punibles;
pensando que el vecino en él vería
cualquier desaguisado ó picardía,
buscaba la manera
de hacer vida ordenada y aun austera.

Mas como no hay ni un santo
que llegue á serlo tanto
que no tenga sus culpas atrasadas,
él vió muchas grabadas
aún en los que tenía por mejores,
y pensó con tristeza:
« Si los buenos resultan pecadores,
no causará extrañeza
ver en mí pensamientos delatores ».

Y como así acalló remordimientos,
no trató de oponerse á su destino,
ni cuidó de ocultar sus pensamientos.
De este modo cada hijo de vecino
pensó también, y resultó en sustancia,
que como nadie pudo hacer jactancia
de su virtud, murió la hipocresía.

Y el buen doctor con su maldita ciencia,
entre otros muchos males,
logró que se ensanchara la conciencia
y hacer malos á todos los mortales.

JOSÉ ESTREMERÁ.

La gata corrida

Era una gata casada,
virtuosa, pura, honesta,
muy comedida y modesta,
muy pulida y recatada.

Cierto gato seductor,
en el tejado de enfrente
lanzaba continuamente
tiernos suspiros de amor.

Ella, con justas razones,
trató de ahuyentar al gato,
temiendo que su recato
anduviera en opiniones.

Y le decía: — Señor,
hágame usted la merced
de dejarme, que está usted
comprometiendo mi honor.

—Dispéñseme usted, señora—
dijo el gato; —no se trata
de usted, no es usted la gata
que rendida mi alma adora;
sino cierta vecinita
que vive en aquel tejado
que está algo más elevado
que la casa en que usted habita.

En aquel punto no sé
lo que la gata pensó,
mas lo cierto es que volvió
más indignada que fué.

JOSÉ ESTREMERÁ.

El ruiñeñor y el mastín

Solicitando el honor
de escribir en un diario,
hablaron al propietario
un mastín y un ruiñeñor.
Quedó el asunto aplazado
por algún tiempo, y al fin
fué redactor el mastín
y el otro no fué aceptado.

Quejándose el ruiñeñor,
acongojado decía:
— ¡Despreciáis la poesía
de mi acento seductor,
y en tanto miro halagar
y recibir con placer
á ese, que no sabe hacer
otra cosa que ladrar !

El director gravemente
le contestó estas razones:
— ¿Para qué sirven canciones
que fastidian á la gente ?
Con delicia han de leer
lo que éste ha de redactar ;
porque, si sabe ladrar,
además sabe morder.

JOSÉ ESTREMERÁ.

Cómo se escribe la historia

Por una cuestión fatal
que lobos y osos trabaron,
un *cuatro de Abril* libraron
una batalla campal.

Y terminada, los osos,
entre gritos y loores,
volvieron cual vencedores
muy contentos y orgullosos.

Y en *Osacia*, capital
de todo el imperio osil,
fué siempre el *cuatro de Abril*
una fiesta nacional.

Varios años transcurridos
desde tan famosa guerra,
un oso pasó á la tierra
de los que el creyó vencidos.

Y llegó allá en la ocasión
en que una gran fiesta había,
y en que era todo alegría,
algazara y diversión.

Lleno de curiosidad
el motivo preguntó,
y un lobo le contestó
con suma amabilidad :

—Hoy, que es el *cuatro de Abril*,
la batalla celebramos
que en igual fecha ganamos
al vecino imperio osil.

JOSÉ ESTREMERÁ.

La espiga, el caballo y el gusano

Dijo la espiga de cebada, viendo
la tierra en rededor :
—El mundo se ha formado solamente
para que nazca yo.
El caballo, pastando, dijo luego :
—¡ Cuán importante soy !
esta rubia cebada sólo crece
para que coma yo.
Muerto, al fin, el corcel y putrefacto,
nació de él un gusano fanfarrón
y dijo : — Muere el bruto solamente
para que nazca yo.

JOSÉ ESTREMERÁ.

Los dos perros

Así un perro decía
una vez á otro perro :
—¿ No han traído á tu amo
de regalo una carga de conejos ?
Pues ¿ cómo eres, amigo,

tan grande majadero
que á la carga no quitas
un tierno gazapillo, por lo menos ?

—¡ Yo hacer tal felonía !—

repuso el compañero. —

¡ Yo quitar ni una hilacha
á un hombre tan de bien como mi dueño !

Sabe que mi conciencia
no me permite hacerlo ;
vete, pues, de mi lado
y á pillos como tú dale consejos. —

Halló la misma tarde
el perro consejero
al otro devorando
un conejo magnífico, soberbio :

—¿ Qué fué de tu conciencia ?—
le dijo : — ¿ cómo es eso, ?—
y respondióle el otro
acercándose á él y con misterio

—No pensaba robarlo ;
pero he sabido luego
que quien hizo el regalo
no traía contados los conejos.

JOSÉ ESTREMERÁ.

El rey que rabió

El rey que rabió fué un hombre
Torpemente calumniado ;
Yo quiero lavar su nombre,
Del borrón que le han echado.

De sus prendas convencido
Hoy quiero escribir su historia,
Para sacar del olvido
Su memoria.

Como en su reino los jueces
Eran la pura ignorancia,
Él emprendió hacer las veces
De juez de primera instancia;
Mas vió de los pedimentos
La jerga tan revesada,
Que no dió en sus juzgamentos
Palotada.

Para reprimir el lujo
Dió en una manía rara:
Hizo vida de cartujo,
Con pan seco y agua clara;
Y en tanto sus marmitones,
Riéndose de su hazaña,
Vivían de pastelones
Y Champaña.

Contra ilícitos amores
Dió una severa ordenanza,
Y en amantes seductores
Ejerció fiera venganza.
Mas sufrió el horrible ultraje
De que su augusta consorte
Se enamorase de un paje
De la corte.

Quiso proteger las ciencias,
Objeto de sus conatos,

Pagó raras experiencias,
Enriqueció á literatos,
Y viendo de estas labores
Los productos lisonjeros,
Se metieron á escritores
Los barberos.

Dijo á cierto sabio : « Amigo,
Pues tus ideas son grandes,
Sólo tus consejos sigo ;
Siempre haré lo que me mandes. »
Y en pago de este cariño,
Tanto el sabio se desvela,
Que le trató como á niño
De la escuela.

Fué por fin tan bondadoso,
Tan indulgente y humano,
Que el pueblo se alzó furioso
Y gritó : « ¡ Muera el tirano ! »
« ¡ Y qué ! » clamó, « ¿ este destino
Se da á mi conducta sabia ? »
Por esto le dió al mezquino
Mal de rabia.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.

La lechera

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro á un mercado
Con aquella presteza,

Aquel airé sencillo, aquel agrado
Que va diciendo á todo el que lo advierte ;
¡ Yo sí que estoy contenta con mi suerte !
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento,
Marchaba sola la feliz lechera,
Y decía entre sí de esta manera :
— Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero ;
Y con esta partida,
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el pío-pío.
Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino :
Con bellota, salvado,
Berza y castaña, engordará sin tino,
Tanto, que pueda ser que yo consiga
El ver cómo le arrastra la barriga.
Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero ;
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero ;
Que salte y corra toda la campaña,
Desde el monte cercano á la cabaña.
Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡ Pobre lechera !
¡ Qué compasión ! ¡ Adiós leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero !

¡ Oh loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento !
Modera tu alegría
No sea que, saltando de contento
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su cantarillo la esperanza.
No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
*No anheles impaciente el fin futuro ;
Mira que ni el presente está seguro.*

SAMANIEGO.

El asno cargado de reliquias

De reliquias cargado
Un asno recibía adoraciones,
Como si á él se hubiesen consagrado
Reverencias, inciensos y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba,
Y le dijo : — Yo infiero
De vuestra vanidad, vuestra locura.
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos, señor jumento,
Que sólo va en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.
Cuando un hombre sin mérito estuviere

*En elevado empleo ó gran riqueza,
Y se ensoberbeciere
Porque todos le bajan la cabeza,
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
Señor jumento, no se engría tanto,
Que si besan la peana es por el santo.*

SAMANIEGO.

La abeja y los zánganos

A tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
Para disimular su inútil ocio;
Y por librarse de tan fea nota
A vista de los otros animales,
Aun el más perezoso y más idiota
Quería, bien ó mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir á una colmena vieja
Y sacar el cadáver de una abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa;
Hacerla con la pompa más honrosa
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era

En labrar dulce miel y blanca cera.
Con esto se alababan tan ufanos,
Que una abeja les dijo por despique :
« ¿ No trabajáis más que eso ? Pues hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
A una gota de miel que yo fabrique. »
*¡ Cuántos pasar por sabios han querido,
Con citar á los muertos que lo han sido !
¡ Y qué penosamente que los citan !*
Mas pregunto yo ahora ¿ los imitan ?

IRIARTE.

La hormiga y la pulga

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo :
Pues cuando oyen ó ven cualquiera cosa,
Por más nueva que sea y primorosa,
Muy trivial y muy fácil la suponen
Y á tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
No se me ha de escapar, por vida mía,
Sin que lleve su fábula corriente,
Aunque gaste en hacerla todo el día.
A la pulga la hormiga refería
Lo mucho que se afana.
Y con qué industrias el sustento gana ;
De qué suerte fabrica el hormiguero,
Cuál es la habitación, cuál el granero,
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea

Con otras menudencias muy curiosas
Que pudieran pasar por fabulosas,
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.

A todas sus razones
Contestaba la pulga, no diciendo
Más que estas ú otras tales expresiones :
« Pues... ya... sí... se supone... bien... lo entiendo...
Ya lo decía yo... sin duda... es claro :
Ya vez que en eso no hay nada de raro ».
La hormiga que salió de sus casillas
Al oír estas vanas respuestillas,
Dijo á la pulga : « Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero.
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho,
Siquiera para muestra
Ayúdenos en algo de provecho. »
La pulga dando un brinco muy ligero,
Respondió con grandísimo resuello :
« ¡ Miren qué friolera !
¿ Y tanto piensas que me costaría ?
Todo es ponerse á ello...
Pero... Tengo que hacer... Hasta otro día. »

IRIARTE.

El asno y su amo

« Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio :
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba. »

De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes ;
Y un taimado poeta que lo oía,
Le respondió en los términos siguientes :
« Al humilde jumento
Su dueño daba paja, y le decía :
« Toma, pues que con eso estás contento. »
Díjole tantas veces, que ya un día
Se enfadó el asno, y replicó : « Yo tomo
Lo que me quieras dar : pero, hombre injusto,
¿ Piensas que sólo de la paja gusto ?
Dame grano, y verás si me lo como. »
Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano ;
Pues si en dándola paja, come paja,
Siempre que la dan grano, come grano.

IRIARTE.

Las ranas pidiendo rey

Sin rey vivía libre, independiente,
El pueblo de las ranas felizmente.
La amable libertad sola reinaba
En la inmensa laguna que habitaba ;
Mas las ranas al fin un rey quisieron,
Y á Júpiter excelso lo pidieron.
Conoce el dios la súplica importuna,
Y arroja un rey de palo á la laguna.
Debió de ser sin duda gran pedazo,
Pues dió su majestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al reino todo ;

Cada cual se zabelle en agua ó lodo
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual si no hubiese ranas en el mundo.

Una de ellas asoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza,
Publica que el monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con cieno,
Y piden otro rey, que aquel no es bueno.

El padre de los dioses, irritado,
Envía un culebrón, que á diente airado
Muerde, traga y castiga,
Y á la mísera grey al punto obliga
A recurrir al dios humildemente.

Padeced — le responde — eternamente,
Que así castigo á aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.

SAMANIEGO.

El león envejecido

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido,
Estaba ya postrado
Viejo león, del tiempo consumido,
Tanto más infeliz y lastimoso
Cuanto había vivido más dichoso.
Los que, cuando valiente,
Humildes le rendían vasallaje,
Al verlo decadente,
Acuden á tratarlo con ultraje;

Que, como la experiencia nos enseña,
De árbol caído todos hacen leña.

Cebados á porfía
Lo sitiaban sangrientos y feroces ;
El lobo le mordía,
Tirábale el caballo fuertes coces,
Luego le daba el toro una cornada,
Después el jabalí su dentellada.
Sufrió constantemente
Estos insultos ; pero reparando
Que hasta el asno insolente
Iba á ultrajarle, falleció clamando :
—Esto es doble morir : no hay sufrimiento,
Porque muero injuriado de un jumento.

*Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado
Con mísera caída
Desde donde lo había ella encumbrado,
¿ Qué ventura en el mundo se promete,
Si aun de los viles llega á ser juguete ?*

SAMANIEGO.

El asno y el perro

Un perro y un borrico caminaban
Sirviendo al mismo dueño.
Rendido éste del sueño,
Se tendió sobre el prado que pisaban.
El borrico, entretanto, aprovechado,

MONÓLOGOS EN PROSA

¡ Cuán gallarda luces tu hermosura á la cabeza de apretados batallones! ¡ Cómo saltan los corazones cuando avisan los ojos que tú pasas! ¡ Cómo te sigue con rumor de triunfante muchedumbre la robusta armonía de trompetas y clarines! Ya no somos nosotros, al mirarte, los egoístas y enclavados en la propia existencia que antes éramos: nuestro ser se confunde en el océano de las vidas, nuestra alma en la «Alma Máter» ¡inmortal! Moléculas, sentimos y con júbilo, empuje de torbellino que nos alza; quédase abajo toda nuestra escoria, y asciende, purificado, leve y blanco, lo que no muere, lo que nunca morirá! Creemos al subir en esa comunión, y el contacto de ajenos entusiasmos estimula y aviva el propio nuestro. La chispa se une á la chispa, y es la llama; la llama se prende á la llama, y es la antorcha; la antorcha abraza el haz de antorchas, y es la hoguera. Antes brillaban lejos una de otras, como astros aventurados al cielo en granos de oro, los ideales de ánimos distantes; pero llegan, y corren, y se buscan, y se compenetran, y se funden, como las claridades de la noche, cuando forman la totalidad suprema de la luz. Por eso eres unión, paz y armonía.

Surges, bandera de la patria, y ya más no pensamos en quejumbrosas penas de la vida; sin que nos demos cuenta exacta de ello, sentimos lo contingente de todo eso; de la cruz se desclavan nuestros brazos para tenderse á ti con toda el alma; la plenitud del ser encuentra oscura y estrechísima la corpórea prisión, y se nos hinchan las venas y se nos sale por los ojos en un vaho de lágrimas. ¡Cómo enardeces y unificas los espíritus! ¡Cómo hablas, bandera muda, y cómo cantas!

¿Cabe la envidia en donde está la bandera?

¿Por qué sentimos la increíble tristeza de ser jóvenes al ver nuestros viejos veteranos?

¡Ay! y sacrílego fuera todo anhelo de renovar las luchas épicas! ¡Y para que tú seas nuestra, toda nuestra, se ha menester que torne la desgracia y que te enlutes por los hijos ya sin vida!

¿Qué somos, oh bandera? ¿Qué hemos hecho? Tú no puedes saber lo que te amamos. De otros oíste el grito de combate. De nosotros el verso. Otros fueron contigo á la pelea, al abismo, á la muerte, te sostuvieron herida: los envolviste cuando muertos. Cada palmo de tierra patria sepulta hazañas y proezas.

Los árboles te dieron sus ramas y los hombres sus brazos y sus vidas. Caían éstos cual las mieses que agavilla el sembrador. Y tú, para no perderlos, para vivir siempre unida á ellos, te empapaste en sangre recogiendo la esencia de sus héroes. Son nuestros padres; son tus predilectos.



La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la playa y el mar va poco á poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama patria, como que nos saluda la bandera, erguida en el torreón más alto de la fortaleza. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más, que aún tiene la remota esperanza de que á ella volvamos.

Luego... luego, desalentada y triste, cae abrazando el mástil que se queja. ¿No os parece una madre al despedirse de una hija que se casa, de la hija que se pierde? Adivina que vamos á olvidarla mucho tiempo, que el amor encendido por ella, en nuestro espíritu, brillará mientras dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla...

...A poco bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor nos la recuerda. Escuchamos los sonos entusiastas de un himno; pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírlo, les corre á prisa la sangre, cantan, gritan. Y nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista y no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

*
* *

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquillándose el cuerpo. Besa. Ríe. Bebe champagne. Y al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormece las víboras del alma. Estamos muy contentos... sí... es verdad... pero contentos por manera extraña... como estando contentos para afuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café, y al volver una esquina, oímos algo que nos para la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es?... un organillo toca mal, pero muy mal, un airecito de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraídos cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo á los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como éste; preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieron ellos por primera vez. La bandera ondula y parece que les llama. Entre cien mil y más, descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más que una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas á otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores del iris en ese abrazo suelto de la eterna bandera?

Enlazaos, amantes pabellones que flotáis en nuestra atmósfera. El aire y las miradas por igual conspiran á juntaros. ¡Bebed luz, mi cielo es rico!

Tú estás ahí, bandera de mi patria. Reinas hoy, y adonde tú apareces vienen las demás como opulentas damas de la corte; brilla y ¡canta!

¡Nuestra bandera vive, nuestra bandera ama, nuestra bandera tiene alma!

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

Resentimiento

Para la señorita Paulina Benzano.

Entra la señorita con el sombrero puesto, de regreso de un concierto; y sin darse cuenta de la concurrencia aparentemente, se sienta con rabia y empieza á sacarse los guantes, mientras habla.

¡Qué vida, señor, qué vida! Hoy que estaba tan contenta; que por la sola idea de verlo me consideraba feliz... tratarme así; separarse de mí sin pedirme perdón, sin disculparse... (Pausa. Hace el gesto de secarse una lágrima). Pero vamos á cuentas: ¿Quién tiene la culpa esta vez? ¿Yo, ó él, ó los dos?

A la entrada, él me ¡saludó tan alegre y cumplido como siempre; yo le contesté lo mismo: nos mirábam, de lejos, pero nos mirábamos con frecuencia...

Después... ¿qué sucedió? ¿por qué se distrajo? ¿por qué dejó de mirarme? ¡Ah! ese antipático de Rodríguez se acercó á hablarle, se puso creo que voluntariamente entre él y yo, y durante media hora no pudimos vernos. Bueno, ¿y qué dirá de eso? Que es un amigo á quien debe atenciones.— (Cambiando de tono, y con violencia ahora) ¿Pero por qué no se libró del impertinente? ¿por qué no le hizo notar que quería verme? A esos tipos hay que tratarlos así. ¡Si yo fuera hombre! ¡Bah! (sonriendo) si yo fuera hombre haría probablemente lo que todos... (cambiando otra vez) ó no lo haría, porque eso no debe hacerse. (Pausa).

¡Si ellos supieran lo que una mujer sufre por el más pequeño desaire, por el más leve motivo que le haga dudar del cariño!

Pero volvamos al caso de hoy.

En el intermedio, no estuvo conmigo. ¿Y por qué? Porque tuvo que salir con ese viajero que le ha venido recomendado. Y ¿por qué permite que le recomienden extranjeros, y por qué es tan cumplido con ellos? Cuando uno quiere, fácilmente da á entender á sus recomendados que estorban...

Después del intermedio, mientras un violinista se dormía tocando una *berceuse*, él me miró, es cierto, y hasta se sonrió, pero yo estaba mal, y no le correspondí, dedicándome á oír y á contemplar al violinista como si me gustara mucho.

Y á la salida, ¿cómo fué? (Pensando) ¡Ah! él me habló quejoso y cariñoso á la vez:

—¿Por qué está tan seria? ¿Se ha enojado conmigo?

—¿Yo? le contesté bruscamente. ¿Por qué me había de enojar? ¿Usted me ha hecho algo?

—Es lo que yo digo, observó él sonriendo. ¿Qué le he hecho yo para que usted se enoje?

Entonces no pude contenerme y le dije :

—¡Se necesita cinismo para hablar así !

Y se quedó el pobre como si le hubieran echado un jarro de agua. Tartamudeando, y hasta creo que con lágrimas en los ojos, me respondió :

—Usted no sabe sin duda lo que significa esa palabra *cinismo*. Ó no la siente al decírmela...

Yo no contesté, y como ya estaba cerca del carruaje, me dió la mano y se despidió, diciéndome con tristeza :

—Buenas noches. Piense que quedo sufriendo.

A la verdad que en sus palabras había sufrimiento y dolor. Ahora lo reconozco, y si estuviera aquí, creo que yo le pediría perdón á él, aunque por los fueros del sexo no debiera hacerse esto nunca.

Sin embargo, yo estoy ofendida: Él se debe á mí sobre todo. ¡Qué tantas atenciones con el amigo fulano, y con el extranjero mengano ! ¿No me dedico yo á él todo el tiempo ?

Pero los hombres tienen sus compromisos—¡Que no los tengan, vaya!.. Un hombre que quiere de veras, no puede tener ningún otro compromiso. Si yo fuera hombre... ¿Por qué no será una hombre, siquiera tres días para probar?... (Se saca el sombrero; lo pone sobre la falda y se queda pensativa un instante... Al levantar la cabeza ve á los concurrentes y se sorprende). ¿Cómo ? ¿Yo he estado hablando delante de ustedes ? ¡Qué indiscreción ! Pero supongo que ustedes son reservados, ¿no es verdad?... Y no le dirán nada á él... ó si quieren díganle lo que me han oído y agreguen que le perdono todo ; y que deseo ser perdonada... y que lo... (interrumpiéndose ruborizada) iba á cometer otra indiscreción... Estoy mal, muy nerviosa ; tengan ustedes la bondad de disculparme ; el violinista de la *berceuse* me ha infundido

su inspiración... (Se tapa la cara con el sombrero como para disimular una señal de sueño; después dice sonriendo) ¡ Buenas noches!

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA.

Mi último monólogo

Señoras, señores : (Inclínándose graciosamente).

Vengo á despedirme... (Mirando á un lado y como respondiendo á una interrogación). ¿ Si me voy del país ? No. Me despido de ustedes (bajito y con rubor) porque voy á casarme... (Pausa Mirando á otro lado y como antes) ¿ Con quién ? Adivínenlo ustedes. Pero no, no lo pueden adivinar, y eso que aquí se sabe todo... ¿ Quieren que les diga el nombre, ó mejor que les cuente la historia de mi noviazgo ? (Mirando á uno y á otro lado). Bueno, pues, se las contaré.

Hace tres meses, la señora de González, presidenta de tres ó cuatro comisiones y sociedades piadosas, llegó á casa, toda melosa y acariciadora. Yo que soy muy desconfiada (sonriendo) —aunque no lo parezca—me dije : esta señora trae algo en la cartera de la presidencia. Y efectivamente, apenas cambiamos los saludos y preguntas convencionales, se dirigió á mamá y le dijo : (Imitando una voz dulzona y haciendo sonar la *r* á la francesa) — Señora : usted me va á salvar de un conflicto, y tú, Juanita, (dirigiéndose á mí) mi tesorito (así llama á todas las amigas cuando quiere pedirles algo) y tú, mi tesorito, no vayas á decir que no á lo que pido, porque diré á todo el mundo que en vez de ser la criatura angelical, encantadora que todos creen, eres una malvada (y aquí me dió un beso).

Paso por alto otras zalamerías con que la señora de González continuó hasta decir al fin lo que deseaba; que yo hiciera el papel principal, el de una viuda, en una comedia que se representaría á beneficio de una obra caritativa.

Yo me excusé de todas maneras, pero mamá, influenciada por la labia de la presidenta, no me ayudó y tuve que acceder.

Suprimo detalles inútiles. . Empezaron los ensayos de la comedia en casa de la señora de González. La comedia no era gran cosa, un enriedo para que una viuda coqueta se case con un joven que ha sido amigo de la infancia, á pesar de la oposición de una tía, que hace gancho con el joven á una hija suya (fea y antipática, naturalmente). Mi galanteador, es decir, el de la viudita, era... (con emoción mal disimulada) Ricardo... Menéndez... (ruborizada y en tono de protesta) ¿por qué se ríen ustedes? ¿Green que es ese? ¿Y si se equivocaran?... (Ríe, después continúa) Si me hacen reír, no sigo. (Poniéndose el índice sobre los labios y con gracia) Silencio y seriedad, ¡eh!.. (Breve pausa).

En uno de los últimos ensayos... yo noté en Ricardo algo extraño. Generalmente decía su parte con demasiada naturalidad, sin entusiasmarse ni aún en cierta escena que se prestaba. Aquel día llegamos á la escena con impaciencia. Estábamos solos, porque ya los ensayos se hacían con toda formalidad; los otros artistas y la directora cuchicheaban detrás de un *paravent*.

Empezó la escena: Ricardo, decía: (imitando las voces, como si recitaran dos personas en todo el diálogo).

— «Luisa, ¿usted no ha comprendido todavía lo que pasa por mi alma?»

Y yo, coqueteando, debía responder con ironía: ¡Qué!

¿qué le pasa á usted? ¿Pepita lo ha tratado mal? (Pepita era mi rival en la comedia).

Y él seguía apasionado: « No sea cruel, contésteme con sinceridad; ¿no le soy siquiera simpático? »

¡ Si vieran ustedes cómo dijo esto aquel día! Yo me emocioné también; me olvidé de la frase irónica que correspondía á la viuda, y bajé los ojos sin responder.

Entonces, Ricardo se acercó más y con voz muy baja, temblorosa por el sentimiento, me susurró casi al oído:

« Juanita: no me haga penar más. Dígame si puedo esperar »...

Y al decir esto caía de rodillas á mis pies, lo mismo que en la comedia. A decir verdad (en tono confidencial) estaba un poco ridículo; me recordaba á un canarito que tengo y que suele aletear en cuanto oye cantar á una vecina de jaula. Pero no nos riamos, que al fin y al cabo...

(Pausa).

Volvió á preguntarme anhelante y con una cara que me enterneció. Creo que respondí algo. No sé qué: lo cierto es que él me tomó la mano y me la apretó, y yo, aunque era la primera vez que me encontraba en esa situación, comprendí lo que significaba aquel apretón...

En ese momento aparecieron los otros artistas, y la directora, viéndonos en aquella actitud, dijo riendo á carcajadas: ¡ *Tableau!* !

¿ Quieren ustedes saber el final?.. Pues la comedia no se representó, porque mi rival en ella resultó celosa de veras y se negó á continuar acompañándonos.

Y ahora, al cabo de tres meses (ya ven si hemos andado rápidamente) me caso (Mirando como al principio á un lado) con él, naturalmente.

He venido á anunciar á ustedes que este es mi último monólogo, y ya saben por qué... porque prefiero

los diálogos, como todo el mundo. No los invito á ustedes para el casamiento; sería poco delicado... se creería que deseaba comprometerlos á que me enviaran regalos; pero mi papá ha mandado imprimir mil invitaciones...
 Saluda inclinándose como al principio, y se retira).

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA.

¡¡ Uff... la política!!

La monologuista representa una señora joven (veinte años aproximadamente). Aparecerá en escena como fatigada y se sentará, después de saludar.

¡ Uff... la política! No hay en el mundo nada más antipático, más fastidioso, más inconveniente, más odioso.
 (Dirigiéndose al público). ¿ Ustedes están de acuerdo conmigo, no?... ¡ Por supuesto !

Yo tengo sobrados motivos para odiarla. Mi marido, era hasta ahora el hombre más tranquilo, más cariñoso y más bueno que pudiera encontrarse. Pensaba solamente en sus negocios, y en mí. (Aparte) ...Esto me lo decía siempre, al menos; y yo lo creía.

Pero las cosas han cambiado, desgraciadamente. Ha perdido él la tranquilidad y yo mi contento. El cariño ha disminuído hasta tal punto que me alarma; y las preocupaciones de la política lo absorben tanto que hasta deja de ir á comer á casa; él, que antes no faltaba por ningún compromiso!.. Ya tengo una colección de esas tarjetas antipáticas que dicen: « *No me esperes á almorzar. Estoy muy ocupado...* » — « *Discúlpame hoy, no puedo estar contigo á la hora de comer...* » — « *No te alarmes si tardo. Estoy en una atención urgente...* » etcétera, etcétera.

Y si esas ausencias fueran compensadas con los ratos que pasa en casa, menos mal. Pero, ¡qué! cuando va, si no está apurado é intranquilo, está apesadumbrado y con un humor de perros. A veces está almorzando y llaman á la puerta: Aparece el sirviente: « una tarjeta para el señor ».

La toma él, la lee rápidamente, se encasqueta el sombrero y sale sin sombra; hasta sin despedirse... Otras veces se sienta á comer, cejijunto y callado. Abre delante del plato una carta; y la lee, la relee, medita y concluye por hablar solo. Y en cuanto á mí, como si no estuviera en la mesa. ¡Y esto á los seis meses de matrimonio!

Si estamos de visita en una casa de las que él prefiere por ser de correligionarios, se olvida por completo de mí. Se arrinconna con el dueño de la casa ó algún visitante á secretar. Y como si yo no existiera. Me aburro; agoto temas con las señoras y las niñas. Por fin me decido á llamarlo, y unas veces viene contento, alegre, comunicativo; y me da á entender que las cosas van perfectamente. Pero otras veces, me da el brazo y camina maquinalmente, ensimismado, silencioso. No me atrevo á hablarle, porque ó no me oye ó me contesta malagriado, y entonces, ustedes saben lo que es esto, sigo el camino también silenciosa y devorándome las lágrimas...

Y de noche, en casa, apenas duerme. Antes no tenía una pesadilla. Ahora se despierta veinte veces, grita dormido, y así, entre paréntesis, me entero de muchas cosas que él no me dice. De repente salta de la cama, y dice:—«¿Oyes? un boletín. Voy á ver». No, le digo; es un lotero, que anuncia los números para mañana». Él escucha, y al fin se vuelve á dormir tranquilizado á medias...

Se despierta otra vez: « ¡Clarines! », grita, « ¡marcha tropa! », y yo de nuevo á calmarlo: » « ¡Qué van á ser clarines! ¿No oyes que es la corneta del tranvía?.. ¡Y esto á los seis meses de matrimonio!

Entre tantas incertidumbres, inquietudes y desasosiegos, que lo están poniendo flaco y que acaso lleguen á enfermarlo, yo debo permanecer juiciosa y paciente. Tolerar todo, sufrir sin quejarme y hasta hacerme la indiferente, para no agravar su estado. Menos mal que algunos días, cuando tiene buenas noticias, entra alegre y me abraza con efusión y se vuelve puros mimos y atenciones!.. Y todavía no debo decir « menos mal », porque á lo mejor sale diciéndome: « ¿Pero qué mujer eres tú que no te entusiasmas? ¡Parece mentira! ¿No te has enterado de lo que te he dicho? Figúrate que esto y lo otro; que vamos á hacer y hemos hecho, aquello y lo de más allá!.. » Y yo con mucha tranquilidad le respondo: « ¡Qué voy á entender yo de esas cosas! Me alegro de verte contento y ojalá aumente tu satisfacción; pero permíteme que odie con todas mis fuerzas á esa política que te trae soliviantado é inquieto y acabará por causarte una enfermedad. » — « ¡Ah! mujeres, mujeres! » (dice él entonces sonriendo) y concluye por darme la razón y prometerme que no se preocupará tanto en adelante y que pronto volveremos á estar tranquilos. Lo que no impide que ese mismo día ó el siguiente haya un cambio completo y empiecen otra vez las inquietudes y disgustos.

Pues bien: ustedes comprenden que debo detestar á la política... ¡Naturalmente! Y sin embargo, hay una amiga mía que no quiere entenderlo y se propone convertirme en una politiquera.

Ustedes la han de conocer. Rosaura Pintos... la viuda de Suárez... ¿Cómo no? Si no hay persona más

conocida. Ya saben, por consiguiente, cómo es... Vengo de su casa en este momento y traigo la cabeza así. (Haciendo un gesto de aumento). Me ha echado un discurso sobre la acción de las mujeres en la vida pública; y me ha exhortado en todos los tonos á que no falte á su tertulia política de los jueves, á la que van las de Mendoza, unos vejestorios que conocieron á Rivera y Oribe y no hacen más que hablar de la juventud (con afectación) que se va del país desilusionada, tronchando ¡ay! (suspira) tantas esperanzas de felicidad. Y esto lo dicen con muchos suspiros y rubores, como si ellas estuvieran entre esas de las esperanzas tronchadas. Y van también las de Rodríguez, que se dedican á buscarle la boca á la dueña de casa y hacerla rabiar.

Rosaura me acaba de atacar hoy por el lado más sensible. Me ha dicho que es una vergüenza que siendo mi marido, como es, tan entusiasta, yo permanezca fría é indiferente. Me ha dicho que aprenda de ella, que su finado Julián empezó á enfermarse cuando la revolución de Aparicio, se le formó una aneurisma cuando la Tricolor y se murió al recibir la noticia de la derrota del Quebracho. ¡Pobre Julián! (Aparte) — Aquí entre nos, yo creo que la verdadera causa de la muerte fué su mujer, que lo hizo meterse en una aventura política arriesgada y él, como era muy poquito, se asustó y del susto murió. Pero en fin, seguiré el cuento: Rosaura acabó por decirme que yo desmentía mis tradiciones de familia, que era indigna de mi abuelo y de mi abuela que le ofreció un estandarte á Oribe en la Unión y le dió un abrazo á Bastarrica... Y yo, no pudiendo aguantar más, ¿saben lo que le dije?—que consideraba que la peor cosa de este mundo es la política, y que las mujeres politiqueras me hacen el mismo efecto

que las maestras de escuela pedantes y las viejas cascajos que se pintan y dragonean á los guardatrenes á falta de cosa mejor... Esto fué como el estallido de una bomba en el corro de vejestorios. Salí poco menos que corriendo y aquí me tienen... Por fuerza de las circunstancias les he hablado una hora de política... y casi merezco la censura que hago á las demás... ¿No? — Entonces me alegro. — Y ahora, hablemos de otra cosa, si les parece...

BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA.

En ausencia de la mamá

MONÓLOGO PARA NIÑA

Entra una niña vestida con un traje de señora, trayendo en una mano una muñeca y en la otra un abanico.

¿Por qué se ríen ustedes? ¿Quieren hacerme el favor de decir si hay motivo para sorprenderse? Mamá salió hoy de mañana y yo quiero hacer de señora con su vestido. Voy á recibir las visitas, voy á hacer de gran dama; y aquí tengo mi muñeca que, siempre complaciente, se prestará á mi juego, y verán ustedes cómo hace todo lo que yo quiero. (Pone la muñeca en un rincón, y se queda en actitud de señora, dándose aire con el abanico). ¡Hoy es mi día de recibimiento, han dado las cuatro y no viene nadie todavía! ¡Si me habré puesto inútilmente mi traje de lujo! (Finge escuchar) Ahora... si no me engaño... suena la campanilla. ¿Y no abren todavía? ¡Qué broma no tener

un sirviente encargado solamente de esto ! Pero me parece que han abierto. Siento un ruido de vestidos... Una visita, seguramente. Espero que sea una dama como es debido y me pongo en actitud para recibirla. (Se da aire con afectación : después se levanta : toma la muñeca y la pone á su lado). Tú te sentarás á mi lado ahora ; y espero que aprenderás á hacer de gran dama.

—Señora, tanto gusto en verla. ¿Cómo están sus niños, y su esposo ? (Cambiano la voz) Todos buenos, gracias.

—Estar bien en estos tiempos, es una suerte. ¿Cuántas enfermedades, no ? ¡Estar sano es una casualidad !

—Este invierno los niños tuvieron sarampión y á Pepita la tuve muy atacada de tos convalsa.

—¿Y se divierte ? ¿Pasea mucho ?

—Poco ; tengo mucho que hacer en casa...

—Yo también ; pero es necesario alguna distracción.

—Los maridos pocas veces hacen esas concesiones.

—¿Los maridos ? Hay que hacerles entender sus deberes. ¿No están obligados ellos á darnos gusto ? No debe una ser sacrificada. ¿Acaso la han comprado á una como esclava ?

—Pero usted sabe ; los maridos son á veces tan extravagantes, que no valen con ellos lágrimas ni ruegos ; dicen que la virtud nuestra es estarse en casa.

—A embrutecerse con los niños y con los sirvientes.

—¡Por Dios ! no me hable de eso ; que me toca usted en la herida. ¡He cambiado diez cocineras en un mes !

—No me hable á mí que he despedido lo menos veinte. Todas llenas de exigencias, no hacen economías, tiran todo ; escuchan en las puertas ; son curiosas ; las hay charlatanas, sucias, golosas...

—¡Y decir que á nosotras nos toca lidiar con esta gentuza !

—Pero debo irme : me espera mi esposo.

—¿ Por qué me priva tan pronto del honor de su visita ?

—Mi casa está un poco lejos y mi marido no es paciente ni espera.

—Bueno ; que sus visitas no sean tan raras. No se haga desear tanto, querida ! (Besa con efusión la muñeca ; después la pone en un rincón y regresa) ¡ Uff ! no podía más ; ¡ qué persona fastidiosa ! Debe ser sin duda una gran ignorante. ¡ No se puede conseguir que encuentre un tema que interese siquiera un momento !... Pero me parece que han llamado otra vez... Mi sala está hoy muy frecuentada ! (Vuelve á tomar la muñeca y la sienta á su lado como antes). Ven á mi lado, muñequita mía, que quiero seas todavía una señora distinguida.

—¡ Oh querida ; al fin puedo verte ! No te creía viva ; ¿ qué te ha sucedido ?

—Siempre quería venir ; pero algún inconveniente no me lo permitía. Acabo de encontrar á la de Gómez que salía de aquí. ¡ Qué feo sombrero llevaba y qué mal vestida !

—¡ Oh ! yo nunca he notado buen gusto en ella ; y camina como un sargento, ¿ se ha fijado ?

—Dice que le traen los trajes de París. Mentiras buenas para los que quieran tragárlas.

—Sus grandes *toilettes*, créame, son mamarrachos que ella misma se arregla. (Se pone á escuchar).

Esta vez he oído de veras la campanilla. Debemos concluir el juego que nos parecía tan lindo ! Seguramente es mamá, que ha vuelto ; y si me encuentra con esta facha, me arregla ! ¡ En la sala y con el traje de

ella! Huyamos, querida muñeca ¡ pobres de nosotras!
(Al correr se enrieda en el vestido—Se vuelve y dice:) Me enriedo con la
cola; ya llegan á la puerta. ¡ Oh! ¡ cuánto mejor estoy
con mi vestido corto!

ENRICA BARZILAI GENTILLI.

(Traducción de B. F. y M.)

Los calcetines de Papá

La señorita entra con una cesta de labor llena de calcetines, que pone sobre la mesa

Estoy encantada ¡ soy feliz! Quiero y soy querida;
voy á casarme ¡ se abre el paraíso delante de mí!...
Y la causa de mi felicidad,—¡ es ridículo!—la causa es
esta! (Muestra la cesta de labor)... los calcetines de papá...
¡ oh! qué buenos y angelicales calcetines! (Toma uno de los pares
de calcetines y hace el gesto de llevarlo á los labios). He aquí la historia:

Ayer me llamó mamá, y yo acudí dócilmente.

—« Margarita: ahí tienes los calcetines de tu padre.

—« Sí, mamá.

—« Tienes que marcarlos.

—« Sí, mamá. »

Tomé los calcetines... seis pares... (Mostrando la cesta)
éstos; y me instalé cerca de la estufa con un taburete
bajo de los pies. Enfrente de mí, un espejo reproducía
mi imagen. Estaba muy bien, la hija marcando los cal-
cetines de su papá... Era casi conmovedor... Marcar
los calcetines de su papá en nuestro fin de siglo... Patria,
familia, tradición, sumisión, santificación, todo estaba
allí!...

Muy bien, indudablemente; pero una mujercita marcando los calcetines de su marido, habría estado mucho mejor todavía. Es muy bueno, muy dulce, el amor filial, pero yo me figuro que el amor conyugal... pero, ¡chist! ¡chist! ¡no hablemos de eso! Yo enhebro mi aguja y pincho en un calcetín... marcar por marcar, es tonto, y yo no veo por qué mi espíritu no aprovecharía la ocasión para hacer una excursioncita por el país de los ensueños... tan lindo país, y al cual se llega tan pronto! Y así sucedió, que en menos de un minuto, me figuré que estaba casada y que trabajaba en mi propia salita—una linda salita, muy confortable, muy alegre, y chica—las salas chicas son más íntimas; una verdadera sala para estar dos, para estar solos y para amarse. Él ha salido... á su oficina; los maridos están siempre en su oficina. ¿Por qué no podrán ir hasta allá las mujeres? Es inicuo y protestaré. Él debe llegar pronto: yo oiré la campanilla que resuena tocada por una mano impaciente, yo me precipitaré á su encuentro y... (baja los ojos). Después él se sentará á mis pies en este taburete, y me mirará con sus lindos ojos negros (con precipitación y ruborizándose)... yo no sé por qué digo negros, podrían ser azules ó garzos!.. y él me dirá:

—«¿Qué ha hecho usted, mi querida... qué has hecho?

Efectivamente, ¿me tratará de usted ó me tuteará? (Reflexionando). *Tú* es familiar. *Usted* es frío... ¿entonces? (Resuelta). Me tratará de *usted* para las cosas prosaicas y me tuteará para las cosas... las cosas tiernas...

Así, pues, sentado en el taburete, me preguntará:

—«¿Qué has hecho hoy, mi querida?... y yo responderé:

—«He marcado tus... No, es prosaico... He marcado sus calcetines. Págueme».

No, esto es tierno. Será difícil no embrollarse alguna vez.

—«Págale á tu mujercita este trabajo, amor mío». (Ruborizándose). Es lo mismo... lo que es la imaginación... Si yo hubiera pensado verdaderamente en decir á un hombre verdadero: «Págale á tu mujercita el trabajo, amor mío!...» Pero á un personaje vago, con bigotes negros... (recobrándose rápidamente) ó rubios... es por casualidad que he dicho negros... lo que es la imagi... ¡Ay! llaman... Es él, ¡qué felicidad! ¡Es él! Entra...

¿Dónde tengo la cabeza? Es mamá... ¡si hubiera oído!.. es mamá que viene á buscar los calcetines.

—«Aquí están, mamá, los seis pares marcados y doblados.

—«¡Pero niña, esta letra!..

—«¿Qué? ¿No está bien hecha?... ¡Ah, Dios mío!...» ¡Qué veo! No es una M, la inicial de papá; era una J., la inicial de... en fin, una J. Con un movimiento nervioso desdoble los seis pares, una J. también, y otra... doce J!

Mamá está estupefacta.

—«Yo me pregunto ¿por qué has elegido esta letra?..

—«Yo no la he elegido, mamita; tú comprendes que si hubiera elegido, habría sido una M. Se ha hecho ella sola».

Esta explicación,—¡felizmente!—basta á mamá, que me deja sola.

Apenas ha salido ella por una puerta, entra por la otra Jacinto, un joven que conocemos (riendo) un poco.

Me levanto, roja, aturdida... Figuraos! verme sola en presencia de un joven... ¡yo que soy tímida!

—«Pensaba encontrar aquí á su mamá, señorita.

—«Estaba aquí, pero ahora no está.

— «Así lo veo. ¿Está usted trabajando?

— «Sí, estoy... estoy marcando unos calcetines de papá.

— «¡ Ah ! ¡ eso está muy bien ! ¡ feliz papá !.. ¡ buenos calcetines ! »

Había tomado dos calcetines de mi cesta y distraídamente había puesto dentro de ellos las manos. A mí me daban ganas de reír al ver las manos enguantadas con los calcetines; él parecía no advertirlo, y continuó hablando.

-- « ¿ Calcetines bien acondicionados, no ?

— « Sí.

— « Y bien marcados también. ¡ Hombre ! esta letra... pero señorita, permítame una pregunta : ¿ por qué ha hecho usted una J ?.. »

¿ Ustedes han deseado alguna vez ser un ratón ? Yo en aquel momento tenía deseos de meterme debajo de la mesa.

— « Es porque .. porque pensaba en otra cosa »... balbucí. Estaba colorada, tenía calor y no me animaba á levantar los ojos por el temor de encontrarme con los de él. . De pronto él saltó como un diablo fuera de la caja, diciendo :

— « ¡ Será posible, Dios mío, será posible ! »

Y cae de rodillas sobre la alfombra, juntando las manos y diciéndome con voz conmovida :

— « ¿ Pensaba usted en mí, ángel mío ? »

Era novelesca la situación. Él de rodillas y todos los calcetines nos miraban sonriendo. Yo soy tímida... aquello me turbó... y no recuerdo bien lo que dije... Creo... no lo juraré... pero creo que le dije que lo adoraba... y quedamos entendidos.

¡ Y ahora, ¿ habrá gentes que se atrevan á negar que

la virtud es recompensada ? Lo es siempre... siempre... Ustedes ven que ha sido marcando los calcetines de papá que he ganado un marido... (Después de un instante de reflexión) Sí, pero marcándolos con equivocación... (Bajo y con tono misterioso) ¡ Pero esto no debe decirse !

TONY D'ULMÉS.

(Traducción de B. F. y M.).

¿ Quién me compra el mundo ? (1)

¡ Vamos, á ver, caballeros, que le doy barato !

El baúl no es nuevo, pero para el tiempo que tiene no se encuentra en muy mal uso que digamos.

Mi abuelo, sacristán de profesión, decía que no pasaban de cuatro mil los años que contaba de existencia en nuestra casa.

Mi abuela, sostenía que era más viejo ; pero ¡ vaya usted á saber cuál de los dos tendría razón !

¡ Cualquiera sabe á punto fijo la edad que tiene el dichoso mundo !

Yo, por mí, puedo asegurar que siempre lo he conocido en el mismo estado que se encuentra ahora.

Según he leído en ciertos antiguos papelotes de familia, la verdad es que no se hizo por encargo de nadie, y que un tal Manuel, maestro carpintero, tardó seis días en su construcción.

No le vendría el tiempo muy sobrado, porque es una obra maestra.

(1) Del texto de esta composición se deducirá lo que hace falta para la escena.

La madera es la que ha salido un poco mediana. No tendría materiales á mano, y casi puede asegurarse que lo hizo *de la nada*, como se dice vulgarmente.

Las tablas están machihembradas y con tornillos que la sujetan por todas partes.

¡Lástima que se hayan aflojado bastante!

Por dentro está forrado de verde.

El *verde* alegra mucho la vista.

Por fuera está forrado de lona pintada de color de cielo...

¡Y qué bonito que está por fuera!..

¿Quién me compra el mundo?

Advierto á ustedes que es una ganga y que ya me han ofrecido por él veinticinco duros unos hijos de la nebulosa Albión, y yo no lo he querido dar.

¡Y qué ganas tenían los ingleses de quedarse con el mundo!

Uno de ellos me quitó á hurtadillas un tornillito de la esquina, pero como llegue la ocasión, les va á costar caro el tornillo.

¡Animarse, señores, animarse!

De clavos sólo, costaría un caudal.

Como que son de cabeza dorada, y así parece que la tapa está tachonada de estrellas.

Lo malo es que las puntas de los clavos no están remachadas, y aunque el exterior resulta bonito, lo que es metiendo la mano dentro, se pincha uno sin querer á cada instante.

¡Eso es lo que tiene el hacer las cosas de prisa!

Se conoce que los jornales estaban caros en aquel tiempo, y el maestro *se lo hizo solo*.

Y si siquiera hubiese trabajado toda la semana... Pero no, señor: se le antojó descansar un día, y el

pobre mundo se quedó sin la última mano. El baúl, desde luego, se hizo para una familia reducida, pero hoy somos tantos ya, que por más que lo dividimos, tocamos á poco y hemos decidido venderlo.

Veinticinco duros me daban los ingleses ; pero á ustedes se lo doy más barato.

¡ Vaya, caballeros!.. ¿ Quién me compra el mundo?

No quiero engañar á nadie. La madera parece de encina, pero me consta que es alcornoque, y muy alcornoque.

La pintura celeste se ha deteriorado mucho con el uso, y necesita otra mano.

Echándole un par de remiendos, tapándole algunas macas y apretándole un poco los tornillos, todavía puede tirar unos años más...

¿ No hay quien me compre el mundo?

Por cinco duros más que me daban los ingleses se lo doy á cualquiera con todo lo que tiene dentro.

¡ Y cuidado que tiene cosas curiosas por los rincones !

Lo que no se encuentra aquí no se encuentra en ninguna parte.

Hay guñapos y baratijas de generaciones enteras. Voy á sacar algo para muestra, á ver si los meto á ustedes en ganas.

Vamos, señores, haced un esfuerzo, que á mí lo que me sobran son ganas de darle salida cuanto antes.

Por poco dinero que saque por éste, me han de hacer un mundo mejor.

Hoy se ha adelantado mucho en estos trabajos.

Cualquier aprendiz de carpintero se hace un mundo á su gusto en veinticuatro horas.

¡ Alzo la tapa, y empiezo el registro ! Lo que salga, saliere. El que quiera algo que levante el dedo, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

¡Ya cayó pieza!.. Vamos á ver lo que se me ha enredado entre las uñas.

Dos *trajes enteros* y muy baratos.

Sirven para invierno y para verano : dos hojas de parra. ¡Estarían bonitos mis bisabuelos con estos vestidos ! Dos trajes á la medida de cualquiera...

¡ Si tendría habilidad el sastre que los cortó !..

Tiro de un cordón, y tropiezo con treinta ballenas.

¡ Un corsé !.. ¡ Vamos, ya se van metiendo en cintura !

¡ Lo que cambian las modas con el tiempo !

¿ Y luego dicen que el mundo no progresa !..

¿ Quién me compra el mundo ?..

¡ Siga el movimiento !

Cruces y condecoraciones á granel...

Antes se vendían bien ; hoy no hay quien las compre siquiera.

¡ Carocoles, que me he pinchado !

Una espada de oficial de la guerra de la Independencia. Bastante usada, pero todavía pincha.

Hoja española y de mucho temple. Esta otra es más bonita.

Espada de general, mucho más moderna que la anterior y en muy buen uso, casi sin estrenar.

La hoja vale menos que la empuñadura. Esta ni pincha ni corta. Lo que es en armas no hemos adelantado mucho.

¿ A que no se acaban los guñapos ?..

¡ Esto sí que es antiguo ! El traje de un gladiador romano.

¡ Aún se conocen las manchas de sangre !..

Parece mentira que se hayan consentido ciertas cosas. Y sin embargo, aún se conservan columnas del

Circo, y gradas del anfiteatro. ¡Reliquias de un tiempo de barbarie y de eterna reprobación!

Saquemos otra cosa.

Un traje de seda bordado en oro.

¡Cómo reluce!.. Pues esto es muy moderno.

Yo lo estoy viendo todos los días.

También está salpicado de sangre.

¡Ah!.. ya me lo explico. Es el traje de plaza de un matador de toros.

Esto tiene su disculpa, porque al menos excita el valor nacional y hasta *ilustra* después de todo.

Sería cuento de no acabar, y ya me canso de gritar en balde.

Dejo caer la tapa y cierro por hoy.

Antes debo confesar á ustedes que vendo este mundo porque tengo la esperanza de poseer otro mundo mejor.

Mi abuela me lo tenía prometido, y decía que estaba hecho con grandes comodidades y para toda una familia, por numerosa que fuese.

¿Un mundo precioso, sin ninguno de los defectos de este y de una duración eterna?

¡Ya estoy deseando salir del viejo y ver *el otro mundo*!

J. JACKSON VEYÁN.

El pero...

(MONÓLOGO PARA NIÑA)

He cumplido siete años; dicen que soy viva; cuando quiero me porto como mujercita; sé leer, sé escribir y

hacer cuentas ; copio una página entera sin equivocarme ; hago perfectamente *crochet* y punto de media y no tengo quien me supere en trabajos de aguja.

Es cierto que á veces descuido las lecciones por atender los juegos, y que las muñecas son especialmente mi pasión. Las de ojos azules y cabellera rubia, vestidas de raso, son mis hijitas y las quiero muchísimo. Por ellas olvido las penas que, aunque chica, tengo que sufrir algunas veces.

¿ Queréis saber lo que me mata ? Es la conjunción de duda que siempre hallo dispuesta á hacerme oposición ! El *pero* se atraviesa en mis más hermosos proyectos, que me hace aplazar las alegrías y las diversiones. ¡ Oh, si no existiese el *pero*, qué contenta estaría !

El *pero* me hace llorar ; ese es mi alimento.

Quiero contaros todo para no ser yo sola la que odie la antipática y horrible palabra.

Cuando mamá me lleva á paseo, y veo los almacenes espléndidos y llenos de juguetes muy lindos, que yo prefiero á los vestidos y á las alhajas, me entra el deseo de tener todo aquello. Y mamá me dice : ¡ Te permito mirar esos juguetes, *pero*... cuestan muy caros y no puedo comprártelos.

¡ Tengo que sufrir las consecuencias del *pero* y volver á casa con las manos vacías !

Un día me dijo papá : — Iremos á los títeres, la gran diversión de los chicos ; *pero*... debes prometerme que serás obediente. Ahí está el *pero*, el *pero* insolente.

Le aseguré á papá que me portaría bien ; *pero*... como otras veces ¡ prometí y después falté ! Hice enojar á la nenita ; saqué del aparador un puñado de confites ; en la mesa metí los dedos en el plato de la crema tan dulce y sabrosa...

Como siempre tuvo razón el *pero* ¡y nada de títeres! Este fué el castigo.

La semana pasada, tenían proyectado papá y mamá un paseo al campo.

Correr todo el día; buscar flores, perseguir mariposas, saltar la cuerda, hamacarme; todo lo veía y me alegraba el corazón. Me dormí contenta esa noche y soñé con mariposas y hamacas.

Al otro día, al despertarme mamá, me dice: — No se puede salir al campo, mi queridita.

— ¿Por qué? pregunté yo; ¿no estaba todo arreglado?

— ¡Sí! *pero...* el tiempo se ha descompuesto.

Y llovía afuera y yo lloré hasta mojar la almohada.

Y ese *pero*, que siendo chica me hace desesperar, dicen que todavía tendré que sufrirlo más tarde ¡que no se acaba nunca! que lo tenemos delante toda la vida... Y ustedes, que me han escuchado, ¡quién sabe cuántas veces habrán tenido que soportarlo!

ENRICA BARZILAI GENTILLI.

(Traducción de B. F. y M.).

Monólogo de año nuevo

Gabinete de mujer elegante. Una chimenea encendida. La condesa de Tres Estrellas, más joven que su partida de bautismo, sentada en un silloncito coquetón y mirando al fuego. Es de noche; la última noche de un año.

LA CONDESA—La llama de ese tronco parece que busca algo. ¡Qué empeño en subir y subir, ignorando sin duda que mientras más crezca, más pronto ha de consumirse el tronco que la mantiene! Si yo no aborreciese á los

poetas en la persona de aquel que me presentaron en la Granja, y que no quiso llamar hebras de oro á mis cabellos so pretexto de no sé qué tintura; si no los aborreciese, repito, pensaría que esa llama es imagen del deseo: sube y sube á expensas del corazón, que cuanto más alza sus llamas más pronto se consume. (Suenan las doce). ¡Las doce ya! Un año que termina, otro que empieza. Ahora deberían nacer todas las mariposas con un ala en el año que acaba y otra en el que principia. Sigo realmente odiando á los poetas; pero una mariposa que apoyase sus dos tenuísimas alas en el pasado y en el porvenir, ésta en el año que se va y aquella en el que viene, ¡se parecería tanto á nuestra vida! (Pausa). ¡Oh rabia! ¡Poetizar frente á una chimenea! ¿Se me estarán formando arrugas prematuras? ¡Dios mío! ¿tendré alguna cana entre los rubios cabellos que el poeta de la Granja no quiso llamar hebras de oro temiendo ser víctima de un engaño? Él, que llamaba naturaleza espléndida y salvaje á los jardines de recortado boj con sendas enarenadas, ¡decir que yo me tiño el pelo! (Bajando la voz). Y sí que me lo tiño, pero sin que se note. (Vuelven á sonar las doce en otro reloj). ¡Las doce otra vez! Este año tiene una agonía lenta. ¡Pobrecillo! Es como todos los viejos; les gusta mucho repetir sus frases. Las doce, las doce... Esas graves y lentas campanadas parecen doce frailes que van al coro. Después sonará como una interrogación el golpe indeciso de las doce y media, y luego, repentina y juvenil, como gritando «¡aquí estoy!», la campanada alegre y vibrante del año nuevo. (Con amargura). Yo tengo una cana; la adivino, la siento; jamás se me han ocurrido estas cosas. No quiero pensarlas, quiero recordar la corbata verde de mi modisto ó el traje de baño de mi tía la marquesa. No quiero

poesías, no quiero canas. ¡ Señor de las alturas, no permitas que empiece el año poetizando ! Tengo mucho miedo al tresillo con música, al tresillo mientras los demás bailan. Odio la poesía y la vejez, y sin embargo, ¡ he aquí un año más ! Hasta los veinticinco, son los años como las cintas y los dijes de un cotillón : se reciben con gusto, se lucen descaradamente, y se baila y se ríe llevándolos encima. Desde los veinticinco en adelante ya no está nadie para cotillones. (Pausa larga) ¡ Ea, basta de imaginar tristezas ! Mi hidalga tía, exuberante en sus proporciones, tiene un traje de baño de franela blanca. ¡ Parece que lo estoy viendo ! Todos los años lo luce en Biarritz ; mi tía, ¿ cómo lo diría yo ? da de sí ; la franela encoge. Mirando un inglés cierto día á la excelente señora vestida con su temeraria *costume*, dijo : « Ahora comprendo por qué llaman á esta playa la playa de los locos. » Bueno ; pues sucedió... (Cambiando de tono) ¿ Pero qué es ese aullido tan medroso que suena por la chimenea ? Es el silbido prolongado y tristón de un tren que va á partir. El viento, con objeto de asustarme, lo trae claro y distinto desde la estación lejana. ¡ Un tren que sale cuando empieza el año ! ¿ Llegará á su remoto destino, ó descarrilará sin haber arribado á la primera estación ? ¿ Habrá nacido en este instante alguna criatura ? ¿ Estarán ahora pidiendo los Santos Sacramentos para algún moribundo ? ¡ Dios mío, Dios mío ! La lumbré de la chimenea se apaga. No quiero tristezas : pensemos en las mariposas. (Suena una campanada). ¡ Ah, las doce y media ! Es el año nuevo, que pregunta « ¿ se puede pasar ? » ¡ Adelante, rapaz, adelante ! Bien venido, si traes muchas rosas y muchas alegrías. Yo ¡ triste de mí ! no cabe dudarlo, yo debo tener una cana. ¡ La primera ! ¡ Bien hacía el poeta de la Granja no queriendo llamar

hebras de oro á mis cabellos! El bimetalismo se me impone; el tresillo me amenaza. ¡ Adiós, vales deliciosos, música robada al viento de primavera! Ahora dirán alegremente los generales y los magistrados al verme entrar en un salón: «¡Aquí viene la condesa!», y entre un coro de toses asmáticas me sentaré delante de una mesa y me pisarán los triunfos. ¡ No, no, mil veces no! Pensemos en las mariposas. Las mariposas deben ser siempre jóvenes; vuelan de aquí para allá... ¡ Si yo me atreviese á buscar esa cana traidora!.. Parece que la vida no pesa más sobre ellas que el sutil polvillo dorado de sus alas. Yo desearía tener una mariposa blanca para ¡ Jesús qué idea! para teñirle las alas de rubio y regalársela después al poeta de la Granja. ¡ Infeliz animalito! (Hablo de la mariposa, no del poeta). Eso sería una horrible crueldad. Y después de todo ¡ Dios mío! ¿ para qué entretenerme en teñir de rubio mariposas blancas? ¡ Hartas blancuras tendré que dorar dentro de poco en mi pobre cabeza! De pensarlo se me saltan las lágrimas. Bien empieza el año para mí. ¡ He debido nacer en el Viaducto! (Lloro). Bueno, tampoco es cosa de estropearme los ojos por una cosa problemática. (Enjugándose el llanto.) Es que esta noche estoy no sé cómo. Parece que se me va á acabar el mundo... Sin duda lo solemne del día y esta soledad... Debería hablar con alguien, distraerme. ¡ Ah! ¿ un libro? No, un libro no. Los libros son los amigos de los hombres. ¿ El espejo? Sí, el espejo; ese es el amigo de las mujeres. Una mujer que tiene un espejo delante no está sola. Si Dios hubiese creado primero á Eva, Adán no habría tenido que molestarse en nacer. Eva y su espejo se hubieran bastado como creación completa. ¡ Hurra por el espejo! Aquí hay uno de mano, lindísimo. (Lo coge). Y conste que no

lo cojo para buscarme la cana. (Mirándose). Estoy linda, muy linda; pocas mujeres tan hermosas encontrará ese año pequeñito que va dentro de un instante á nacer. Como no he llorado mucho, mis ojos parece que brillan más; Dios puso un poco de rocío junto á la luz de la mañana, y su Divina Majestad bien sabe lo que se hace. ¿Por qué he hablado de arrugas? La piel de mi rostro es tersa y transparente; yo vi un capullo de rosa con unas hojas así. ¡Y qué bien hacen esos rizos dorados sobre mi frente! ¿A que no está entre ellos la cana, seor poeta? Ande usted; vamos á buscarla juntos. Demasiado sé que no ha de parecer. ¿Está en éste? Mírelo usted bien. No está, ¿eh? Bueno; ¿y en este otro? Tampoco, ¿verdad? Sigamos, si usted quiere, ¡oh, maravilloso cantor de la salvaje naturaleza de boj recordado! Y aquí, junto á la oreja derecha, ¿está? Dése usted prisa, hombre, que va á nacer el año. A ver si la encontramos antes del año nuevo. ¿Y aquí, al lado de la oreja izquierda? ¿Con que no parece? No hay que desanimarse tan pronto. Yo iré con mi propia mano separando mis hebras de oro, ¿lo entiende usted bien? mis hebras de oro por lo alto de la cabeza; así, así, así... (Suena la una) ¡La una! ¡Qué alegría, el año nuevo! (Transición, con terror). ¡Qué es lo que veo! ¡La cana, mi primera cana!

(La condesa de Tres Estrellas permanece un gran rato postrada en su dolor, pero no suelta el espejo; ha podido verse mal. Vuelve después á mirarse, y hace un gesto de desesperación, la cana está allí. Arráncasela al fin con mano nerviosa, y asida entre dos dedos, la acerca á la chimenea. Ésta tiene muy poco fuego para devorar traición tan grande. La condesa mira instintivamente á la luz; es luz eléctrica. Levántase por fin y con pasos inciertos de criminal se aproxima á un balcón. Lo abre, se estremece y arroja la cana fuera. Cierra el balcón, y exclama con tono trágico).

— Año nuevo, vida nueva. ¡Muramos!

(Se desploma en la butaca y llora).

JOSÉ DE ROURE.

Discurso á las niñas

(FRAGMENTOS)

Hay un nombre suave en todas las lenguas, venerado entre todas las gentes, el primero que suena en los labios del niño al despertar la conciencia y el último que murmura el jovencito frente á la muerte; un nombre que el hombre maduro y el viejo decrepito invocan todavía con ternura de niños en las horas solemnes de la humana existencia, aun muchos años después de no estar ya en la tierra quien lo llevaba; un nombre que parece tenga en sí la misteriosa virtud de reconducirnos al bien, de consolarnos, y de protegernos; un nombre con el cual se dice cuanto hay de más grande, de más dulce, de más fuerte, de más sagrado en el alma.

Vosotras estáis destinadas á llevar un día ese nombre sacrosanto.

Y bien: para cumplir sabiamente los altos deberes que aquel nombre supone, no basta el instinto, no basta el corazón; se necesita la cultura de la inteligencia y del ánimo; y para la formación de esta cultura no hay cosa más conveniente de todas cuantas se os enseñan en la escuela. Tenedlo por seguro: estudiad con la más tranquila certidumbre de que hasta los conocimientos y las asignaturas que ahora os parecen más superfluos para una mujer, después de haber permanecido cierto tiempo como muertos en su germen, pasando casi inadvertidos en vuestro espíritu, se avivarán un día, resucitados por vosotras mismas, cuando podréis usar de aquellas asignaturas y de aquellos conocimientos en beneficio ajeno, y se desarrolla-

rán, convirtiéndose en acierto, en decoro, convirtiéndose en autoridad y en poder para hacer el bien.

Por esto os digo :

Si os fatiga alguna vez ú os desanima el estudio minucioso y lento de la lengua, venced esa pereza, considerando cuánta importancia tenga el sentimiento y la posesión de la palabra eficaz, expresiva y bella, para abrir el ánimo propio y para mover el ajeno ; para enseñar y defenderse ; para mandar á nuestros queridos del corazón que se hallan lejos, el consuelo del afecto y el socorro del consejo ; para comprender y admirar dignamente, como es deber de todo ciudadano culto, el tesoro inmenso de la sabiduría, y de las bellezas que han acumulado nuestros escritores inmortales en tantos siglos de pensamiento y de glorias.

Si vuestra mente se rebela alguna vez contra el estudio ávido de las cifras, pensad cuán útil sea en toda forma de actividad intelectual, no tanto aquella ciencia en sí, cuanto para el orden y exactitud que ella introduce en la mente y en el gobierno de la vida privada. ¡ En cuántas familias es la pluma calculadora de la mujer la que traza á todos el camino derecho, aquella que demostrando diariamente, con la prueba vigorosa de la Aritmética, la necesidad de los pequeños sacrificios, castiga la vanidad, estimula la inercia, y desde un estado rayano en la pobreza, hace salir con frecuencia á una familia desde el malestar al modesto bienestar, otorgándole, al propio tiempo, la alegría y el contento, porque se siente más digna en su nueva situación que si se encontrase en la opulencia que no ha costado ni sudores ni llantos !

Si os es aburrida en ocasiones ó si os cansa cargar la memoria con fechas y narraciones de acontecimien-

tos lejanos, persistid de todas suertes, no solamente porque quien ignora la historia es un espíritu perdido entre la obscuridad del pasado y la obscuridad del porvenir, como quien camina con una lucecita en medio de la noche, no viendo sino el espacio brevísimo en el cual mueve sus pasos, no solamente porque no puede amar altamente á la patria quien no conoce sus glorias, sus sacrificios y sus luchas, sino por saber cuán larga y heroica parte haya tenido en aquellas luchas y en aquellos sacrificios la mujer, y pagando el tributo de admiración y de agradecimiento que debe á las esposas, á las madres muertas, cada hija de un redimido y cada madre de un libertado, hallar en el culto de la memoria de aquéllos, el ardor, y la fuerza, para proseguir la santa obra de los antepasados en la vía de la libertad y de la justicia.

Si os resulta grave de vez en cuando aquella tarea de estampar en vuestra mente la forma y la confusión de los países y nombre y descripción de las ciudades, de las montañas y de los ríos, haceos ánimo, pensando que vosotras os trazáis de mil maneras un vasto cuadro del mundo sobre mil puntos, de los cuales vendrán sucesivamente á recogerse para permanecer fijas y ordenadas aquellas mil noticias esparcidas de todos los tiempos y de todos los países que en el curso de la vida se aprenden sin buscarlos, pero que sin el fundamento de aquel estudio vuelan confusas en la memoria y acaban por perderse como tropel de golondrinas agitado por torbellino, á las cuales faltan las ramas en qué posarse aferradas á los troncos, que á su vez están enclavados en la tierra.

Y, en fin, algunas entre vosotras, á las cuales parezcan fastidiosas las labores más afines, más propias

de vuestro sexo, aquellas que por su condición social las estimen inútiles é indignos de ellas mismas, consideren que en ninguna condición social es honroso para la mujer el desprecio de las faenas domésticas, que cuanto más alto nos ha puesto la fortuna, tanto más estrecho es el deber de respetar este trabajo humilde é ingrato, mecánico, necesario é indispensable que otros cumplen por nosotros y que es preciso honrarlo siempre que ocurra y aún compartir sus fatigas con los que lo desempeñan. Y piensen que la fortuna es mudable, que el porvenir es un misterio y que cada día se ven reducidas por fuerza á aquellas faenas en otro tiempo despreciadas, manos señoriles á las cuales la adversidad con un golpe certero é inesperado, ha arrancado los guantes y las sortijas.

Estudiad, pues, y trabajad como si hubieseis de ser destinadas todas á la enseñanza; y á ella estáis destinadas en realidad, porque cada mujer es la primera y la última maestra de su casa; y no olvidéis ninguna de las materias que se os imponen, porque concurren todas á formaros el corazón y la mente para gobernar un día otros corazones y otras imaginaciones. Y esto deberéis hacerlo en todo caso, hasta en aquellos en que la fortuna, superando vuestras más atrevidas ambiciones, levante vuestros más queridos seres á la cumbre del poderío y de la gloria, porque (acordaos siempre de esta verdad) hasta el hombre poderoso y glorioso, pasado por todas las vicisitudes de la vida pública, experto de los hombres y avezado á dominarlos y tan soberbio y seguro de sí que no confía á nadie su afán, que no pide á nadie un consejo, confía, sin embargo, todavía sus afanes, pide todavía un consejo á la dulce amiga de su infancia, y busca siempre en la

hora del triunfo ó de la desventura, la palabra y las preces de su madre.

Cuanto he dicho, es para las escuelas. Pero ahora, aceptad también una exhortación para cuando la escuela no sea para vosotras sino un querido y grato recuerdo.

En discursos que oiréis, en libros que caerán en vuestras manos, y aun en los consejos de gentes honradas, movidas por una intención benévola, encontrareis una tendencia á inspiraros un sentido de aversión ó de desprecio hacia el mundo y haceros desconfiar de todo ingenuo impulso vuestro de entusiasmo ó de ternura, á arrancar de vuestra imaginación todo aquello que se suele llamar *la poesía de la vida*. Rechazad esta tendencia maléfica. Demasiado prevalece un triste sentimiento de la vida y del mundo en los hombres; que no prevalezca también en vosotras, porque uno de los más sagrados deberes de la mujer es combatirlo, es extirparlo de todos los corazones que palpiten á su alrededor. Sí, el mundo está lleno de iniquidades, de odios, de horrores, pero también hay en él un gran cúmulo de miserias y de dolores no merecidos, sufridos con invicto valor. Se cumple en él diariamente, en las formas infinitas del trabajo, un esfuerzo de voluntad tan vasto y fecundo, un esfuerzo de paciencia y de genio, se agita un tan afanoso é infatigable deseo del bien, hay tantas grandes virtudes, tantas almas generosas, tantas vidas nobles y buenas... y prueba de que éstas son muchas, y en todas partes están, es que no hay hombre sobre la tierra, por incrédulo y triste que sea, que no encuentre esas condiciones, y no reconozca algo por lo menos de esas cualidades en el camino de su vida; encontrareis vosotras también, estad segura de ello, hasta las menos afortunadas: encontrareis perso-

nas que honran la raza humana, disfrutaréis de aquellas horas divinas que hacen bendecir la existencia, y pedir perdón á la humanidad por haberla calumniado y rechazado en tantas ocasiones !..

No, no creáis á quien os dice que «no hay poesía en la vida» ¡Poesía habrá mientras á la cabecera de la cuna resuene el canto materno, mientras que los ancianos vuelvan á vivir la propia infancia en los hijos de sus hijos, mientras que haya prometidas que al dar la mano dan el alma y jóvenes que mueren por salvar á un niño ó por defender una idea. Poesía habrá mientras que dure la piedad, la bondad, la juventud, el trabajo, las victorias de la ciencia, las maravillas del arte, mientras que en torno y sobre las esperanzas de los hombres, florezca la primavera y resplandezcan las estrellas !

Volved ahora á vuestro trabajo cotidiano con nuevo ardor, y al trabajo acostumbrado agregad otro, el más provechoso de todos, el de arrancar cada día con precaución y con cautela, apenas despuntan las malas hierbas del ánimo, las pequeñas vanidades, y las pequeñas obstinaciones, y los pequeños rencores; trabajo fácil en tanto que son tiernas y blandas las hierbas y las manos, pero difícil después; limpiad el campo de cizaña, y no dejéis sino las espigas de oro de las bellas ideas y las flores azules y rojas de los afectos galantes y distinguidos. Ejecutad, desde ahora, en la casa el oficio que corresponde más que á nadie á las muchachas : recrear al padre cansado, hacer sonreír á la madre triste, pedir gracia para el hermano culpable, arreglar los dissentimientos, esparcir la dulce voz, como una música en la paz laboriosa de la familia ; y cuando, al término de vuestra jornada, os recojáis en el silencio, y reco-

rriendo los años con el pensamiento, soñéis una juventud feliz y una vejez serena, pedid en vuestras oraciones, poned en la cúspide de todo deseo y propósito vuestro, aquella virtud que sólo os puede dar una y otra juventud y vejez ansiadas, aquella que es más necesaria á todos nosotros en todas las edades, en cualquier estado que nos coloque la suerte para hacer á los demás el bien y hacérnoslo á nosotros mismos: la virtud de decir sinceramente y de poner en práctica en todas las pruebas de la vida estas sencillas palabras, en que está encerrada toda la sabiduría del mundo:— ¿Eres infeliz?— Te compadezco. —¿Eres débil?— Te protejo —¿Me ofendiste?— Te perdono—¿Me odias?— Pues ¡yo te amo!

EDMUNDO DE AMICIS.

(Traducción de H. Giner de los Ríos).

Fe, esperanza y caridad

FE—¿Quién eres tú, cándida virgen, que al extender tu sublime manto, das consuelo al alma dolorida?

ESPERANZA.—Virgen me llamas, pues como virgen inspirada dirijo mis ojos á la celeste esfera; allá donde todo es paz y consuelo; donde los ángeles tributan al Redentor cánticos de alabanzas sin fin. ¿Quieres saber mi nombre?

FE—Sí, quiero saberlo, puesto que adonde dirijo mi vista, donde ella se detiene, tú también la diriges y surges hermosa y radiante como envuelta entre crespones de gasa y nacarado tul.

ESPERANZA — Yo me llamo Esperanza. Y tu nombre ¿cuál es?

FE. — Soy la luz divina, que vierte sobre los mortales el bálsamo consolador de la resignación; soy la antorcha que alumbra el sendero que tienen que recorrer. Soy la Fe.

CARIDAD (aparece) — Angeles del cielo, enviados á la tierra, os ofrezco mi amistad.

FE Y ESPERANZA (á la vez) — Y ¿quién eres tú, angélica criatura?

CARIDAD. — Yo soy amor. Soy la Caridad.

ESPERANZA — Caridad te llamas, caridad... mil veces he oído tu nombre... todos te aprecian, grandes y pequeños, ricos y pobres,

FE. (á la Caridad) — ¡ Y cómo no debe ser así ¡ oh Caridad ! hermana querida, si tú eres el báculo del infeliz mendigo que de puerta en puerta, sólo á ti clama, si tú eres la estrella que guía al pobre viajero de la tierra en su corta peregrinación y lo conduces, cual náufrago fatigado, al puerto de salvación !..

CARIDAD. — ¡ Hermana querida ! han pronunciado tus labios...

ESPERANZA — Si ¡ hermana querida ! yo también repito, porque cada una de nosotras es una nota en el concierto de los cielos, es una estrella en la noche sombría, es un destello de la luz divina...

FE — Sí, hermanas somos, pues sin nosotras los hombres no se ayudarían unos á otros, ni menos se amarían, y la vida sería para ellos una continua serie de miserias, si al través de las brumas no divisaran la luz brillante de la aurora.

CARIDAD — ¿ Qué sería del infeliz mendigo que gime bajo el peso del dolor ; qué sería del moribundo en las

horas lentas del sufrimiento sin esa suave aureola que corona la existencia y endulza las penas que nos agobian?

ESPERANZA. — Y en los momentos más álgidos de la existencia, cuando las heridas de la adversidad turban nuestra vida hasta entonces tan feliz, cuando el cráter del dolor aumenta, allí extendiendo mi celestial manto.

FE. — ¡ Ah ! que mi celeste inspiración y la vuestra, jamás sea apartada de los corazones humanos.

CARIDAD. — Mi mano bienhechora protege al desgraciado, al desvalido y al mendigo cubierto de harapos y miserias, y cual un eco fugitivo, envuelto entre celajes de cariño y de bondad, envió á los afligidos corazones un consuelo de ternura y amor.

ESPERANZA. — Cual perfume purísimo que llena el cáliz de la vida, cual tinte brillante de la alborada, cual faro que ilumina al mundo el camino de la felicidad, conduciéndolo al paraíso de sus más nobles y sagradas aspiraciones, yo lleno la primavera de la vida con el grato aroma de las ilusiones.

FE. — Yo hago brotar fe en el gran incensario del corazón.

TODAS. — Unámonos, queridas hermanas, en fraternal y cariñoso abrazo.

LUISA A. OMBRINO.

